

LEONARDO CASTELLANI



CAMPERAS

El bosque no tenía nada de peculiar: oscuro y sucio, como todos los bosques de esa época del mundo, y enteramente tapizado de musgo y lodo, extendía su fealdad hacia los cuatro puntos cardinales, mediante larguísimas galerías de plantas vulgares, sin frutos ni madera apreciable.

Otrora dominado por grandes árboles, aves hermosas y animales de todas las especies que compartían alegremente los dones de la tierra, habían llegado los días en que sus habitantes empezaron a descuidarlo. Un árbol caído aquí, un animal muerto allá, no fue algo que los preocupara en su momento. De tan cómodos, llegaron a creer que el bosque permanecería limpio y soleado por los siglos de los siglos. Comían, dormían, fiesteaban: tarde aprendieron lo que puede causar la indiferencia.

El caos sometió al bosque, y no sobrevivió casi ningún animal de la vieja época: sólo los más grandes, los carroñeros y los camorreros, y los que a ellos se sometían. Tampoco se escucharon más cantos, salvo los chillidos y las risas histéricas de las bestias. Ningún ser bello y normal podía permanecer mucho tiempo en el bosque, porque lo corrían a tarascones.

Un día llegó un pájaro cantor. De los mejores. Puesto a cantar, las bestias no pudieron menos que escucharlo muy quietas durante un buen rato. Al cabo, ciegas de odio por haberse dejado sorprender, lo corrieron, lo alcanzaron y le dieron muerte, tal era su furia... Sin embargo, durante la noche, los viejos árboles maltrechos taparon su cuerpo con las pocas hojas verdes que conservaban. Algunos árboles jóvenes se desperezaron y, entre todos, custodiaron el eco de su voz en los huecos de sus troncos.

La voz del pájaro cantor se escuchó de día y de noche, por arriba y por abajo del techo de las ramas y ninguna bestia lo podía evitar. Así fue que se murieron de rabia o se fueron. El bosque quedó desierto, pero el canto del pájaro hizo que los árboles se

enderezaran y florecieran. Poco tiempo después llegaron otros pájaros y su música convocó a las criaturas. Animales de todas las especies renovaron la inocencia del bosque y le devolvieron su antiguo esplendor. Aprendieron a mantenerlo sin descuidos y su belleza se extendió a los cuatro puntos cardinales... Porque para estas cosas hemos nacido, querido lector, aunque parezca fábula.

No hay bestia que pueda contra un pájaro cantor. Lo que hay que lograr es que su voz dure más que su vida.

Leonardo Castellani

Camperas



Título original: *Camperas*
Leonardo Castellani, 1931
Revisión: 1.0

A Nelly, mi hermanita de aquel tiempo (1924)

A Nelly de Nelly, mi ahijada de hoy (1949)

A María Laura, nieta e hija (1964)

A modo de prefacio

La fábula es un estilo indirecto, casi de revelación. Lo que se dice está escondido en el juego de los «Bichos» y de las «Personas» que la animan. Lo que se quiere decir es siempre mucho más y no queda simplemente clausurado en la moraleja. Convoca, por su propia naturaleza literaria, a la invención poética y a la ficción, a partir de las cuales se intenta describir una realidad humana siguiéndola con un mensaje.

Eso que los «Bichos» y las «Personas» no expresan por sí, queda develado, se pone al descubierto y marca un camino que, por el propio sentido ético que lo configura, nos toca con el misterio, más allá de lo que el autor por sí mismo se proponga. En cuanto expresión cultural, le descubre al hombre algo de su origen y de su destino. No tiene la fuerza del lenguaje mítico, toda vez que transita entre los vericuetos de los particularismos telúricos, animados por la agudeza del ingenio creador. Pero se engalana con el ropaje de lo poético, que permite alcanzar al mensaje desde lo bello y descubrirlo, más que con la inteligencia, con el corazón.

Como todo hecho cultural, lo que nos dice no es una conclusión que aflora impuesta por la lógica de un conocimiento de visión, sino por la fuerza translativa de su comprensión significativa. Se acerca más, por sus requerimientos didáctico-morales, a un descubrimiento de transfiguración que a una mera racionalización de la realidad. Este es su secreto. Y en ello consiste su dificultad. Es un modo especial del *intus legere*. Quien lo aborda debe tener la capacidad de leer adentro de las cosas y hacerles decir lo que, desde sí mismas, no dicen; a no ser que nos situemos, por talento, por fineza, por indagación misteriosa del espíritu, en ese deslinde entre lo

particular y lo universal que sólo transitan, en algunas ocasiones, los poetas. Los místicos también, pero eso es otra cosa. Porque la fábula nos hace mirar para abajo, y allá descubrir lo de arriba.

Esopo y Fedro nos dejaron los modelos más acabados, que inspiraron después a los fabulistas medievales. El barroco la desdeñó, considerándola un género apto sólo a espíritus rudos y superficiales. La Fontaine la rescata en la modernidad, y detrás de él vuelve la fábula a tener presencia entre los autores, como instrumento de enseñanza y de crítica. El gran dramaturgo, crítico y ensayista alemán, Gotthold Ephraim Lessing, así lo define: «Si aplicamos una máxima general a un caso particular y hacemos realidad este caso particular sacando de él una historia en la que intuitivamente reconozcamos aquella máxima general, esta invención es una fábula».

El Padre Leonardo Castellani es el único gran escritor argentino que se atrevió a abordar este género, y el primero en descubrir su genialidad fue ese otro gran escritor argentino, silenciado y atacado por los apátridas, pero valorado por la literatura universal, que fue Hugo Wast. Cuando Gustavo Martínez Zuviría (Hugo Wast) leyó por primera vez a Castellani en la publicación suelta de las fábulas que aparecían en la revista «El Salvador» con el título original de *Bichos y Personas*, no tuvo dudas de estar ante un gran escritor. Y así lo dice en el Prólogo que, con el título de «He hallado un fabulista», acompaña la 2ª edición: «No sólo me gustan las fábulas de Jerónimo del Rey por su realismo, sino por la fuerza poética de su visión y la originalidad de su expresión, y finalmente porque no ha sentido ese temor pueril que sienten nuestros escritores docentes [...] de hablar de Dios, como si el santo nombre del Creador fuera a manchar la conciencia o las pupilas del niño».

Leonardo Castellani es un poeta, pero muy especial. Se ríe de los géneros literarios y de las exquisiteces de la versificación o de la prosodia. No porque las ignore, ya que las conoce y muy bien —valga para ello citar su *Crítica literaria*—, sino porque, como él lo confiesa, la Musa de la Fábula lo incita a escribir lo que se le haya ocurrido. Y a Castellani no se le ocurre nada que no venga de abajo, como expresión de su tierra bien amada, a la que conoce y ama desde su niñez; o de arriba, como manifestación del misterio de Dios, al que sirve desde su fe. Encontrar las cosas con Dios y

encontrar a las cosas desde Dios. He allí su ocurrencia. Y esto dicho con la originalidad de una expresión que quiebra todas las reglas de la preceptiva literaria, por dos razones: una, porque habla con el lenguaje propio de la cultura criolla; otra, porque incorpora una fina ironía, que le permite adentrarse con su juicio hasta tocar la entraña misma de las cosas.

Y a eso subordina el uso del lenguaje: espada de dos filos, como la de San Pablo, con una palabra descubierta desde lo más genuino de nuestra cultura y acuñada en una voluntad imperiosa que puja por reencontrar su propio país. Por eso escribe como escribe. El conoce el lenguaje de los hombres de nuestro pueblo. Los escuchó hablar y cantar en aquel norte bravo santafesino de su niñez. Se adentró en el paisaje cotidiano de las cosas nuestras. Conoció como nadie nuestros *Bichos* y nuestras *Personas*. Sin cerrarse en formas de nacionalismo jacobino y telúrico, supo descubrir desde lo nuestro la expresión de un paisaje cultural que termina siempre encontrándonos con el valor universal de las verdades eternas, expresadas no desde la fórmula dogmática, sino desde la cultura en donde ellas están inmersas y en donde son entendidas por el hombre nuestro desde el sentido común. Y después, la ironía, para descalificar a todos los *Bichos* y *Personas* que profanan, con su querer y su hacer, todo el orden social de la Argentina, vista a espaldas de su propia identidad.

Ese es Castellani. Y a eso apuntan sus fábulas. Como bien lo señala Hugo Wast: «... no ha intentado imitar ni a Esopo, ni a La Fontaine, ni a Samaniego. Sus fábulas no se parecen a las de nadie; son cosa propia de él, mejor dicho, son cosa nuestra». Revolotean en su ingenio las abejas, el zorzal, las calandrias, la tijereta, el pirincho, el jilguero, el brasita de fuego. ¿Acaso nosotros no los descubrimos también en nuestra niñez, cuando los amenazábamos con las tramperas? Y toda esta realidad se hace cultura, elevándose desde su contorno natural propio hasta la enseñanza moral, a través de historias sencillas, cortas, fugaces, cargadas de poesía e ironía, de la mano del ombú, de las estancias, de las chacras, de la laguna, del mar, del río, del monte, del caballo, del perro, del tigre; escritas estando en la ciudad o en Salta o en el litoral; algunas en verso, cargadas de lirismo; otras en la defensiva; y unas más a modo de cuentos contados a la hermanita.

Y en el epílogo, una poesía final que no resisto en transcribir:

Pero, alma mía, pero tú sabes también otra cosa
—junta las manos, cierra los ojos, alma mía—,
tú sabes lo que hay al fin,
sabes dónde vas,
alleluya.

Y el resplandor de aquellos dos brazos abiertos
no solamente te hace llevadera la fealdad del auto,
[...]

sino que lo transfiguran de una extraña belleza,
de una luz supernatural llena de amor
que dora al auto cascarría con el oro vivo de la esperanza,
«nam regnum caelorum intra vos est
et gaudium vestrum nemo tollet a vobis»^[1]

Y esto ya no es fábula.

Fr. Aníbal E. Fosbery O. P.

He hallado un fabulista

Mi hijo mayor, que es un colegial de once años, recibe una revista de su colegio, la cual se llama *El Salvador*.

Ciertamente no soy el único que habrá hecho semejante hallazgo, pero tal vez seré el primero en hablar de él.

De tiempo atrás venía observando la colaboración frecuente de un tal Jerónimo del Rey (Leonardo Castellani), bajo el título de *Fábulas camperas*, y con un subtítulo poco atrayente para mí que soy muy poco aficionado a la literatura docente (¡cuidado con cambiar la o en e!). Aquel subtítulo casi siempre revelaba una intención o una moraleja; una tesis, según se dice cuando se trata de novelas o de piezas teatrales.

Con esta aprehensión he pasado tiempo viendo la firma y sin leer una coma. Hasta que un día, incitado por la brevedad de una fabulita que no llegaba a media página y que se llamaba «Flaco y barrigón», la leí; y enseguida otra, «El zorzalito»; y luego otra más, «La tala», y fue para mí un deleite desde ese instante rebuscar en la colección de *El Salvador* todas las cosas firmadas por aquel ignoto Jerónimo del Rey.

Repito que soy muy poco aficionado a la fábula, y con permiso de nuestro eminente compañero don Luis Colombo, presidente de la Unión industrial Argentina, opino que la industria nacional de la fábula está muy por debajo de la producción extranjera. Algunas viejas fábulas griegas, francesas y españolas, siguen dominando el mercado, y los fabulistas criollos no pueden competir con ellos por más que traten de imitarlos, y en esto consiste el principal mérito de Jerónimo del Rey: no ha intentado imitar ni a Esopo, ni a La Fontaine, ni a Samaniego. Sus fábulas no se

parecen a las de nadie; son cosa propia de él, mejor dicho, son cosa nuestra. Está en ellas toda la tierra argentina, el Chaco y la Pampa, y el río y los bañados, y en el espíritu del chajá, y del zorzal, y del zorro y del loro y de la comadreja, y del tigre, y del pirincho, y de la palomita de la Virgen, está de tal manera vivo y animado el espíritu humano, que inmediatamente se nos ocurre decir: el chajá es don Fulano; la comadreja es doña Fulana, y la palomita de la Virgen es tal o cual chica que hemos conocido y de quien nos han hablado, que murió de pena o de amor...

Al escribir a vuelapluma esos cuadritos camperos, Jerónimo del Rey no se ha imaginado seguramente que acababa de crear un estilo en la prosa argentina.

No sólo me gustan las fábulas de Jerónimo del Rey por su realismo, sino por la fuerza poética de su visión y la originalidad de su expresión, y finalmente porque no ha sentido ese temor pueril que sienten nuestros escritores docentes (¡cuidado otra vez con la o!) de hablar de Dios, como si el santo nombre del Creador fuera a manchar la conciencia o las pupilas del niño.

Hugo Wast

Introducción

Amigos de Dios: una buena mañana resulta que me determiné a escribir fábulas, que son, según Aristóteles, lo más fácil de la literatura.

Agarro, pues, y me bajo con Iriarte, Samaniego, La Fontaine, Esopo, Fedro, Melgar y Joaquín González debajo del brazo, a ver si de ese modo hacía cosa buena, al minúsculo jardín que tengo, compuesto de cuatro palmeras, una parra, una hiedra, un magnolio y algunas rosas.

Y estando en éstas, dale que darás a los libros, de repente se me aparece la Musa de la Fábula.

—Ah, torpe —me dijo—, torpe! ¿Qué andás allí revolviendo papelotes? ¡Escribe sencillamente lo que se te haya ocurrido!

—No se me ocurre nada —le dije.

—No escribas entonces. ¿Quién te manda escribir? ¿O qué se han pensado ustedes, los que andan escribiendo libros a la fuerza? Un libro no se debe hacer sino cuando uno ha concebido allá dentro un concepto vivo, que debe salir a la luz para bien del mundo.

—Yo, señora —le contesté humildemente—, no es que no tenga algo que decir al mundo, sino que lo que tengo es medio pobre y buscaba con qué adornarlo.

—Más vale salir pobre, que no vestido de ajeno —dijo ella—. Yo tampoco llevo sedas, y sin embargo no voy a robar a mi hermana Melpómene.

Y me señaló su blusa de percal, y su pollera de merino, el pañuelo del cuello y el rebenque sin virolas.

—¡Pero eso es mentira! —exclamará algún lector adusto—. Ni hay

Musa de la Fábula, ni las musas visten así, ni todo eso tiene pizca de verosimilitud...

—Es que esto es una fábula, la primera, mi amigo; que nos enseña que hoy día las musas se visten como quieren, o como pueden, y que para escribir un libro bueno, hay que olvidarse de todos los otros libros, después de haberlos leído todos.

Quiera Dios que mi editor opine lo mismo.

El Autor

Prólogo

Para cantar con la música de «Widdicombe Fair», de Somerset, tal como está en el Oxford Songbook, N° 124, pág. 210 de la décima edición.

Don Babel Manitto, Don Babel Manitto,
¡mañanita fresca y rabona!
¿Me presta el viejo mancarrón un ratito
a mí, a Areo, al Gringo y Carlos Castellani,
Celestino Lanteri, Luis Duriú, Manuel Roselli,
con Armando Darán, el Chalchut Pisech y todos,
con Arnaldo, Carchín y todos?,
¡con Arnaldo, Carchín y todos!

Don Babel Manitto está sordo y con su guitarra,
¡mañanita fresca y rabona!
Saltemos por atrás el cerco y le echamos garra,
conmigo, con Areo, el Gringo y Carlos Castellani,
Celestino Lanteri, Luis Duriú, Manuel Roselli,
con Armando Darán, el Chalchut Pisech y todos,
con Arnaldo, Carchín y todos, ¡con Arnaldo, Carchín y todos!

El viejo flete que fue caballo de carrera...,
¡mañanita fresca y rabona!
Se emborracha de golpe de niñez y montonera
como yo, y Areo, el Gringo y Carlos Castellani,
Celestino Lanteri, Luis Duriú, Manuel Roselli,
con Armando Darán, el Chalchut Pisech y todos...

Don Babel va a salir a caballo al caer el día...
no lo encuentra al bicho y va corriendo a la policía
por causa mía, y Areo, el Gringo y Carlos Castellani,
Celestino Lanteri, Luis Duriú, Manuel Roselli...
El viejo pingo dispara como un diablo al puerto...
En mitad del camino da un relincho y cae muerto,
conmigo, Areo, el Gringo y Carlos Castellani...

El sargento Cleto sale en comisión y dos soldados...
¡Las mamás miedosas le hacen encargos desolados!
para mí, Areo, el Gringo y Carlos Castellani...

Es de noche, el río crecido y en medio el camino al puerto
me encuentran llorando de miedo y un caballo muerto
con Areo, y Carlos Castellani...

¡Qué coscorrón me dio el sargento y tirón de oreja...!
Y a la cafúa a bombear agua con la bomba vieja
con Areo y Carlos Castellani...

Pero no paró así no más el terrible asunto...,
de la gran rabona y el robo y el flete difunto
con Areo...

Cuando el largo invierno desata su huracán sombrío...,
despierto asustado de noche, llueve y hace frío,
con Areo...

El fantasma del ánima en pena del caballo reventado
dispara por las calles del pueblo como un condenado
con Areo...

Esta historia horrenda y verídica, caros niños, demuestra:
No hay que robar caballos viejos sin permiso de la maestra,
ni juntarse con Areo, el Gringo y Carlos Castellani,

Celestino Lanteri, Luis Duriú, Manuel Roselli,
con Armando Darán, el Chalchut Pisech y todos,
con Arnaldo, Carchín y todos,
¡con Arnaldo, Carchín y todos!

I. Éstas son las fábulas de mi colmenar

1. La abeja ladrona

Una Abeja adolescente salió de su celdilla crisalidal y voló alegremente en la ardiente mañana de verano. La piqueta estaba llena de zumbidos, y ella volteó en el aire en torno suyo un momento, para fijar indeleblemente en su ojo de facetas la situación matemática de su casa. Y en éstas, vio sobre la repisa de otra colmena un grupo de abejas alrededor de un charquito.

—¡Es miel ajena, no huelas! ¡No huelas la miel ajena! —susurró a su lado una veterana que pasaba—. ¡Al trabajo, a las flores de alfalfa que esta noche abrieron!

Pero la abejita ya estaba tentada por los efluvios encantados, y en un instante llegó, bebió y volvió a su casa repleta. Eso lo hizo cuarenta veces aquel día y recibió muchas felicitaciones, pues ninguna elaboró cera tan blanca ni tan abundante como ella, la novicia, con la miel robada. Pero a los dos días, la miel de la repisa se acabó, y ella estaba convertida en ladrona.

Empezó aquel día la vida aperreada de las tales, porque a veces es cierto lo que dijo Martín Fierro que más cuesta aprender un vicio que aprender a

trabajar. Voltear nerviosamente de las piquetas mordiendo a todo el mundo, colarse aprovechando un descuido de las guardias, pasear inquieta por panales ajenos, robar con el alma en un hilo y presta a la defensa, salir como se pueda, a veces echada a tirones y mordiscones por dos o tres enemigas, era mucho menos fácil y feliz que volar honradamente en el sol dorado del estío sobre el alfalfar en flor y entre los eucaliptos aromáticos... Estaba toda pelada de meterse por agujeros y rendijas y llena de arañosos y descalabraduras. Ni las suyas la querían. Hasta que un día llegó con una pata arrancada poniendo el grito en el cielo y jurando que no robaría más, y que desde aquel momento se pondría a trabajar.

—Ojalá —dijo una Obrera nodriza, que estaba nutriendo con polen aguado a la cría—, pero lo dudo. Cuando desde joven se le ha tomado el gusto a un vicio es difícilísimo destetarse. Con razón dijo un amigo nuestro, que nos observaba mucho y que nos quería, y tenía en su pluma el dulzor de nuestras mieles, y el alma blanca, dúctil y sabia como nuestros panales, Francisco de Sales que se llamaba, que de todos nuestros pecados, el más fácil de evitar es el *primero*... Y ahora salí de ahí, que estás estorbando.

2. La reina de las abejas

Cansóse un día la Reina de las Abejas de penar más que todas. —Yo no trabajo más —dijo—. ¿Para qué soy Reina entonces?

Dotada de más talento que las Hermanas Obreras, capaz de discernir el mejor sitio para la Colmena, el momento en que ha que dejarla por vieja y el tiempo de la enjambrazón, y orgullosa de su admirable fecundidad, pensó que su evidente aristocracia le daba derechos, y sobre todo se aburrió del oficio de criar chicos, que es lo más difícil que se conoce, según decía mi

madre, si se crían bien.

Así es que se fastidió, no puso más un solo huevo y se sentó en un rincón.

Al principio todo iba bien; y las Obreras seguían tendiéndole respetuosas el alimento con sus piquitos bruñidos. Pero pasó el tiempo y las más viejas, todas peladas y agotadas por el trabajo, de seis y hasta siete meses de edad algunas, se murieron. Empezó la Colmena a menguar rápidamente, desprovista de renuevas. Aflojó el trabajo y la miel se fue agotando. Llegaron días duros, y las tres docenas de ancianas obreras sobrevivientes, no dan abasto a las tareas de limpieza, conservación, ceramen, propóleos, policía y acarreo, mal comidas y desanimadas, se arrinconaron en un panal tristemente. La orgullosa Reina empezó a sentir el hambre que atormentaba mucho más que a las otras su sensibilidad más delicada. Quiso reaccionar y arrepentirse, pero ya era tarde: la Colmena estaba invadida por la polilla chica. Y la Reina pereció con su pueblo, por no haber conocido la imprudente que los que reciben mayores dotes de Dios están también sujetos en este mundo, so pena de ruina, a una mayor carga de pena y trabajo.

3. El sol artificial

Las abejas se recogen todas a su casa de noche, lo mismo que los muchachos de veinte años. Pero hubo una vez una Colmena colocada junto a un foco eléctrico potentísimo y sucedió que las pobres abejas aquellas, pensando engañadas que era de día, trabajaban furiosamente de noche en las flores que entraban en el radio de aquel sol artificial. Así es que sus panales fueron al poco tiempo dobles que los demás.

—¿Pero se morirían todas de *surmenage*, eh?

—Eso mismo. No sé de qué, fuese peste o fuese cansancio, lo cierto es que la colmena se me arruinó en pocos meses, y las que ;quedaron se mandaron a mudar a otro lado.

—¿Pero es verdad o es fábula?

—Eso nos enseña que habiendo venido todo bicho viviente a este mundo para trabajar debe hacerlo a la luz del sol, que es el Ultimo Fin.

—Hay algunos que nunca han conocido su Ultimo Fin o no quieren conocerlo, y sin embargo trabajan mucho y bien.

—Esos se fabrican con la luz de las cosas terrenas un sol de la tierra, un sol artificial, porque sin su luz no se puede trabajar. Pero habiéndose apartado del orden esencial van inevitablemente a la ruina.

—Y eso ¿cómo se prueba?

—*A priori*, eso tiene que ser así. *A posteriori*, a veces es un poco más difícil probarlo. Nuestros ojos son miopes. El Voltaire que nos retrata Sainte-Beuve parece haber alcanzado en la tierra la paz que la Escritura niega a los impíos. Sin embargo eso quisiera yo verlo de cerca. Me parece imposible que todo marche normal y no haya algo roto en una vida que se ha cimentado fuera de la Piedra que es Cristo, y bajo el sol caduco de las esperanzas terrenas.

4. La abeja pesimista

Si yo estuviese toda la vida convaleciente de una tifoidea, acabaría probablemente por convertirme en un gran filosofo.

Al calorcito de las mantas y de la salud que vuelve, lejos del colegio y del trantrán de la existencia, con el apetito de comer, beber y de vivir de un

resucitado, pudiendo empalmar apaciblemente la larga meditación de ayer con la no interrumpida meditación de hoy, con la joven fantasía todavía no atiborrada de libros eruditos y pensamientos ajenos, en un polvoroso y somnoliento pueblo santafecino, yo hubiera acabado, si me hubiesen dejado, por descubrir que yo pensaba, y por lo tanto existía.

¡Ay de mí! Me sané, fui al colegio, hice el bachillerato como cualquier nacido, aprendí tanto, o por los menos tantas cosas, leí a Kant, y ahora no estoy muy seguro de que pienso, y ni siquiera de que existo, aunque eso ya me parece bastante probable. Me quedaba largas horas solo, porque mi madre trabajaba y mis hermanos iban a la escuela; pero no me aburría. Miraba mi cuarto, la cama, la mesa, la cómoda, la ventana de enfrente y por ella los árboles y las flores, las nubes y el cielo. Miré tanto el mismo cuadro trivial y maravilloso que se impresionó en mi retina y adquirió cierta fijeza y cohesión íntima de sistema cósmico; de modo que una leve mutación en él me hacía reflexionar hondamente, como una curación de lupus a un médico de Lourdes. Si caía una hoja yo pensaba media hora y si un jilguero cantaba, empezaba a responder en mis adentros escondidas melodías. Un día entró por una banderola abierta una abeja zumbando y se posó en una taza de té de mosqueta con miel. Bebió, se alzó pesadamente, dio una vuelta por la pieza —yo metí la cabeza bajo las sábanas— y se lanzó como un chispazo de oro a través de la rubia madeja de sol que se devanaba en abanico sobre el piso, a dar como un proyectil en el vidrio de la ventana. Cayó atontada, se alzó de nuevo, flechó de nuevo, choco, volvió a arremeter, choco, volvió, chocó de nuevo, una, dos, tres, diez, veinte veces y entonces se paró en el travesaño y se puso a pensar. Se puso a filosofar.

Yo estaba casi tan afligido y jadeante como ella, porque la había seguido simpáticamente en su tremenda aventura, primero curioso, después compasivo, por último ansioso, gritándole muy interesado: «Por arriba, tonta».

Yo no podía levantarme y abrirle. ¡Pobre abeja! Es que también era enorme, terrible y espantoso. Póngase usted en el caso de la abeja. ¿No tengo yo un instinto de volar hacia la luz? ¿Puedo desobedecerlo? No puedo. ¿No está ahí la luz? Ahí está evidentemente. Y sin embargo, cada vez que voy hacia ella, me da un golpe en la cabeza. ¿Cómo puede

entenderse esto? ¡Oh Schopenhauer!

Hay que volar arriba, abeja, arriba, por donde entraste.

La abeja comenzó de nuevo la desgarradora y atontadora experiencia. Suspendióse un momento, hizo otra amplia circunferencia por el cuarto, enfrentó la luz de la ventana y el jardín y las flores y la natal colmena y sin vacilar, irresistiblemente, se avalanzó en perpendicular mortífera. ¡Las cabezadas que dio contra el muro transparente, con un zumbido sordo y triste que llegaba hasta mí como una queja conmovedora! ¡Oh jardín de allá afuera, oh luz, oh felicidad! Yo no puedo dejar de desearte, diría la pobre, y no puedo desearte. Si te busco, me hiero, y si no te busco, me muero. No puedo no quererte, no puedo no buscarte, y si te quiero padezco y si te busco me despedazo. Entonces esta luz que me trae y me mata es el Mal, o bien este instinto que me empuja a buscarla es maligno, malvado, mal intencionado. Por lo tanto el Mundo como Voluntad y como Representación...

Abeja pesimista, un momento. ¿No será que estás buscando mal? ¿Por qué nos buscas allá arriba?

¡Oh!, abeja desdichada, todo eso que estás diciendo es horrible, pero es lógico, espantosamente lógico, si uno empieza por negar la banderola, la banderola de arriba por donde entra el aire del cielo. Si la niegas o la olvidas, todas esas flores son mentira, y esa luz exterior que las envuelve es una diabólica trampa para hacernos romper la cabeza y el instinto que nos arrastra a ella hay que matarlo, hay que ahogarlo, hay que aniquilarlo porque es la fuente de todos nuestros cabezazos, de todas nuestras tristezas y todas nuestras tragedias. Abejita, me estás enseñando la filosofía del ateísmo. La metafísica del ateísmo, si es lógico, es el amor a la nada y la voluptuosidad del aniquilamiento.

¡Oh, qué grandes Padres de la Iglesia, a su pesar, han sido Leopardi, Baudelaire, Schopenhauer y esa abejita! Baudelaire nos escribió con sangre podrida de sus entrañas la demostración geométrica de que el pecado es triste. Schopenhauer nos demostró con bilis que el ateísmo es desesperación. Esa abejita me está ilustrando «la inmensa vaciedad de la vida» de Anatole France, «el absurdo monstruoso de la existencia» de Heine, «la Madrastra Naturaleza» de Musset, y que «no hay dolor más

grande que el dolor de ser vivo» de Rubén Darío.

Entra mi dulce madre con la taza de caldo y una pechuga frita en manteca.

—¿Qué estás leyendo?

—Nada. Estaba mirando esa abeja.

—¿Qué libro es ése?

— Es un libro triste. Dice que la vida es para gozar, por la sencilla razón de que Dios no existe.

— Entonces es un libro malo...

— No, mamá, es un libro *falso*. Es como si un libro dijese que los tres ángulos de un triángulo no son iguales a dos rectos.

—Hay que tirarlo por la ventana.

—Tómalo. Y cuando lo tires, por favor, saca esa abejita que se está desesperando contra el vidrio.

Y la pobre abejita medio muerta sintió desaparecer de golpe el calabozo invisible y voló al jardín ameno, como Amado Nervo cuando el Amigo misericordioso le abrió la banderola de la fe verdadera, después que se hubo toda la vida roto la cabeza contra los vidrios empañados de las falsas filosofías.

II. Éstas son las fábulas del Ombú

1. El zorzalito

Salió del nido una tarde de verano, dio un revuelo con sus alas todavía un poco inseguras, se sentó en la copa del aguaribay, emitió un silbido agudo que hizo callar atento a todo el monte, y después ensayó un gorjeo y luego un trino que salió lleno y limpio como el viento de la tarde entre las hojas.

El mismo extrañaba la potencia y agilidad de su garganta. La Calandria, para oírlo mejor, voló hasta su rama en silencio. El Zorzalito entusiasmado había iniciado una magnífica sinfonía. El zumbido de la brisa, las quejas de las hojas, la orquesta rumorosa del amanecer, el aliento de la noche estrellada, el grito de los árboles bajo el sacudón de la tormenta, todas las hondas impresiones que había recogido en su nido, pasaron a su garganta y se vertieron en el silencio crepuscular convertidas en sonidos tan hermosos que la Calandria creyó que ella misma nunca había entendido el monte hasta el momento...

Calló el Zorzalito y se hizo un silencio armonioso en el monte. Y entonces un Gorrión superficial que no entendía de música, exclamó

bruscamente:

—Qué feo queda. Cuando hincha la garganta parece un sapo.

Y la Calandria, el Jilguero, el Tordo, el Cardenal y el Boyero, que entendían de música, arrobados en su admiración, no dijeron nada.

El Zorzalito levantó el vuelo todo cortado, y se perdió a lo lejos convencido de haber hecho un papelón. Y desde aquel día ya no cantó jamás. Porque cuando el corazón le pedía canto, le venía a las mientes la imagen de la garganta del sapo y el alma se le caía a los pies, amargada para siempre por aquella primera y repentina desilusión...

Los que entienden, que alaben a los que valen, no sea que vengan los que no valen y se hagan dueños del mundo.

2. La tijereta

Cuando la Tijereta se estableció en lo alto del ombú, todo el mundo previó una catástrofe, porque el Ombú era albergue de toda clase de gente maleante. Pero la Tijereta no tenía otro remedio porque ella siempre anida alto, y en toda la extensión del pago no había fuera de ese árbol más que plantas de duraznillo. Hasta un Carancho tenía su casa alborotada e hirsuta en una rama, y en el pie vivía un Lechuzón misántropo. Había dos Urracas que comen huevos, había Carpinteros de pico de hierro y todo género de Juanchiviros antipáticos y camorreros...

Amigos de Dios, pronto se vio que el nido duraba. En primer lugar, estaba bien trabajado y en sitio guarnecido. Luego, la Tijereta madre estaba siempre vigilando. Y un día, que todo el heterogéneo vecindario del Ombú presenció espantado la corrida en pelo que le dieron las Tijeretas a un Pirincho que se arrimó al nido —descuidadamente según él—, y lo sacaron

corriendo porque no paró en dos cuadras, se convencieron los maleantes vecinos que aquella gentecita al parecer tan infeliz no era de pelar con la uña.

En cambio, al mismo Carancho, un día el viento le tumbó dos hijos. De la pena que le dio quiso dar un malón al nido de su vecina, y fue rechazado exactamente como el Pirincho. Lo corrieron al Carancho.

El macho salió derecho como hachazo de zurdo, abierta la cola y erizado el copete, gambeteando fulminante alrededor del enemigo, chillando furiosamente y tirándole picotazos a los ojos, mientras la madre, parada en el nido, con el pico, la cola y las alas abiertas, giraba la cabeza a todos lados amenazando.

De modo que a los pocos días nadie se animó ni a arrimarse al lugar. Hasta a los cascotazos de los chicos los corrían las Tijeretas chillando, si pasaban cerca del nido.

—Es que cuando uno es débil, se suplen las pocas fuerzas con el coraje y la constancia —dijo melancólicamente una Palomita de la Virgen a quien habían robado pichones o huevos como una docena de veces...

3. La risa del pirincho

En el tiempo en que Don Júpiter repartía sus dotes a todos los bichos vivientes —tan variados, tan caprichosos, tan admirables— se presentaron ante su trono sacro los Pirinchos y dijeron:

—Sacro y Cesáreo Señor, a cada quisque has dado su propio gaje: a la Calandria el canto, al Aguilucho el vuelo, a la Lechuza la reflexión, al Casero la habilidad y a la Golondrina el deporte. Queremos que a nosotros nos des la risa.

—¿Para qué? —preguntó el padre de los dioses y de los hombres. — Para reírnos todo el santo día y así ser felices.

—Hum —dijo el Tonante—, sin que crea yo con Schopenhauer que el dolor es la fuente de la filosofía, me parece sin embargo que la demasiada alegría entontece. ¿Ustedes creen que la mucha alegría es lo mismo que la felicidad? La felicidad, si la hay en la mortal vida, debe ser una cosa más honda...

—A cada cual —replicó el Pirincho—, que se le dé lo que pide, y cada cual se arreglará como pueda. Ese es el trato.

—Amén, hijo, y que San Pedro te lo bendiga. Afuera ahora, y dejen cancha.

Ahora bien, los Pirinchos nunca han sido muy vivos de la cabeza. Pero desde aquel día que empezaron a reírse a carcajada seca de una hojita que caía, del viento que soplaba, o bien de nada, por el puro gusto de reírse todo el santo día, los pobres fueron empeorando. La segunda generación de Pirinchos salió sonsa, sonsa en crudo, sin atenuantes; y la tercera, estúpida de solemnidad, como ahora, incapaces de la menor especulación intelectual. No saben cuándo va a cambiar el tiempo, tropiezan con los hilos del teléfono y con las ramas, no aciertan a pararse y a equilibrarse y hacen unos nidos... ¿Ustedes no conocen un nido de Pirincho? Es un montón informe de ramas donde una docena ponen sus huevos en común. Eso les faltaba. Se han hecho comunistas los pobres.

4. El jilguero y la brasita

La Cabecita Negra y la Brasita de Fuego son los dos pájaros más lindos de nuestros campos. La Cabecita Negra no tiene nada que envidiar a una mariposa y es muy graciosa, aunque un poco coqueta; y tiene además el trino, que, aunque es sencillo y unítono, es tan perlado y tan gozoso que hace recordar lo que de la Alondra escribió en inglés míster Shelley.

Como linda, lo que se llama linda, es más linda la Brasita de Fuego; y cuando se la ve con su cuello y copete rojísimos y su manteleta negra sobre un hilo de alambrado y en el fondo verde oscuro de los eucaliptos, parece un rubí viviente, una alhaja real, una cosa de joyería en que se ha empleado todo primor y todo artificio. Pero es inmóvil y arisca y tiene la belleza de las piedras preciosas, mientras que la Cabecita Negra tiene la gracia, que es la belleza viva, y tiene el canto, que es la inteligencia, cosas que priman sobre el imperial vestuario de terciopelo de la otra.

—¿Por qué tiene el pecho tan colorado,

padrino?

—¿Vos no sabés eso? Es sencillo, aunque no sé si será verdad del todo...

Hay que saber que antiguamente la Jilguera era toda amarilla. Una vez la Brasita convidó a la Cabecita en su casa a un *dîner dansant*. Era su cumpleaños y había que echar la casa por la ventana y dejar bizca a su rival. La sentó a su derecha y la deslumbró con el lujo de su casa.

Dice Santa Teresa que estar juntas dos mujeres bonitas y pretenciosas y no pelearse es casi como resucitar un muerto. Y aquí pasó eso, que acabaron por pelearse sobre cualquier pretextito, sobre quién había de ser la que trinchase la tortilla... Se calentaron de tal modo con el alegar las cabezas que la dueña de casa llegó a decir a su invitada lo último: le dijo *fea*.

¡Cristo Santo, por qué lo dijo! Se armó la gorda. Alzóse iracunda la Cabecita, enarboló la tortilla y se la plantificó a su enemiga en el pecho, que entonces era negro, dejándolo todo rojo con el calor y la yema de huevo. Y el pedazo que le quedaba en la mano se lo sacudió todavía por el copete.

Entonces la Brasita hecha una furia levantó la sartén y la encasquetó en la cabecita de oro de la fierecilla, que quedó renegrida de hollín, lo mismo que la punta de las alas que aleteaban por escapar. Y desde entonces, una es Brasita de Fuego y la otra Cabecita Negra.

—¡Ay, qué mentira me contaste, padrino!

—¿Cómo mentira? ¿Y entonces por qué es colorada, decíme vos, chiquilla?

—Porque... porque así las hizo Dios, para que sean lindas, porque nos quiere mucho a nosotros, y ha llenado el mundo de cosas lindas para nosotros, sonso...

Mi hermana y ahijada Nelly, que tiene siete años y va a hacer su primera comunión, sabe bien su catecismo...

5. La golondrina

—Tú eres feliz —dijo el Ruiseñor a la Golondrina—. Se conoce en tu

parloteo vivaz, en tus movimientos sueltos, en tu habilísimo patinaje aéreo que raya ahora las nubes más altas para descender luego fugazmente con una maravillosa rúbrica a rasar las aguas del lago en curvas armoniosas. ¡Qué vivaracha eres y qué graciosa, muchacha!

—¿Es lo mismo estar alegre que ser feliz? —dijo ella.

—No sé —dijo él—. Pero tú eres feliz.

—¿Y cómo no he de serlo si soy sencilla, soy artista y soy amada? A mí me basta para casa un rancho mitad paja y mitad barro; no le pido mucho a la vida. Yo soy artista y alabo a Dios por la belleza de las cosas. Y procuro ser buena; soy inofensiva y no hago mal a nadie.

—Yo también soy artista —dijo el Ruiseñor—; y sin embargo mi garganta rompe muchas veces en sollozos agudísimos.

—Es que tú produces para el público, cantas para ser oído por los hombres y los pájaros y tu mujer y tus hijos. Yo canto para mí y cuando siento la belleza del cielo vespertino o el encanto del amanecer desahogo mi admiración por las cosas de Dios en gorjeos, sin preocuparme de poner mis internas armónicas en solfas inteligibles. Y así nunca he progresado en la técnica y mis chirridos alegres son tan iguales y tan monótonos como el canto de mi vecino el Grillo violinista o la Chicharra guitarrera.

—Yo —dijo el Ruiseñor— intento comunicar a todos mis hermanos de la creación el sentimiento del fulgor del rostro divino que percibo en las cosas. Eso me causa a veces dolores como de parto, pero también gozos muy subidos. Tus alegrías son egoístas. No hay felicidad fuera del amor, y el amor es comunicación. Se me figura que yo ocupó un lugar más alto que tú en la escala de los seres, alegre muchacha volandera.

—Me tiene muy sin cuidado —contestó la Golondrina a quien ya quemaba las patas el alero en que se había asentado por cinco minutos—. ¡A volar! Adiós, genio.

¿Y qué moraleja sacaremos de todo esto?, pregunto yo. Dios mío, no lo sé. Pero esto fue lo que se dijeron el Ruiseñor y la Golondrina.

III. Las fábulas de la Estancia

1. El bien que nos hacen

—Yo los voy a arreglar, bichos de la gran flauta —dijo el Hombre descolgando la escopeta.

—Déjalos, pobrecitos, quién sabe no tengan nido —dijo la Mujer—. Todos los años vienen y la cosecha no falla.

—Comen muchas matitas tiernas de maíz —dijo el Hombre— ¿Vos sabés lo que sería la cosecha sin esos bichos dañinos?

Desde la casa se veían las gaviotas sobre el maizal, como un remolino de papelitos blancos. El Hombre se situó atrás de la parva y comenzó a abatirlos a tiro seguro. Diez días sonaron los estampidos fragorosos y cayeron los pájaros aleteando. Y después se fueron las Gaviotas para no volver.

Y sucedió que ese año se perdió la mitad de la cosecha, porque salió una plaga de gusanos peludos y asquerosos que comían los choclos hasta el marlo. Y al año siguiente la cosecha se perdió entera, porque parece que las gaviotas eran las que comían esos gusanos pestíferos que antes nadie había visto.

—¡El bien que me hacían las gaviotas y yo no supe! —dijo el Hombre—. El bien que nos hacen no lo vemos, y el mal que nos hacen, aunque sea pequeño, enseguida lo notamos.

—Así es el Hombre —dijo una Gaviota.

2. El perro bonachón

Se conoce que aquel día Moro, el perrazo barcino, se levantó con la mala, porque no recordó que se había recostado a descabezar el mal humor contra la puerta del escritorio, de modo que al salir el patrón apurado recibió un portazo jefe y encima una patada furibunda que le envió a quemarse una pata —la pata renga precisamente— contra la plancha que la muchacha había posado en el suelo.

Lo único que le faltaba era pintarse de verde la pelambre barcina contra las tinas nuevas recién pintadas. Y efectivamente. Y entonces tuvo que aguantar sin matar a nadie ni morir de rabia las risas de toda la perrería y gaterío de la estancia, de todos los cachorros, cuzcos, gatas, ratoneros, lanudos, perdigueros —hasta de Tom Faldero, el juguete de la niña, un perrito con cascabel de oro que a él lo reventaba, uno de esos que tienen muy buena educación, pero les falta la delicadeza—, ante los cuales tuvo que desfilarse hecho una lástima. Se fue a un rincón, se tiró al suelo, y le dieron tanta amargura aquellas risas, que escondió la cabeza entre las patas y se puso a llorar.

—Por tercera vez —dijo— Maldita sea. Animáte Moro, que con todos tus años y tus méritos estás haciendo aquí un papel de primer orden. Vos hacé bien a todos y estáte dispuesto a morir en su defensa; no tengas en tu boca una palabra mala contra nadie en la vida de Dios; sé bondadoso y

manso, reposado y dulce, no te metas con nadie, viví con vos solo, no dañes; y no se van a acordar de vos más que para tenerte a los tirones, como maleta de loco, y para reírse de vos si te pasa el menor percance, con risas satisfechas que parecen venganza de su inferioridad.

El bestia soy yo de hacerme malasangre por ellos, y que me duela tanto, velay, que me aflija de esa suerte; pero me duele, sí señor, me duele, y me revienta y no lo puedo evitar. Es claro que si yo hubiese descostillado un cuzco, o muerto una gata una sola vez no más, jamás volverían ni a resollar en mi presencia.

De sobra los conozco yo. ¿Porqué tienen como un rey a Tigre? Pero ésa es mi suerte condenada. Yo sé que los parto en zanja si quiero, empezando por Tigre; o les puedo dar por lo menos un buen mordisco pérfido donde les arda, cuando yo quiera. Pero aquí está lo peor y lo que me da más rabia: que yo sé también que *no se lo voy a dar*; y es mejor que ni lo piense...

Levantó la enorme cabezota buena y paseó por el patio asoleado, donde escarbaban las gallinas y piaban gorriones y jilgueros, los ojos llenos de amargura.

—Dios me hizo de miel —a pesar de estos dientes y de estas patazas y de este aire de tragachicos— y me comerán toda la vida las moscas. No hay que darle vueltas tampoco. Es mi destino. A Tigre le van a decir siempre señor Tigre, porque tuvo la suerte de tener mal genio, de ser desgraciado, gruñón, insolente e insoportable desde el vientre de su madre; y a mí siempre me dirán Rengo. Mire usted: yo me llamo Moro. Yo soy rengo. Yo creo que tengo algunas otras cualidades en mí además de la renquera; y hasta puede ser alguna cualidad buena. Pero no señor, a mí no me han de llamar Moro, ni Barcino, ni Diligente, ni Bravo, ni Leal, ni Abnegado. Me han de llamar Rengo. «Che, Rengo». ¡Rengo! Si yo no hubiera sacado media pantorrilla al ladrón de la carabina, ahora no estaría rengo, pero el hijo del patrón tampoco estaría vivo. ¿Dónde estaban ellos entonces por si acaso? Abajo de la cama al primer estampido, sin alientos para ladrar tan siquiera...

Ahí está lo malo; que yo sólo sirvo para los trances gordos: cuando entran ladrones, para cazar el aguará y el pecarí, y para parar rodeo; pero el rodeo se para y el aguará se caza una vez al año; y todo lo demás del año yo

estorbo en casa. Las grandes ocasiones son pocas; y ellos sirven para cada momento: uno para cazar perdices, otro para cazar ratones, uno para divertir a los chicos, otro para hacer fiestas a los grandes, que es cosa que yo no sé, ni puedo, ni podré nunca hacer.

¡Velay! ¡Fiestas a los grandes! ¡Mordiscos se necesitan!

Así son los hombres: Moro está aquí para si vienen ladrones; entonces Moro es el único, el gran hombre; pero si no vienen ladrones — precisamente porque Moro está aquí— , entonces Moro es un incordio. Porque Moro es distraído y no sabe de modales: tropieza con todos y se va a tumbar a los rincones que están ocupados y no sabe hacer fiestas. ¿Y yo qué obligación de saber eso, últimamente? Había un hombre que sabía pintar como los ángeles, Miguel Ángel que se llamaba; el Capataz de él, que se llamaba el Papa, dicen que lo reprendía porque era desgajado y no sabía de cortesías y andaba con el sombrero puesto; y que él decía: «¿Por qué demonios tengo que aprender yo esas ceremonias si estoy ocupado en otras cosas? Sacarse el sombrero y hacerle fiestas, el Papa tiene muchos que lo saber hacer mejor que yo: pero pintar mejor que yo, tiene muy pocos. Entonces queme deje pintar cómo y cuando a mí me acomoda, hombre». Yo no sé cómo el patrón, que es el que contó este hecho, no se fija que, salvando la distancia, a mí me pasa un poco lo mismo, y no me compra una perrera y me deja solo en el fondo del jardín, canarios... o me pega un tiro para acabar de una vez, si es que no me necesita... ¿Y a esto lo llaman educación y a mí me llaman grosero? No hay más educación que tener buen corazón, y ser brusco y descuidado al hacer buenas obras a todos, y todo lo demás no diré que sean pamplinas, pero no valen una chaucha —no señor, esas etiquetas mujeriles, ni una chaucha— , en comparación con esto otro, y si le falta esto otro...

Así gruñó el Moro. Y mire usted qué cosa. Resulta que estas mismas amargas reflexiones, en vez de exacerbarlo, lo calmaron poco a poco, y al rato se encontró sereno y dueño de sí como antes. Porque el bicho que está convencido de que él hace bien a todos, tiene en el fondo del mar de su corazón un pilote clavado en forma, a donde puede agarrarse con las dos manos cuando viene la tormenta, que aunque sea de olas como esta casa no hay miedo que lo desprendan...

3. La bendición de los animales

En nuestra estancia se conserva la cristiana costumbre de bendecir a los animales el día de San Antonio abad, el 17 de enero.

Los animales entienden las cosas sobrenaturales lo mismo que Anatole France. Solamente las gallinas acuden presurosas, creyendo que la gruesas gotas de agua bendita que arroja una rama de gomero a guisa de hisopo son los granos de maíz de la comida matutina. Pero notando la diferencia de la capa pluvial blanco y oro del cura, a la pollera roja de la sirvienta, se alejan despechadas después de algunos picotazos y patadas, chismorreando entre sí como buenas vecinas, la Bataraza, la Catalina, la Moñuda, la Inglesa y la Miniatura; en tanto que el Gallo compadrea cocoriqueando delante de nosotros, con la superioridad insolente del débil que domina a otros más débiles, alzada una pata y mirándonos de medio lado.

En el conejar hay un alboroto espantoso de conejos que disparan atropellándose en sus cuevas, retumbantes con las patadas de alarma. En el palomar se levantan todas juntas las palomas, en bandada sonora, estival. Los perros disparan gruñendo del cura que levanta el hisopo como un palo. Los cochinos del chiquero nos reciben gruñendo y no saben mirar para arriba. Las gotas de agua bendita no penetran el barro de la epidermis de esos seres que están hozando asquerosamente la basura del piso y se revuelcan en sus propios excrementos. El pavo esponja la cola muy si señora y nos da espalda soberbiamente. Los potros arisquean nerviosos y miran de lado. Y llegamos a los vacunos y aquí viene lo bueno.

Pasan mansamente las vacas de ubres hinchadas y rosadas, las vacas con terneros chicos y graciosos que van mugiendo y trotando. Pasan los bueyes lerdos y aburridos, los toretes petulantes, las vaquillonas presumidas, los novillos inquietos..., y llega el Toro de la cabaña, personaje autoritario y brutal, que se irrita inesperadamente con las vestiduras sacerdotales y los vivos colores del monaguillo, baja la cabeza y los chuzos con un enorme resoplido y arremete. Un lazo vuela por el aire y cae sobre las astas, mientras con el balde de agua bendita en una mano, la capa

pluvial y el bonete derribado, el buen cura corre heroicamente arrastrando al monaguillo por la mano.

Y apenas se ganó atrás de un alambrado y se vio en seguro, se volvió el cura hacia el Toro que piafaba todavía y bufaba, y se puso hecho una furia.

—¡Aunque ustedes no quieran, les hemos de hacer el bien —dijo limpiando el bonete—, hijo de la mayor bestia, animal de los mismísimos diablos! ¡Conozco gente de esa laya, no soy novato en el sacerdotal ministerio! ¡Soy cura de pueblo! —gritó, enardeciéndose por momentos—. ¡A la fuerza, a la fuerza y enlazados les hemos de hacer el bien, aunque pateen, aunque bufen, aunque nos huyan, nos desprecien, nos aborrezcan, como dice San Pablo! Si diésemos el don de Dios al que viene a pedirlo humildito, ¿qué gracia tendría? Pasá el hisopo, Tiburcio. Toro idiota, te voy a bendecir en nombre del que amó a sus enemigos y dijo: *Devolved bien por mal. Aperis tu manus tuas, Domine.* ¡Son hijos de Dios, Tiburcio, aunque sean brutos; y si no por ellos, por Dios que los crió y les dio un alma —aunque parezca mentira— hay que quererlos...!

Et imples omne animal benedictione.

Gloria Patria...^[2]

4. El fango

—Papá, ¿voy a la cañada?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no.

—No me voy a ahogar. ¿Vos no sabés que el dicho dice: «¿Cómo sería

la cañada, si un gato cruzó a rebenque?». No me llega ni a la rodilla.

— Vos te reís de la cañada... Yo te voy a contar un caso que te va a hacer temblar.

El inglés Teddy Reale, administrador del ingenio Los Tilos, que le llamábamos Tero Rial —vos no lo conociste, fue antes de nacer vos—, se entró un día en la cañada... Le quebró el ala a una garza blanca y entró a buscarla. Una garza blanca vale 200 pesos, y además era capricho de cazador sobre todo. Tero Rial era un gran cazador y creía conocer todos los secretos del monte; y los del monte sí los conocería, pero los secretos de la cañada, los secretos del fango, no los conoce a fondo nadie. No tienen fondo. El peón que llevó con él era también forastero. Y dijeron: «El agua nos llega cuando más a la rodilla».

La garza herida se fue aletiendo cada vez más para adentro. ¿Qué anchura tiene la cañada? ¿Quién lo puede saber? En tiempo de seca tendrá media legua o tal vez una. Pero en tiempo de lluvia todo el bajo se inunda. Y cuando encima el río Amores se desborda, ¿quién puede saber las leguas de agua y de barrizal que se extienden debajo del manto verde y mentiroso del aguapé que la cubre? Toda se llena de juncos y totoras, que parece un campo de avena. Un lindo campo. En la paz de la tarde tranquila, el sol lo barniza y el viento mansamente lo ondula. Arriba todo es hermosura y encanto. Las flores blancas y moradas. Los flamencos color de rosa, que parecen también flores grandes vivas. Los patos, las garzas moras, los tuyangos. Un pechocolorado, que se levanta piando y vuela en círculos gozosos. Un charquito color azul aquí y allá, donde se pinta el cielo. Y abajo de toda esa hermosura, el barro, el barro hediondo, quién sabe los metros de barro. Así es el vicio. Así es un vicio que vos no conocés todavía.

Pero el inglés calzaba botas y la garza estaba cerca tentándole la codicia. ¡Linda la garcita blanca, delicada y graciosa! Se encaprichó por ella el inglés, que era tozudo. Y van y van, a ratos con dos palmos de barro, y a ratos por casi seco, lo cual los aseguraba. Así es él: ésa es la mentira diabólica del pantano. Así pasa también...

—¿La agarraron, tata, la garcita?

—No sé. ¿Qué importa eso? Un derrepente llegaron a una mancha de cañas, y allí pisaron en firme y miraron alrededor. Dijo el peón:

—Nos volvamos, patrón.

Y el inglés dijo:

—¿Qué es aquel grupo de árboles que está allá enfrente? ¿No es el cauce del Amores?

—Se me hace que debe ser —dijo el otro.

—Hay que cruzar la famosa cañada y llegar allá —dijo Tero Rial—. Queda cerca.

Cuando Tero Rial decía *Hay que*, ya no había vuelta que darle. «¡Queda cerca!» ¿Vos no habías visto en la pampa lo que pasa, un ranchito o unos árboles que parece que quedan cerca, y uno camina y camina y no llega nunca? Es la otra mentira del pantano. Allacito no más está la dicha y uno mira y desea, y corre y corre, y nunca, nunca, llega. Y las piernas se hundían cada vez más y el barro era más chirle y pegajoso.

—Nos volvamos, patrón.

Pero el inglés maldecía y seguía adelante. Los árboles estaban allí mismo. Procurar pisar siempre arriba en las totoras. Cuidado, *plaff*... Un charco encubierto, no hay que asustarse, un remojón no más... aunque se han mojado hasta los cartuchos de la canana, maldito sea. Ahora un rodeo, hay allí una res muerta y una pestilencia insoportable... «Nos volvamos, patrón».

Volverse, sí. El rostro del patrón estaba sombrío y bañado en sudor. Pero volverse, ¿era ya posible? La noche se venía corriendo encima y era mejor hacer un esfuerzo sobrehumano y alcanzar, aunque sea reventados, las orillas de allá, que estaban ya mucho más cerca que las de acá. La resolución era desesperada, pero ya no se podía discurrir otra, si es que aquellas cabezas donde el Espanto había ya echado sus sombras tremantes y traidoras estaban ahora para discurrir.

En efecto, la Cosa Espantosa sucedió. Cayeron en un limazal y se hundieron hasta las caderas y cayó la noche sobre ellos. La luna con su inmenso manto de plata reverberante y las estrellas que se miran en las aguas como en un espejo de acero contemplaron impasibles los manoteos, los chapuzones, el caer de lado y de bruces en el barro, el romperse de las lianas a que se agarraban, la desesperación de los que sienten el piso ceder pulgada por pulgada, la agonía de los cuerpos vivos engullidos por la boca

babosa y fatal de la laguna. Y oyeron gritos de horror y maldición desesperadas.

—Máteme, patrón. ¿Le queda algún cartucho? Tíreme, por favor.

Después cesaron los gritos. La cañada es mala y va poquito a poco. La cañada es mala y traidora y enemiga de la especie humana. Nadie puede comprender la agonía de aquella noche. De repente, en medio de la fúnebre pompa del plenilunio, una voz de golpe empezó a cantar. Era el peón Benito. Estaba loco. Y entonces la cañada diabólica empezó a cantar también. Cantó perversamente, con sus millares de grillos, de sapos, de ranas, de juncos que bisbisean, de aguas que gimen, con la voz de los millares de ventosas de barro que engluen. *Glu, glu, glu*, decía la cañada. ¿No lo has visto al loco Benito, el pobre viejo, cómo aúlla todas las noches de luna llena, sintiendo dentro de su cerebro el horroroso canto del triunfo de la cañada? El dice que la oyó cantar, que decía *glu, glu*, que se reía. Y es cierto que la oyó cantar...

—¿Cómo salió, Tata?

—Salió solo. No se sabe cómo salió. Del pantano, si uno no sale solo — y es un milagro de Dios—, ningún otro lo puede sacar; a caballo ni a pie no se puede ir, en barca no se puede ir...

—¿Y el inglés?

—¡Y nosotros que los andábamos campando por el monte, Jamás pudimos imaginarnos que estuviesen en la cañada, después de tantos avisos... Hasta que oímos el tiro de la escopeta Martini del inglés, que tenía la voz poderosa, jamás se nos ocurrió que...

—Tata, pero el inglés, ¿qué se hizo?

—Mirá, ¿ves aquella escopeta herrumbrada en un rincón? Una vez, tres o cuatro años después, hubo una riada grande del Amores, venían por el río camalotes boyando llenos de víboras, juncos y basura. En uno de ellos —yo lo encontré— venía esa escopeta y al lado un cráneo partido de un balazo. El resto del inglés, hasta los huesos se los había tragado el pantano.

—¡Tata! —dijo el gurí apartando los ojos y estremeciéndose todo— . ¡Qué feo! ¿Por qué la guardaste?

—Para mostrarla a mis hijos y decirles: todos los que se entran adrede en el pantano de la lujuria han dicho siempre: «Hasta allí no más voy a

llegar. *El barro no me llega más que hasta la rodilla*».

5. Dios los cría

Tres que siempre andan juntos, la Víbora, el Zorrino y el Perezoso, se juntaron un día para murmurar del mundo.

—Aquí ni hay iniciativa ni hay progreso —dijo el Perezoso— , ni nada. Ustedes conocen muy bien mis aspiraciones y mis sublimes y patrióticos ideales —el Perezoso es bicho de grandes proyectos—; y sin embargo a mí se me tiene por un fracasado. Y así, ¿quién va a emprender ninguna cosa? Busque usted peones: ¿dónde los encuentra? Y si los encuentra, ¿cómo los hace trabajar? Busque usted socios: todos son una punta de ladrones. Por eso no los busco... Ponga usted una industria, ¿y qué? A mí, que me gusta hacer las cosas en grande y no andar con miserias, me vienen ofreciendo capitalitos de mala muerte... La culpa la tiene el Gobierno, no más... En fin, que a usted si es un ruin y un mediocre, todo el mundo le irá detrás; pero si es hombre de grandes aspiraciones, lo arrinconan, lo persiguen, lo postergan, y lo obligan a pasarse la vida tumbado sobre una rama, comiendo lo que esté a mano y durmiendo como se pueda... todo el día.

—Y lo peor de todo —dijo la Víbora— , es que le huyen a uno y le cobran horror. Los que hemos nacido con un corazón hecho para ser amados sufrimos mucho con eso. Yo no tengo ningún amigo y todos me aborrecen. Y así, perseguida de todos y sin el calorcito de la amistad, aunque sea más buena que el mío-mío y más tierna que una avispa, concluye por agriarse y hacerse fría y maligna y solapada y cobarde y hasta negra y fea, con la bilis, el veneno y la mala sangre que le hacen a una criar por dentro con tanta ingratitud. Mis antepasados se cuenta que eran

brillantes y coloridos como la culebra, y no barrocos y repulsivos como yo. Hasta con mi marido andamos distanciados; y de todos mis hijos, ni uno solo ha sido capaz nunca de venir a cobijarse con su madre y agradecerle el ser que le dio. Ciertamente que yo no sé si habrán nacido. Yo dejé los huevos confiados al sol que los empollara, y me marché, porque ¡vaya también usted a criar víboras en el seno, como dice el refrán, para recoger veneno!

—A mí —terció el Zorrino—, lo que me repudre es el desprecio de los otros. Siete años llevo en este pajonal, y nadie me trata, nadie me visita, nadie me convida... Vengo yo por una picada y todos se apartan sin hablarme; y no hay bicho de pelo o pluma que venga a anidar en la vecindad del lugar donde yo vivo. A mí la soledad me mata; pero la prefiero a la compañía de esos sucios que parece que de puro asquerosos andan huyendo de la gente para no mostrar el tufo.

Y así por el estilo, quejándose de todos, se pasaban las horas muertas. Pero la murmuración no alimenta y los chismosos siempre acaban aborreciéndose. Un buen día se pelearon los tres y se separaron, no sin haberse antes *cantado las verdades* bien clarito a grito limpio e insulto seco, como comadres de conventillo. Al Perezoso le dijeron que él era el haragán; a la Víbora, que la mala y perversa era ella; y al Zorrino, que si se oliese a sí mismo no sentiría la hedentina de los otros. Y a cada uno, que cada cual es hijo de sus obras.

Pero ninguno de los tres se dio por entendido y han seguido hasta el día de hoy quejándose del mundo entero.

6. Vae victis!^[3]

El Cedro viejo que había dado sombra a tantos cansados, y asiento a tantas aves, ramas a tantos nidos, y flores, perfumes, color y alegría a tantas primaveras, como ahora estaba viejo y empezaba a picarse, lo arrancaron. El carpintero, que pagó la operación, se llevó el tronco; los vecinos llevaron leña de las ramas y el que no pudo más llevó hojas para cocimientos; los chicos saltaron jugando entre las ramas y hasta los sapos salieron de sus cueva alegremente a buscar insectos en la tierra removida.

Sólo una Cabecita Negra, que tenía el nido en la copa, lloró en un trino fúnebre la muerte del anciano del monte. Y su trino decía así:

¡Qué fácilmente la sobrellevamos,
qué llevadera se hace la caída
de aquel de quien ya no necesitamos...!

Y todos los sapos respondían al unísono, en un desafinado coro:

Así es la vida, amigo, así es la vida.

7. Villanos

Un Ñandú se escapó de una cacería, llevándose enredadas las boleadoras, pero como tenía rotos una pata y el cuello, cayó muy pronto entre unas pajas bravas y empezó a agonizar.

Entonces salieron doscientas Catangas Cascarudas, que son los sepultureros de la pampa, empezaron a cavar alrededor de su cuerpo

cantando:

—¡Al fin caíste, Ñandú, patas sucias! ¡Aprendé a comer Catangas, animal inmundo e idiota! ¡Por sonso! ¡Metéte con el Hombre, que es nuestro amigo, imbécil, y come cosas muertas como nosotros! Pronto estarás bajo tierra, es inútil que sacudas la cabeza, que te baila como una estribera! Y nuestros huevos se cuajarán y nuestros huevos empollarán con el calor de tu carne, y nuestras larvas la comerán, la comerán.

El Ñandú no pudo dar una respuesta digna a los Necróforos aprovechadores, porque el frío último le tenía ya sus huesos. Pero un Cardenal se paró en una paja y gorjeó indignado:

Quando al Grande lo tumba la Fortuna
se ríe el Vil y a motejarlo empieza;
cuando el Tigre se hunde en la laguna
le patea la Rana la cabeza.

IV. Siguen las seis fábulas de la chacra

1. El cicutal

Don Agapito Puentes vio una plantita de Cicuta al lado de su maizal, y díjole:

—No te doy un azadonazo porque tenés florecitas blancas... y por no ir a traer la azada.

Otro día vio un Cardo y no lo cortó, porque tenía una flor azul, y para que comiesen las semillas las Cabecitas Negras. Medio poeta el viejo, cariñoso con las flores y los pájaros. Por un cardo y una cicuta no se va a hundir la tierra.

Pasaron los dos meses en que el pobre estuvo en cama con reuma, y cuando se levantó se arrancaba los pelos; había un cicutal tupido hasta la puerta de su rancho todo salpicado de cardos, de no arrancarse ni con arado; y su maíz, tan lindo y pujante, había desaparecido casi. Entonces sí que había florecitas blancas.

—¡Hay que desarraigar el mal aunque sea lindo, y cuanto más lindo sea, más pronto hay que dar la azadonada! —dijo el viejo—. Velay, a mi edad, ya debía haberlo sabido.

2. La vaca que no tenía voluntad

Una novilla curioseando el campo fue y mordió una hoja de potota, no sabiendo que era veneno. Enseguida propuso no hacerlo más; y mostró su propósito de la manera más original del mundo, brincando furiosamente, bramando sin cesar, corriendo de un lado a otro, atracándose de agua y sacando la lengua que le parecía que la traspasaban millares de alfileres, con gran risa de todos sus amigos de la tropa.

Pero sucedió que al año siguiente, medio olvidada del caso, fue y se tentó de nuevo con la ancha hoja en forma de escudo, y le tiró el mordisco. Y quemadas de nuevo las fauces y las achuras por la horrible planta, bailó de nuevo la tarantela.

Y un año y medio después, un tiempo de sequía, fue y, medio queriendo y medio sin querer, comió de nuevo y se arrepintió otra vez. Por lo cual cayó en el más profundo desprecio de toda la tropa de bueyes viejos y jóvenes terneras, de todos los cuales era la más inteligente y ladina, por su falta increíble de fuerza de voluntad. ¿De qué le servía entonces toda su inteligencia...?

Pero yo digo: ¿no tenía también un poco de culpa el dueño de la chacra en dejar plantas de potota al alcance de las vaquillonas que tienen mucha imaginación...?

3. La liebre en el lino

—Un Linar siempre es peligroso para una liebre —dijo la Liebre Vieja —, y no asistiendo necesidad alguna, yo no veo...

—El linar —dijo la Liebre Joven, que era muy romántica— parece un lago celeste de tan tupido, igual y parejo que está, y de tan cuajado de florecitas, que parecen haberse abierto todas de un golpe esta mañana a un mandato de la brisa que las ondula. Me voy.

—Pero, ¿por qué razón?

—Por mi realísima gana.

Las Liebres, como todos los débiles, tienen el prurito de mostrarse enérgicas, y son caprichosas y tercas, creyendo desplegar así una singular fuerza de carácter. No hay más que verlas a escondidas una noche de luna cuando salen a triscar, los correteos absurdos que dan, los brincos inverosímiles, las piruetas, aquel correr sin orden, amontonarse aquí y desbandarse al momento, mordisquear una matita de trébol y dejarla, aquel no hacer nada desplegando una actividad que marea. Pero no obstante, cuando el peligro asoma, aquel puñado de histéricas se recobra instantáneamente de su borrachera. Los remos de acero recuperan su elasticidad prodigiosa y devoran campo casi sin tocarlo; la vista se aclara, el oído se a fina, y todas las fuerzas vitales convergen como resortes para la huida vertiginosa.

Pero en un linar no es lo mismo. Cuando la Liebre Joven sintió el ladrido de los dos perros se puso fría. Disparar fuerte una liebre por un linar es como pedirle a un caballo que dispare por un cañaveral, según son rígidos, duros y espesos los tallos. No le quedó más remedio que recurrir a los brincos altos, cosa cansadora para sus patas, mientras que los perros, que eran de más alzada, avanzaban abriendo dos surcos en el lago verde, más por jugar que por otra cosa, pues no esperaban alcanzarla. Y van y van, la Liebre joven ganando tierra a brincos desesperados, lo que la hacía muy visible —¡no tener yo la escopeta ahora!— y mis dos perros ladrando alegremente. Y he aquí que Cayuso tuerce bruscamente para cortarle la salida del linar. Y la doña torciendo continuamente la cabeza para esquivar al perseguidor y alargando desesperada sus saltos de langosta. ¡Bravo,

Cayuso, pero no la alcanzarás! ¡Ya va a salir! ¡Pumba, tomá, el alambre!

La Liebre Joven, por mirar hacia atrás y hacia los lados, se topó con el alambre de púa y se degolló en seco.

—¡Cuatro ojos que tuviéramos en vez de dos, con los peligros que hay en esta vida, todavía serían pocos!— dijo la Liebre Vieja a sus hijas al terminar de contarles el suceso que ella presenció horrorizada desde su cama, hecha un ovillo, en tensión formidable todos sus músculos y sus nervios, para arrojarla si la descubrían, como una flecha, en un salto desesperado...

—¡Cuatro ojos no bastarían! Pero ya que no tenemos más que dos, ¿por qué nos hemos de meter, canejo, sin necesidad, adentro de un linar? Tratándose de la vida, hijas, todo cuidado es poco.

¿Qué no hubiera dicho la Liebre Vieja si se hubiese tratado de la Vida Eterna?

4. El miedo no es sonso

Después de aquella enfermedad en que temí morirme —y en la cual habiendo leído la vida de *Los Tres Patronos de la Juventud* hice el infantil propósito de hacerme cura si sanaba, cura «jesuita» como San Luis Gonzaga, aunque no sabía lo que era jesuita—, convalecido ya, me mandaron con mi hermana María a Las Toscas a reponerme. Los chicos de la ciudad que no han visto más que *el naranjo del patio de la escuela* no saben lo que es la chacra de Las Toscas, y los compadezco.

Las Toscas es un monte chaqueño, el río Las Toscas con su cascadita que desagua en el Paraná Guazú, la laguna Pipo, el picanillar, los pajonales y junqueras, la doma y los rodeos, la zafra de la caña dulce, la ralea del

maíz, la quemazón para cazar liebres y cuises, la busca de nidos tordos, la... Pero basta: que no se pueden contar diez fábulas a la vez y hay que contentarse con una.

Fui un día con Coletto a baldear en el jagüel del Algarrobo Grande. Por los pastizales castigados por la seca, crujía carbonizada la yerba bajo el paso de los caballos, y hasta en el monte comenzaba a secarse. ¡Cómo estarían los animales! Coletto, atado su rocillo a la lonja cruda del balde volcador, inició con ardor el vaivén monótono que arrojaba arrobas de aguas limpiísimas en la represa y en los bebederos. Yo entretanto, pueblero haragán, en vez de ofrecerme con mi bayo para ayudar a tirar agua, estaba tentando, parado sobre la montura, de agarrarme a la horqueta del Algarrobo Grande, a ver si podía subir hasta donde se veía una enredadera de *ñanga-pirí*, cargada de fruta. Pero era inútil: el árbol aquel era difícilísimo de subir —liso, derecho, sin ramas— a pesar de mi práctica, y yo no podía decir como la zorra «están verdes» porque asomaban entre las hojas las frambuesas bermejas que eran un encanto, yo que era loco por el *ñanga-pirí*.

Cuando Coletto llenó los bebederos y desenganchó a toda prisa para ir a repuntar los animales para la aguada, todavía estaba yo tenazmente prendido al tronco. «Esperáme un momento», gritó mi compañero, yo me tumbé al pie del algarrobo y empecé a mirar arriba lamiéndome los labios.

Un mugido lejano me hizo bajar la cabeza. Me puse la mano en las cejas, miré alrededor y vi que del monte venía la vaca *Mocha*.

Yo nunca había visto la *Mocha*, que siempre andaba disparada de las casas, pero la conocía demasiado por la fama, que no era buena: una vaca negra, con una sola guampa, muy cimarrona y arisca, que había abierto por la mitad al Barcino, el mejor perro de casa... era aquella. Y para mejor venía con cría, doblemente brava entonces. El animal mugió de nuevo y yo me puse en pie de un salto.

Evidentemente, aquella vaca quería algo conmigo. Se había parado mirándome, torcida la testa, con un ojo que parecía una brasa, mostrándome la punta marfilina de su único pitón. Yo me quise morir. Coletto me había dicho que un hombre a caballo no tiene miedo de ningún animal vacuno, por bravo que fuese; pero yo no fiaba tanto como eso de mi baquía de

jinete, y además, para montar necesitaba arrimar el bayo a una zanja y el monstruo unicornio no me iba a dar tiempo, que ya estaba en marcha de nuevo...

Tronó el tercer bramido que me sacudió como un terremoto. De tres desesperados saltos estuve, dejando el caballo, al lado del algarrobo, al que me abracé con el ardor de un amigo de la infancia. ¿Dije antes que el algarrobo era de imposible trepación, más recto que la conciencia de un abogado? Pues bien, yo no sé cómo fue y van a decir que es mentira; pero cuando la *Mocha* llegó al pie, yo estaba en lo más alto de la copa del árbol.

La *Mocha* levantó la cabeza y me miró como la bruja del cuento, aquella que decía: «Tarán, Tarán, el que mira para abajo se cae en esta bolsa»; y después me tuvo lástima, y en vez de voltear el árbol, como yo creí que iba a hacer, se puso a beber tranquilamente al lado de su gentil becerrito, mugiendo de alegría. A los mugidos empezaron a aparecer por todos lados vacas pacíficas, tardos bueyes, novillos, vaquillonas, toretes, el burro y hasta una tropilla ajena al trote largo, con su padrillo a la cabeza, que hundían golosamente en el precioso licor cristalino las bocas hasta el pescuezo y bebían a grandes sorbos ávidos, empujándose amistosamente y mugiendo a coro. Yo empecé a sospechar que me había asustado de más y que la *Mocha* se venía solamente a beber, «porque hasta la más baguala cae al jagüel con la seca», según Martín Fierro, y los más baguales son precisamente los primeros que caen, cuando tienen hambre. Y despechado conmigo mismo, me puse a atrancarme a dos manos de *ñanga-pirís*, olvidado de que esa fruta silvestre tiene un ligero efecto purgante que, para los no acostumbrados como yo, no es ligero.

En eso cayó Coletto; y cuando me vio allá arriba se puso furioso.

— ¿Y tu caballo?

Mi caballo se había ido, empujado por la tropilla, yo no sabía dónde.

¡Dios, cómo se puso Coletto entonces!

— ¡Animal! ¡Se ha ido a la querencia, que es caballo recién comprado, a lo de Tomassone, a tres leguas de aquí! ¡Pedazo de...! ¿Quién te ha enseñado a dejar sueltos los...? ¡Me recon... centro en...! ¡Te vas a ir a pie... o montado en la vaca Mocha! ¿Dónde se ha visto dos enacados encima de una montura? ¿No decías que no se podía subir?

—Calláte, Coletito —le dije yo—, que estas son las cosas que Dios hace, que le pega a uno un susto grande, para que pueda hacer lo que antes no podía y así pueda llegar a los *ñanga-pirís*.

¿Quién me iba a contar a mí que esta idea rara que se me ocurrió entonces era una gran verdad, como lo supe después estudiando, y la dijo también Santa Teresa de Jesús?

5. La perdiz tierna

Una Perdiz madre a quien la Comadreja le sorbió tres huevos —y no le sorbió los cuatro porque Guañabéns, que andaba con la escopeta, de una perdigonada le quemó las ancas—, con la aflicción de su desgracia, sobre que era cariñosa de por sí, empolló su huevo unigénito con cuadruplicado ardor. Nació un lindo pichón color canela; y quiso echar a correr como un pollito en la mañana fresca y húmeda. Pero su madre no quería ser menos que la Cardenala que tenía el nido en un naranjo y polluelos de quince días, que no dejaba salir sin embargo, hasta que no tuviesen volantones. Y así le prohibió que saliese y le trajo gusanitos y lo calentó con sus alas, que para eso tenía él mamá de posición y no necesitaba ir a trabajarse el sustento por esos surcos de Dios, llenos en aquel momento de los silbos alegres y tímidos de los perdigoncitos pobretes sus vecinos, nacidos aquel mismo día.

Los pájaros del cielo, que anidaban en los árboles, tienen que pasar antes de salir del nido por las cuatro edades, de tripón, pintón, plumadito y volantón; pero los pájaros de la tierra como la perdiz y el ñandú, apenas nacen, ya son volantones —y nunca salen de ahí en su vida—, y se arreglan ya por sí solos, y andan, cazan y campan como mayores, y disparan —como decía Guañabéns, el fabricante de plumeros—, «que el Diablo que se los

lleva».

Y este fue el error de la joven madre. Quiso tener a su hijo al calorcito de su seno y de sus plumas —y eso que el muchachito quería irse con los otros cada día—; quiso alimentarlo con lombricita mascada, cuando el otro ya tenía pico duro; lo tuvo a la sombra y bajo sus alas; y no le dio jamás un mal picotazo porque lo quería mucho, cuando los otros tenían ya el lomo curtido de los golpes con que sus madres les enseñaban a no salir del matojo cuando se oye ruido, a acurrucarse inmóviles y a hacerse tierra y hojas secas cuando pasa el Hombre, el Zorrino o el Lechuzón Blanco.

Creció pues aquel perdigón de nido, perdigón de invernáculo; y salió lindo, pero fofo. Grandote y sin gracia, como flor de sótano, con las patas rosadas y flojas en vez de firmes y rojas; los ojos rojos en vez de negros y la plumazón albina y clara, que en vez del lindo percal rameado de los otros era fina seda gris.

Apenas salió al sol, grandote e inútil, parecía que se quería derretir, y la gente le cantaba:

La lechuza es batará
y el tero picotazo overo
y la perdiz es barcina, ay, ay, ay,
moteada de blanco y negro.

Eso sí, muy bien educado, y no como esa gentuza, decía la madre del zascandil aquel, que no parecía varón ni era hombre para nada, que lo reventaba un volido de treinta metros y no sabía disparar ni esconderse, ni aguantaba la luz del mediodía con sus ojos tiernos, ni veía el granito perdido en el surco, ni encontraba sustento. Se le burlaban todos. No tenía resolución para nada, ni para irse de allí, donde era infeliz. Pasaba terrores y apuros sin cuento porque no sabía defenderse ni siquiera del Gato, del cual las perdices se burlaban. Una paja lo cortaba, una espina lo mancaba, la escarcha lo endurecía, un calorazo de enero lo ponía hecho una esponja.

Fue un día al Tero y le dijo:

—¡Son todos crueles conmigo, todos me persiguen, todos son enemigos míos, no sé por qué!

—¡No, m'hijo! —le dijo el Tero—. Ninguno es cruel. La vida es cruel. ¿Querés saber quién fue cruel con vos? La verdad hay que decirla, aunque sea dura, y yo te la voy a decir, como se lo dije a ella muchas veces por más que lloraba cuando ya no había remedio. El enemigo tuyo ha sido tu finada madre quede quererte tanto, tanto, te ahorró las molestias pequeñas, y te legó las grandes. Tu finada madre ha sido cruel. Dios le haya perdonado que la pobre no sabía que con sus mimos te dejó en herencia buenos modales pero malas costumbres.

6. La langosta

Cuando la langosta pone huevos, se puede arar el campo y desenterrarlos al sol; cuando la langosta es *mosquita* y está posada en grandes manchas negras sobre los matojos, se puede espolvorearla con pulverizador de petróleo y prenderle fuego; cuando es *saltona* y marcha por los campos en largas caravanas siniestras, se la puede encajonar por senderos de hojalata hasta un pozo donde se la entierra viva; pero cuando se hace *voladora*, ya no hay Cristo que la ataje.

Una inmensa *manga* de voladoras se abatió un día sobre la Colonia Presidente Avellaneda como una alfombra asquerosa y rumorosa. Fuera de los mandarinos y los nísperos y la achicoria y las acelgas que tienen la hoja amarga, todo lo que era *verde* —y era la primavera y el trigo, el lino y el maíz florecían— se volvió color salmón de langosta apiñadas. Los colonos sostuvieron un día la batalla desesperada, la batalla de vida o muerte (cosecha o hambre) para ellos; pero cómo sería la cantidad de acridios, que al día siguiente dejaron desesperanzados las fogatas, el tañer de tachos de kerosén y el golpear los árboles con picanas; mientras nuevas nubes de

insectos se dejaban caer a plomo al saqueo de la Colonia rendida, llenando el suelo de bostitas y el aire con el bisbiseo antipático de sus alas membranosas. Las calles estaban overas, le daban a uno en la cara y en los ojos, anublaban el sol; uno los encontraba en todas partes, entre las sábanas, en los botines, en la sopera, en los inodoros, en las cañerías. La Colonia se rindió a discreción llorando, y se abandonó a la voluntad omnipotente y maligna del azote.

Entonces Benedicto Mulosini, un colono, propuso a la Comisión de Fomento prender fuego a las dieciséis hectáreas de maíz seco del Campillo. El Campillo era propiedad de la Comisión de Fomento del pueblo, es decir de todos, o sea de nadie; por lo cual estaba mal cuidado, había sido sembrado prematuro y apenas iba a rendir un treinta por uno, a lo más. Pero estas razones no convencieron, mas exasperaron a la Comisión de Fomento, que después de deliberar una tarde entera —y la langosta mientras tanto talando— mandó decir al enérgico y violento italiano que quemase su chacra si quería. Benedicto, que era el único que no había dejado de pelear en su chacra, levantó los brazos al cielo al recibir el anuncio y lanzó una puteada imponente.

La madrugada siguiente, antes de romper el alba, el Campillo ardió de punta a cabo, levantando, por causa del rocío matinal, espesos nubarrones de humo. La quemazón duró todo el día y se propagó a algunos de los campos vecinos causando bastantes daños; por lo cual se levantó una indignación espantosa contra el testarudo italiano, a quien se atribuía, y se habló hasta de atentar contra su vida. Pero sucedió también que toda la langosta que estaba en el Campillo y todas las inmediaciones, se levantó en masa, y las demás langostas dieron muestras irresolutas de querer imitarlas. Los colonos viendo el giro de la cosa, agarraron de nuevo los tachos, las picanas y todos los demás elementos de persuasión que la imaginación excitada les sugirió. Las langostas se persuadieron y se fueron, y se salvó la mitad de la cosecha.

Alguno indicó que se lo debían a Mulosini, que había incendiado el maizal; pero cuando fueron a darle las gracias encontraron que unos contribuyentes celosos le habían dado una paliza tal, que lo habían dejado por muerto. Como uno de los apaleadores era el presidente de la Comisión

de Fomento se convino en que de todas maneras Mulosini había hecho mal en proceder por vías ilegales; que debía haber sometido el caso de nuevo a la reconsideración de la Comisión de Fomento.

Y hablando, hablando, se llegó al fin a la conclusión que tal vez todo había sido una mera casualidad y que la langosta se había levantado porque se quiso levantar y Dios así lo dispuso. Con que quedó zanjado el asunto y no le dieron las gracias.

Por eso digo yo que es mejor matar la langosta cuando es mosquita...

V. Las cinco fábulas que aprendí en la laguna Pipo

1. Aprieta

Se agarraron al fin en una mañana tostada por un sol de enero, se agarraron como todo el mundo en el ribazo sabía que tenían que agarrar, hasta el infelicísimo, el distraidísimo Tatú.

—¿Sabe que su amiga, compadre Apereá, *la-que-refala-sin-ruido*, está buscando y me parece que va a encontrar?

—¡Por amor de Dios, hable bajo! —dijo el Cobaya, que tiembla de oír solamente el nombre de la venenosa.

—Yo no le tengo miedo, aunque tampoco la trato —dijo el Cascarudo— ; pero me parece que la Iguana Verde le va a dar el vuelto.

—¡Ojalá Dios quiera! —silbó arriba el Cachilo—, ¡ojalá la mate! La Iguana es mi amiga... No puede subir a los árboles. Pero temo que no la pueda.

—¡Amalaya se coman las dos! —dijo el pobre Cobaya palpitante.

—Amén, compadre. Pelearse se tienen que pelear, porque el ribazo es chico para dos matrereros de esa ralea que comen los dos lo mismo y no poco cada día —dijo Tatú Mulita.

—¡Cristo, allá están! —gritó el Conejito de Indias, hundiéndose como un rayo en su cueva, porque se oyó a lo lejos el matraqueo siniestro y furioso del crótalo de la víbora.

Se habían agarrado. Sobre la curva sinuosa y parda de un caminito de perdiz venía el Lagarto corriendo un ratón; estaba la Cascabel acechando una rana, y se toparon. Ninguno de los dos iba a torcer, ninguno de los dos iba a retroceder. ¿Podían retroceder? La Cascabel estaba enroscada en una negra bola repugnante, resorte tensionado y potentísimo que arrojaría su cabeza chata como un lanzazo sobre su enemigo, así éste moviese no más un ojo; la Iguana, aplastado el cuerpo contra el polvo y estremecida en convulsiones de ira, saltaría fulminante sobre su nuca, al primer descuido de la guardia. Parecía que ninguno de los dos se movía; y sin embargo la Cascabel se contraía y replegaba todavía más, hinchándose su cuerpo negruzco como un brazo que hace fuerza; y la boca abierta y feroz del Lagarto se iba aproximando imperceptible, línea por línea, punto por punto, con precaución infinita, jadeante, crispada...

¿Cuál de los dos ha saltado? Tan fulmíneo ha sido el golpe que el ojo más sutil no hubiera podido distinguirlo. Ha sido un mescolarse instantáneo de miembros, escamas, anillos, colas que golpean furiosas, patas verdes que arañan, vientres blancos, lazos mortíferos que se anudan, cuellos que forcejean, un solo monstruo disforme y proteico que agoniza frenético revolcándose en el polvo...

De manera que yo, que en ese momento caí al ribazo, rifle al hombro y descuidado, no supe a lo primero qué cosa era aquélla horrible que forcejeaba en la arena: si un grifo asqueroso, mitad saurio y mitad víbora, o bien una serpiente con patas y dos colas...

Ajajá... El Lagarto es el que ha mordido. Ahora veo su cabeza entre los anillos mortíferos. El Lagarto ha agarrado a la Cascabel y la sacude convulsivamente para quebrarle el espinazo...

Horror! El golpe del Lagarto no ha sido certero. El cogote agilísimo se ha zafado y en vez de aferrar las vértebras cervicales, los dientes sólo han cazado la espalda; y la boca letal de la Venenosa se vuelve fatídicamente, haciendo un arco muy cerrado, hacia la garganta blanca y blanda de la Mordedora, a la altura del hombro, y las dos mandíbulas se abren

espantosamente, en un ángulo tan abierto como un pulgar y el índice de un hombre, para dar el mordisco último.

El momento es supremo. La Iguana aprieta con todas sus fuerzas cerrando los ojos. Tan furiosa está que uno puede salir de detrás del árbol, todo espantado y sin resuello, y aproximarse al montón cautelosamente para ver si el mordisco agarra.

Clack. Se cerró como un resorte el estuche de la muerte, y las dos espinas de marfil en cuya punta centellea una gotita de veneno pasaron como saetas a un milímetro del cuello de la Iguana. La Iguana aprieta.

Clack, clack, clack. Los mordiscos se multiplican isócronos, metódicos e infructuosos, mientras la Venenosa se crispa para deslizar su espalda un milímetro no más, el milímetro que falta, de la tenaza de la otra. Pero la Iguana aprieta más, con los maxilares que crujen como si se quebraran. Las dos comprenden con toda claridad la situación. Un milímetro más o menos es la muerte para la una o la otra.

Apretar. Zafarse. Con todas las fuerzas de la desesperación, aunque crujan los huesos y se corten como piolines los tendones. Aprieta. Tira.

¡Ay! ¡Ay! Los anillos de la Cascabel han hecho presa en el torso —el cuello está defendido por las patas delanteras— y aprietan ahogando, mientras la cabeza siempre tira y las mandíbulas venenosas suben y bajan automáticamente. La Iguana abandona toda defensa y se deja estrujar y ahogar, salvo el apretar con su boca que sangra y babea. Todos los pájaros han cesado de piar y los bichos de correr, al estribor del crótalo que suena agitándose convulso, como una canción macabra. Hay un silencio fúnebre en el sauzal del ribazo...

¡Adiós! La Iguana se ha tumbado de lado. La creyera muerta en el abrazo terrible a no ser por su boca que no cede. Toda su vida se ha reconcentrado en sus mandíbulas. Y en las dos manos que protegen el cogote del lazo corredizo. Y aprieta.

¿Qué pasa? La Cascabel ha soltado a su enemigo, que ni resuella por no soltarla: su cuerpo negruzco se desparrama por la arena como un látigo a quien la desesperación del último esfuerzo sacude. ¿Qué intenta? La Iguana gime de dolor, con gemidos de niño, porque las mandíbulas y el cuerpo le deben doler horriblemente; pero aprieta.

Ajá, la Cascabel buscaba un apoyo; y ahora, anudando la cola a un raigón, prueba otra táctica, la última, y hecha un puente en el aire, desesperadamente tira.

La Iguana sin soltar es arrastrada por el ímpetu, con las cuatro patas hundidas como puntales en la arena, en línea recta primero, después a un lado, después a otro. El cuerpo de la Cascabel se anuda y parece que se va a romper. Y los dientes venenosos se alzan de nuevo, y caen de nuevo, y la piel del cuello es atrapada y yo no puedo contener un grito.

Y los dientes se alzan de nuevo y entonces veo que me he engañado: los colmillos sólo han arañado la piel. Y entonces —todo esto en un segundo—, la Cascabel se sacude con una especie de grito de rabia, muerde otra vez, cruje... y se dobla como un junco, por el punto en que la Iguana la aferra. El espinazo ha cedido. *Peractum est.*

El cuerpo ondula todavía con las convulsiones de la muerte y el estuche ponzoñoso muerde el aire. Pero la Iguana sabe que la Cascabel no puede ya hacer fuerza, que está perdida. Y espera pacientemente sin soltar, diez minutos, quince, veinte, que los movimientos languidezcan y la chispa de los ojos maléficos se apague. Y después suelta y salta a un lado. Y entonces me ve a mí.

Yo creí que era insolencia mirarme a mí fijamente y no huir, insolencia de vencedor; y estuve por darle un tiro. Pero era cansancio, la pobre, con la boca abierta, sin poder cerrarla y las patas tiradas por el suelo, como si todos sus huesos estuviesen desencajados. Dio tres o cuatro pasos borrachos hacia el agua y se tumbó de nuevo. Entonces bajé el rifle no queriendo gratificar con un tiro —lo que hubiera sido, al fin y al cabo, una gratitud de hombre— a quien me había hecho el servicio de suprimirme ese tremendo habitante ignorado del ribazo, donde yo iba todos los días a tumbarme en la gramilla con un libro. Y dije mirando a la Iguana, agonizante de cansancio:

—¡Oh, Iguana! Hay momentos en la vida en que Dios quiere que uno agarre con los dientes y apriete hasta romperse la mandíbula, pena de la vida. Dios mío, yo te ruego que si es posible no me pongas en esos trances y me des enemigos pequeños. Pero si no es posible, yo te ruego que me des gracia para apretar y no soltar, para apretar hasta la muerte.

2. Estar contento

¡Oh, laguna Pipo, si volviera yo a verte una vez más, y pudiese besar tus orillas, mis canas se irían todas de mi cabeza y volverían a cantar en mi corazón los jilgueros de mi infancia! ¡Si te viese de nuevo como aquella mañana en que el sol saliente inflamaba tus inmensos aguazales azules sembrados de totoras y casi materialmente cubiertos por alfombras overas de innumerables aves acuáticas, flamencos rosas, patos blancos, caraús negros, chorlitos, biguás, gallaretas, quillas, tuyuyúes, tuyangos, siriríes, chajáes, teros y garzas que pescaban con inmensa algarabía!

Yo estaba contento y escuchaba al borde del agua las cosas que me decían todas las cosas...

—Quisiera poder caminar por la tierra —oí decir a una Mojarra—, entonces sí que estaría contenta.

—¡Si yo pudiese volar! —silbó la Iguana.

—Nadar por el agua debe ser la gran felicidad —dijo un Tero desembarrando elegantemente sus patas.

—Tonterías —dijo un Pato bachiller—. Yo camino, yo nado y yo vuelo y sin embargo estoy profundamente descontento. Camino mal, chueco y desgraciado, y se ríen todos de mí; nado mal, y no puedo alcanzar a la Mojarra y tengo que comer gusarapos; vuelo mal y me alcanza en mi vuelo la escopeta. Mejor es saber una cosa bien que muchas mal. La felicidad consiste, a mi parecer, en tener todas las habilidades de todos los animales sin ninguno de sus defectos.

—Jay —dijo el Surubí asomando el hocico—, échele un galgo. La felicidad en esta tierra consiste en estar contento.

—¿Cómo se hace para estar contento con tantas penalidades?

—Para estar contento hay que estar *contenido*. En latín *contento* significa *contenido*. Hay que contenerse con gran fuerza dentro de los límites del charco en que Dios nos puso. La mitad de mis paisanos pasan una vida perra por andar buscando el mar cuando Dios los puso en la laguna. Hay que saber caber en su molde y apretarse adentro de la propia

horma, y hacer el gusto a lo poco, mis hijos.

—Esas son teorías —dijo el Sirirí.

—¿Teorías? —replicó el Surubí muy enojado, asomando la aleta pinchuda y el lomo overo—. ¡Teorías son las de ustedes! Yo he sufrido mucho; y cuando uno sufre, sólo la verdad ayuda, y las teorías se apagan. Yo no he nacido en este barrizal, sino allá en el río Amores, que es un paraíso. Un día, una inundación me trajo aquí y yo que era joven y desprevenido no noté cuando el canal se secaba; y se secó y me cortó y me dejó en la laguna. Yo no soy pescado de barrial y pensé al principio morirme de dolor en esta pobreza. Lloré, grité, maldije, salté afuera a la playa, con peligro de ahogarme, y me golpeé la cabeza contra todas las totoras y los duraznillos. Un día entendí que recalcitrar era al ñudo y resolví explorar en todos los sentidos las posibilidades de la pobreza en que Dios sin remedio me había encerrado, hasta tocar el límite de arriba y el de abajo y los límites de todo el circuito horizontal. Viajé y trabajé y el trabajo me templó. Vi que no era tan pequeño el charco como mi dolor lo había exagerado y que para los años de vida que me quedan, al fin y al cabo, iba a durar sin secarse. ¿Ustedes creen que alguna vez no se acongoja mi corazón queriendo locamente volar por los aires hasta mi río natal espléndido que él siente murmurar dulcemente atrás de aquellos pajonales? Pero yo le aprieto fuertemente por medio de la resignación. Y lo hago estar contento y contenido en este charco, con el trabajo, con hacer bien a todos, con los escasos placeres de este barrizal... y con la esperanza de... ¿quién sabe? ¿Por qué no puede venir un día otra inundación que me abra el camino del río inmortal para siempre? Si yo me muero antes, me basta con esta vida a la que me he acostumbrado; pero, ¿quién me quita a mí la esperanza de la otra?

El Surubí se estaba metiendo en muchas filosofías y a mí la humedad de la tierra en que estaba tumbado escuchando me estaba haciendo mal. Me levanté, le tiré un cascotazo al pato sirirí y todos los acuátiles se zambulleron y toda la bandada se levantó de un golpe, sacudiendo el ambiente purísimo con el aletear repentino y unánime de sus rémiges poderosas.

3. Las ranas

Una nube se plantó delante del sol y dejó en sombra exactamente la mitad de la laguna.

—Cuá cuá —cantaron las Ranas en ese punto pensando que iba a llover —, el sol malhechor ha muerto, cuacuá, a manos de la benéfica sombra, cuacuá, madre del agua y de los charcos, cuacuá, y de las lombrices blancas.

—¿Están locas ustedes? —preguntaron las otras Ranas, que habían quedado al sol.

Pronto se percataron que había una diferencia entre ellas, y las de la sombra se sintieron orgullosas de su merecida superioridad. Se empezaron a llamar a sí mismas Sombrinas, mientras que a las otras que trinaban de envidia les pusieron el apodo deprimente de Proletariado. Surgió la cuestión social y la lucha de clases, y de repente estalló una revolución y se mataron muchísimas al grito de *Libertad y Fraternidad*.

Vencieron las de abajo y se pusieron a la sombra, con lo cual desde entonces ellas eran *las de arriba*. Pero en ese momento la nube se trasladó y todas se quedaron al sol como antes.

—¿Ha visto qué cosa? —dijo una de las vencedoras al Sapo Overo, que era tenido por filósofo y había leído a Leopardi—. ¡Ahora que el pueblo había reivindicado sus derechos y todos éramos iguales!

—¡Todos son igualmente imbéciles! —contestó el Sapo con franqueza —, los que en vez de unirse en caridad contra los males que pesan sobre la especie, los aumentan carneándose unos a otros por diferencias efímeras que no borran la inexorable igualdad con que a todos nos sujeta el dolor, quiero decir, el sol malhechor, que cría las culebras tragadoras, los halcones crueles y las sequías asfixiantes.

4. La boga y el sábalo

Le dijo la Boga plateada al Sábalo overo:

—Idiota, no salgas a la superficie, que anda el Hombre.

—¿Y vos por qué salís?

—Yo salgo por la necesidad de buscar comida, que si no, no saldría. Yo no como barro como vos. Pero yo voy rayando despacito a flor de agua, mientras que vos das un salto que parece un cascotazo.

—Yo salgo por curiosidad, porque para mí saber cosas es como, comer para vos, Boga panzuda. No sólo de lombrices vive el pez. Yo soy un intelectual. Aunque ande entre el barro, yo vivo para saber. Todo se puede saber. El saber no ocupa espacio, y nunca hace mal. Yo tengo allá arriba y acá abajo otra comida que no ves, y es el saber cosas.

—Por lo visto no criás mucho sebo con eso.

—Soy muy desgraciado —dijo el Sábalo—. No me dejan vivir. Los sabios no sabemos defendernos. Nos explotan. A mí me persigue el Dorado por abajo y el Hombre por arriba y el Yacaré por todos lados. Y es que no tengo diente como el Dentudo, ni pinchos como el Bagre, ni sé disparar como la Mojarra, ni esconderme como la Anguila y no tengo espinas y tengo la carne tan sabrosa como el Pejerrey, que es un zarzal. A todo el que vale mucho, Dios le debería dar dientes o espinas. Yo no hago mal a nadie y como plantitas acuáticas y me persiguen; mientras que la Palometa, que muerde hasta los anzuelos, como es inútil, todos la respetan...

—Miró que langosta rica! —interrumpió la Boga dirigiéndose bruscamente hacia arriba.

Llegar al ras del arroyo y caer sobre ella la fija del Hombre con un estruendo espantoso, fue todo uno. El pescador tiró la cuerda y sacó del agua a la Boga, enganchada en una de las púas del tridente. El Sábalo lo conjeturó todo, acurrucado en el fondo en vez de huir de allí, y vió a las Palometas estrechas y anchas acudir en bandada al olor de la sangre.

La curiosidad se lo comía vivo. Salió despacito y se aventuró sigilosamente, cuando todo quedó en silencio. ¿Qué le habrían hecho a la

Boga?

Trazó dos círculos silenciosos y se incorporó de un salto. Vio el cielo, el sol, el río, los árboles, el Hombre en su canoa... y el relámpago de la fija mortal, que lo traspasó desde lo alto. Y así acabó miserablemente.

—Tío —digo yo entonces—, no entiendo bien esta fábula. La Boga murió a causa del vicio de la gula. Pero el Sábalo murió también y no tenía vicio.

—No tenía vicio; pero tenía —dice el tío Félix— una pasión indomada. ¿Entendés?

5. Las víboras

Cuando el Rey no tenía aún las dos alcantarillas, se cortaba con frecuencia el terraplén en las inundaciones, no dando abasto el ojo del puente para represar la enorme cantidad de agua que las lluvias repentinas del verano acumulaban en él y sus afluentes.

Me acuerdo todavía de la gran inundación que hubo, teniendo yo unos siete u ocho años, que abrió dos zanjas en el terraplén por donde el agua se precipitaba mugiendo en cascadas hervorosas. Allí pesqué un día dos docenas de doraditos yo, porque era una delicia, el agua los arrastraba violenta a través de la brecha como dardos y los amontonaba en un pozo o remanso que había al otro lado y que lleva el triste nombre de «*El pozo donde se ahogó Serafín*». Esto era cuando bajó el arroyo, que primero nadie llegaba hasta ahí, antes el agua llegaba hasta las primeras casas del pueblo, hecho un inmenso lago o estero morado del que no se veía el fin.

Los primeros días de la inundación fue un espanto la cantidad de víboras —habitantes, seguro, de los inmensos pajonales de la playa

inundados— que llegaban a la orilla del estero a nado o embarcadas en camalotes. Donde las esperábamos cuadrillas de muchachos —porque casi toda la Escuela Fiscal, la mitad de la Parodi y parte de la de las hermanas habían hecho rabona para ver la inundación—, cuadrillas vocingleras y armadas que apenas habían puesto las alimañas pie —o barriga— en tierra, las hacían curubicas a palos y cascotazos.

Pero donde yo me di cuenta de la cantidad de invisibles ofidios que poblaban las pajas tantas veces atravesadas tranquilamente por mí al ir de pesca fue al pasar en canoa hasta el otro lado del puente, donde nos esperaba el tílburí de doña Rosa Solís para ir a Avellaneda; porque por el terraplén, como es evidente, no se podía ir.

Yo iba acompañando a mi madre; mi primo Fráncil, que encontramos en el camino y se embarcó con nosotros, iba solamente hasta el cauce, donde lo esperaba un bote para llevarlo, cazador empedernido, de paseo todo el día al Zanjón del Rey; por lo cual iba bien armado, con gran envidia mía, de caña, espinel, liñada, escopeta y balas.

Dije que sólo entonces nos percatamos del viborerío que habría habido en el pajonal: la copa del ceibo de la barranca que asomaba angustiada sobre las aguas turbias estaba cuajada de reptiles.

Era una gusanera de rapidísimas lianas multicolores que silbaban, corrían, se ensortijaban, se arrollaban, se arracimaban nerviosamente entre las flores color de sangre y las hojas verdes bruñidas. La yará parda, la víbora de la cruz, la coral y la falsa coral, la de cascabel, la ñacaní, la culebra verde del alfa, la blanquecina del agua, las radineas ágiles, y otras que yo no conocía o que el miedo me impidió reconocer. Porque al pasar nosotros cerca de aquella cabeza de Medusa enorme, largos mechones vivientes se empezaron a desprender en flecos (la víbora aunque sabe nadar, no es amiga del agua) para ganar a nado la canoa. La cual, impulsada por el brazo potente de Vega que empalancaba la pala en el fondo cenagoso, más parecía andar a saltos por el agua que resbalando.

A mí me espantaban aquellos rizos ondulados sobre el agua, y aquellas siniestras cabecitas.

Y pregunté a mi madre:

—¿Por qué están tan furiosas, mamá?

—No hay peligro —dijo ella—. Están tan furiosas porque se encuentran todas juntas en montón. La víbora es animal que no vive en rebaño.

—¿Y qué más quieren, estar todas juntas siendo bichos de la misma calaña?

—Los malos —me dijo mi madre— no son para vivir juntos, porque no pueden sufrirse. La maldad es tan fea, que hasta los perversos la aborrecen, cuando la ven en otros. Si todos los hombres sin moral se juntasen a fundar una ciudad, como esa viborada que está en el ceibo, sería un verdadero infierno. ¡Fráncil!

Fráncil se entretenía en destrozar con el revólver, con el que tiraba estupendamente, las horribles cabecitas enhiesta que nos seguían, no había visto una gran ñacaní que había tocado la borda derecha. Agarró la caña de pescar y la tiró a gran distancia.

—No es venenosa... no se asuste, tía.

—¿Ves cómo buscan la compañía de los buenos? Si los malos no tuviesen en el mundo a los buenos —a los buenos a quienes ellos persiguen— que los aguantasen, se comerían vivos unos a otros. ¡Ay del campo si fuese todo cizaña espinosa y seca, cómo estallaría la quemazón de las llamas que llegan hasta el ciclo! Pero el ciclo se aguanta y lo mantiene, por amor de las matitas de trigo que verdean.

Yo dije:

—Mamá, qué feo es eso, vivir en medio de malos. ¿Por qué Dios lo permite?

Mi madre suspiró y dijo:

—¿No sabes, hijo, que vendrá en un tiempo el día de la siega? Como ha venido hoy para esas víboras.

VI. Las fábulas del Mar y del Río-como-mar

1. Hija del mar inmenso

La Gaviota, que estaba comiendo carroña, miró casi despreciativamente a su limpiísima visitante.

—(¿Qué querrá aquí esta damisela?) Buenos días.

—Buenos días, prima. ¿Qué tal?

—¡Muy bien! —dijo la mugrienta, ponderando mucho—. Aquí en este matadero, ¡superior! ¡Comida a patadas! ¡Golosinas en abundancia! ¡Bofes por aquí, chinchulines por allá, achuras por este lado, tripas, cabezas, sangre negra, garrones verdeando de moscas! ¡Lo grande! ¡Carne a pasto!

—Carne podrida... —musitó la Gaviota Marina.

—¿Y tú, qué comes?

— Pescado fresquito, recién sacado —dijo ella— , un día tiburón y otro corvina... Vamos al mar donde nacimos, hermana, que la vida que llevas es la deshonra de la familia. El mar es grande y noble. Yo vuelo al ras de las olas sonoras que traen espumas blancas y sobre las cuales el sol arroja su luz azul y las nubes las manchas verdosas de sus sombras. Yo vuelo también encima de las nubes y entonces el pueblo parece una manchita

blanca y el peñón en que tengo mi nido un cascote; pero del mar no se ve el fin. Una vez volé desde la playa adentro tres jornadas, contra la Ley de nuestro Instinto, porque no se veía el sol que estaba nublado y la embriaguez del mar me poseía; y no vi el fin del mar. Y al querer volver me agarró una tormenta tan espantosa como nunca la vio ser nacido. Parecía que las nubes del cielo habían caído en el mar, y el mar había subido al cielo en medio de llamaradas fulgurantes, y que todos los elementos estaban mixturados como en el principio del mundo. Perdida en medio del ciclón yo vi llegar la muerte y la acepté con fuerza de corazón pero no me dejé caer, sino que penetrada de una viril y desesperada energía rompí con golpes continuos las aguas inflamadas, no sé si volando o nadando. El ruido y el rugido eran enloquecedores; las aguas golpeaban macizas como piedras y el viento abrasaba y arrastraba con brazos irresistibles. Yo había perdido la noción de todas las cosas y parecía que mi ser se había convertido todo en una terquísima y furiosa voluntad de no abandonarme, de no cejar por nada hasta que se me quebrasen las alas. ¿Crees que una se acuerda de sus hijos, de su casa, de sus padres, en esos momentos? De nada. Al fin salí. ¿Cómo? No sé. Abrí los ojos y me vi fuera del infernal torbellino, al cual oía bramar alejándose. Me vi flotando sobre las olas que hervían. Al llegar, mi casa me pareció un paraíso, mi vida una resurrección; mis pollos, que piaban de hambre, más hermosos que nunca... Ahora ellos han volado ya sobre las aguas azules y las nubes blancas y se han bañado en la rompiente y son tan fuertes como yo. Hermana, el mar es grande y noble. Vivir allí es costoso y sobrio, el peligro acecha y el trabajo no deja. Pero mil veces pasar hambre en la belleza de sus llanuras difíciles antes que la abundancia sucia de este matadero, hermana.

La Gaviota que se había pervertido bajó por toda respuesta despreciativamente la cabeza y arrancó de un picotazo el ojo de una vaca maloliente. Y la Gaviota Marina comprendió tristemente que a aquel buche atiborrado de placeres fáciles se le ocultaban invenciblemente todas las bellezas del mundo moral, todos los deleites que se alzan dos palmos sobre el nivel de aquel suelo fangoso en que se revolcaba.

2. Yo no hago mal a nadie

El viejo Vega que andaba en su canoa recorriendo el espinel del Mboretá vio venir sobre las aguas la cabeza erguida de una Víbora Yarará.

—¡Dame auxilio enseguida —gritó el animalucho—, que ya no puedo más y me arrastra la correntada!

—¡No sé por qué! ¿Qué obligación tengo yo de ayudar a un malvado con peligro propio?

—¡Yo no soy malvada, soy buena! ¡No hay peligro! ¡Cuando las víboras andamos en el agua, dejamos el veneno en la orilla!

—¡Cualquier día! —dijo el Pescador—. Lo que hay es que, con los esfuerzos de la natación, no pueden ustedes morder en el agua. Pero si yo te tendiera el brazo y te enroscases en él, ya veríamos.

—¡Yo soy buena, no te voy a hacer daño! —gimió la moribunda.

—No se puede llamar bueno todavía el que no hace daño al prójimo —dijo Vega—, y mucho menos constreñido por la fuerza o falta de ocasión.

Y revoloteando el remo, le sacudió un garrotazo tal que por poco no se va también de cabeza al agua.

Y colorín colorado, la fábula se ha acabado.

3. La protección interesada

Cuando yo fui a Las Toscas a pasar vacaciones, se iba todavía en mensajería de caballos. Al llegar al río Amores, que venía bajo, se paró la

diligencia a buscar el paso y me dijeron los que guiaban.

—¿No ves los yacarecitos?

—¿Dónde? —dije yo.

A la luz dudosa del alba —habíamos salido a las dos de la madrugada —, mis ojos muertos de sueño no distinguían más que la mancha del arenal, la mancha plata del río, y las manchitas negras de los troncos y hojas secas. Entonces bajó de un salto el rengo Mascazzini, a quien mi madre me había confiado, y se dirigió a un montón de troncos y pedruscos, los cuales cobraron súbitamente vida y movimiento y desaparecieron como flechas oscuras en dirección al río, perseguidos por el rengo que no pudo atrapar ninguno. Entonces dijo:

—¡Allá abajo hay otro nidal, y, rejuna, hasta me parece que güevos!

Y se alejó por la orilla, a casa de las rápidas alimañas reptoras, con gran impaciencia de Sandalio, el mayoral que exclamaba pateando:

—¡Vamos con retraso!

Entonces Mascazzini atrapó allá a lo lejos un cocodrilito, porque oímos el gemido agudo y metálico, un poco parecido al de las criaturas, que lanza el pichón de caimán. Un minuto después vimos a Mascazzini arrancar a correr como una locomotora, malhaya su pata zamba, vociferando zafadurías en italiano, e inmediatamente aparecer detrás de él, en la orilla, el bulto enorme, que a mí me pareció monstruoso, de la yacareza madre que se le venía furibunda.

—¡Soltá el pichón, Mascazzini! ¡Soltá el pichón, Mascazzini! —le gritábamos todos.

Pero el gringo estaba tan asustado que no se le ocurría otra solución que la de disparar como un buscapié, trazando parábolas vertiginosas con su pierna chueca que parecía una guadaña a vapor. Sandalio había levantado maquinalmente su enorme Colt calibre 44; pero tenía miedo de tirar, por Mascazzini, que venía haciendo círculos y gambetas de ñandú, a causa de que el yacaré, cuando corre, no puede torcer bruscamente, sino que viene derecho viejo, como toro. A no haber sido por eso, se me hace que Mascazzini estaría a estas horas, si no se hubiese muerto ya, lo menos rengo de las dos patas. Lo que es el amor materno; porque el yacaré no suele atacar al hombre, y mucho menos fuera del agua; pero había un hijo de por

medio...

Cuando llegó Mascazzini al borde del arenal, suerte que entendió los gritos, se acordó de la maña de Hipómenes y largó el pichón. La formidable Atalanta chaqueña se paró en seco. Y entonces vimos lo más curioso de todo este caso. Nosotros creímos que lo tomaba cuidadosamente entre sus dientes para llevarlo amorosa hasta el río. Pero lo que hizo fue zampárselo. Se lo engullo de un bocado, sin rubor de nosotros que la mirábamos, Medea de cuatro patas y cuerpo leñoso; y después, muy oronda y satisfecha se fue a la playa y hendió las aguas tersas, enrubiadas de sol naciente, con la elegante limpieza de una lanchita que zarpa...

—¡Velay la vieja ladina! —dijo el negro Zenón, un pasajero—. Ahora sí que no te lo roban más.

—¡Yacaré negro, animal malo, *corpo di bestia*! —bufó Mascazzini trepando sudoroso al pescante.

—¡Era envidia y parecía caridad! —dijo Sandalio—. Así es no más muchas veces. Vos, don Escribano, que vas a salvar mi campito de los manejos del comesario, ¿lo hacés por amor a mí o por amor de mi campito? Y una vez que me hayás librado del comesario, ¿de vos quién me va a librar?...

Entonces se acordó que tenía el revólver Colt en la mano; y lo enfundó sonriendo...

¡Pobre Sandalio, qué desfigurado está! Anteayer lo vi en la cárcel de Santa Fe.

4. En el picanillar

Unas vacaciones que pasé en Las Toscas, del Chaco santafecino, deben

de haber sido las mejores de mi vida, según es la fuerza con que las recuerdo. Aquella naturaleza bravía y poderosa ha quedado impresa en mi memoria con un resabio de solemne pavor. Me acuerdo perfectamente del día que fuimos al picanillar por un matorral tupidísimo de juncos o pajas bravas. Puede ser que fuesen juncos porque era costeando el río. ¿Cuántos años hace de esto, alma mía? No se pueden contar ya con los dedos de mis manos, aunque tuviese yo tantos como los antepasados de Darwin. Las pajas o los juncos, o lo que fuesen, eran tan altos — o yo tan chico— que sobrepasaban mi cabeza con mucho. Y como por causa de la espesura y tupidez del pajonal íbamos a la deshilada, fila india espaciada; y la cortina rumorosa y cortante se cerraba a la espalda del que la cortaba como una ola verde que no dejaba estela, yo gritaba despavorido a cada momento, creyéndome extraviado:

—¡Coletito!

Y Coletito (Nicolás Dagaró), mi compañero y jefe, que, como los otros muchachos chacareros, andaba más que yo, repetía como un estribillo:

—¡Apuráte!

Pero a mí me pinchaban todas las espinas y cada una me parecía una víbora. Lo más gracioso es que yo iba calzado y Coletito descalzo.

Un día le dije:

—¿Por qué no te calzás para andar por el monte?

—Un día me calcé —me respondió—; ¡y entonces se me hincaron todas las espinas!

Al fin se cansó de gritarme, y me dejó; y yo tuve que guiarme por el oído, abriendo paso afanosamente con las manos medio desolladas. Menos mal que llegábamos al picanillar. Se conocía por una picanilla altísima que había a un lado, que se distinguía de lejos.

No sé si exagero; pero la picanilla no debía de ser mucho menor, si es que era menor, que la torre de la iglesia de mi pueblo. Parado en la punta del cogollo más alto había un Aguilucho comiéndose a una Víbora y parecían una golondrina con una lombriz. Coletito revoleó su boleadora de alambre (un trozo de alambre grueso con un gancho en cada extremo que usábamos para las perdices) y el Viborero voló graznando dejando caer la Víbora, que era yarará y no pichón, casi encima del muchacho.

—¡Maledetta! —dijo Coletto—. No sentarse abajo de esta tacuara, muchachos, porque trae mal agüero.

Me levanté rezongando de la superstición de Coletto y nos tumbamos en otro lado. Pero yo quería saber por qué traía mala suerte. Coletto no lo sabía a punto fijo.

—¿No sabés que antes vivía aquí el Yaguareté? Aquí se comió un hombre. Por eso lo llaman Tacuaral del Tigre.

Y otro día, así como sabía ya la fábula del Tigre y del Chajá, supe la fábula de la Picanilla Malagüera.

Resulta que era una caña que desde chica empezó a crecer más que las otras. Crecer es una cosa que hace Dios, que pone los jugos gordos del suelo al alcance osmótico de las raíces y de los frescos aires nitrogenados cerca de los estomas. Pero querer a toda costa crecer más que los otros, es peligroso.

Es cosa sabida que las cañas no deben crecer solamente para sí, sino para el cañaveral. Cuando una se siente ya fuerte y empieza a circular por sus fibras el cogüelmo de la savia, entonces manda desde su raíz por debajo de la tierra un rizoma, del que nacen muchas otras cañas chicas. Y la tacuara grande las ve crecer orgullosas y las amamanta con la enjundia más fresca de su savia, aunque ella no crezca tanto. Pues a esta Tacuara de mi cuento le dio por guardarlo todo para sí. Claro, pronto sobrepasó a todas. Un día una le dijo:

—Hermana, veo que estás tentada de egoísmo y por tu bien te voy a decir una cosa. Es feísimo lo que estás haciendo; has gozado de los beneficios de la sociedad y ahora no quieres beneficiar a los otros. Eso es robar.

—¿Qué beneficio me han hecho todas ustedes?

—Mirá: una sola de nosotras, aunque sea la más alta, es tan poca cosa, que andamos hasta en proverbios como se lee en Job: «¿Qué es la vida del hombre sino como una caña seca?». Pero todas nosotras juntas entrecruzamos nuestras raíces y formamos terraplén al río Paraná caprichoso, que desde que estamos aquí nosotras no puede invadir como antes las sementeras de Dagaro. Pero todas nosotras formamos dique al pampero inexorable, que no hace más que arrancarnos las hojas secas o a lo

más quebrar alguna débil. ¿Cuántas quebraría si no nos uniésemos? Pero todas nosotras juntas retenemos sobre la arena infructuosa de este suelo el inútil légamo del río y lo transformamos en canteros de verduras y de flores. Así juntas somos útiles. ¿Para qué querría yo mi vida —mi vida efímera de caña— si no creyera que mi vida será útil?

—Yo soy individualista —dijo la caña altanera.

—Bueno. Acuérdate que hay justicia en el cielo y a veces hasta en la tierra...

Hubo justicia para la Caña que quería vivir para sí sola. No fue feliz. Como no crecieron cañitas a su lado, se quedó aislada y sola en medio de un claro. Después, con la rabia de verse sola y una sequía que vino, se repudrió y ahuecó por dentro, porque para aquel tamaño que tenía necesitaba mucha agua; y de verde que era se tornó amarilla. Una vez vana por dentro, fueron allí a hacer el nido la avispa, el mangangá, la rata, el carpintero, la carcoma y una que otra viborita yarará. Y un día, por fin, estando tan alta y tan sola y tan hueca, vino un ventarrón y la partió.

Fue cosa de verse la cantidad de alimañas sucias que al partirse fragosamente salieron en bandadas de allí dentro.

Así terminó la Caña Egoísta.

—¡Ay del solo! —gimieron sus compañeras, apiñándose todas y quejándose bajo el pechazo del viento—. Si nuestras vidas no han de ser útiles, nosotras no las queremos.

Esta fue su oración fúnebre...

Y esta es la fábula del picanillar.

Y para decir la verdad, ya no sé si esta fábula la inventé yo o me la contó el viejo Dagaró, que nos contaba cuentos todas las noches, y a quien regalé al partirme los *Cuentos y Fábulas* de Tolstoi, que me había mandado a Las Toscas mi madre. Lo que sé es que al exhumarla hoy en mi memoria, en medio del fragor de las ciudades inquietas, siento un perfume de aroma, de tierra húmeda y de yuyos chafados, la torridez azul de un cielo agobiante, el muelle lecho de la tierra fofa y cálida del picanillar y el cantar pacífico y lejano del coro de las alimañas del río...

5. El carpincho y la raya

El *Río-como-el-mar* no tiene ballenas, pero tiene camalotes. Ningún otro río del mundo los tiene, por lo cual el Paraná está orgulloso. ¡Cómo se puso de orondo cuando por medio de un camalote monstruo, cuyo espinazo era un tronco de guayacán de quince metros, partió en dos de un arietazo la cintura de vigas y fierro con que la ciudad de Santa Fe había aherrojado su corriente con pretexto de «aguas corrientes»! También es famosa la isla flotante que arrojó un tigre come frailes en el centro de la ciudad, el cual mató a dos frailes franciscanos en el patio del convento que Garay fundó «*la vera del río*».

Mas el camalote donde pasó esta fábula era mucho más modesto y no llevaba más que dos docenas de sapos y ranas, algunas víboras, mucha tierra y basura, y un Carpincho viejo arrancado de la tierra una noche de tormenta —junto con un ceibo entero y un pedazo de barranco—, el cual no esperaba más que la calma y la madrugada para echarse al agua y ganar la costa a nado. Durmió tranquilamente sobre la paja, hamacado por el oleaje rudo. Al apuntarla madrugada lo despertaron al lado de él unos gemidos o gañidos raros. Se encaramó en el tronco, miró el agua que chapoteaba y vio en ella dos ojos tan fieros que creyó sería el diablo. Dos ojazos como de hombre, pero verdes, fijos y malvados. En seguida se hizo un remolino y apareció casi a flor de agua el cuerpazo redondo y gelatinoso de una Raya del tamaño de la rueda de un carro.

—¡Auxilio! —gritaba el monstruo—. Estoy presa.

El selacio había clavado la espina que llevaba en la cola dentro de la madeja floja del ceibo y no podía sacarla.

—Ajajay —dijo el Carpincho—. ¿Y para qué pinchás entonces? ¿Quién te manda clavar tu arma en el ceibo?

—Creí que era un hombre —dijo ella.

—¡Qué gusto de dañar al Hombre! ¿Por qué?

—El Hombre es mi enemigo. Si puede, me mata. Por eso.

—No señora. No es cierto. No es ésa la razón. ¿Por qué pinchás al

Caballo?

—Porque es amigo del Hombre.

—¿Y a la Nutria por qué la pinchás?

La mala bestia tardó un rato en contestar.

—Come pescaditos —dijo al fin—. Yo como lo mismo. Me hace la competencia. Por eso.

—¿Y al Carpincho por qué lo pinchás, a ver? Una de ustedes me ha matado hace años a mi hermano. La Raya quedó más tiempo silenciosa y después dijo:

—Lo pincho por ejercitarme y por tener el arma limpia.

—Lo pinchás por pinchar. Por mala. Por matarlo. ¡Esa es la causa, canejo!

—Mentira —dijo la Raya—. Mi estilete no mata. A mí me han calumniado. Yo no soy venenosa. Si casi siempre mi pinchazo —un simple pinchazo de nada, compadre, como el quedan los doctores— mata a alguno, o bien se infecta y duele espantosamente, o no se cierra nunca, es porque hay microbios en su mucílago. Hay a lo mejor tétano. Yo ¿qué culpa tengo? Como yo vivo en el barro...

—¿Y quién te manda vivir en el barro? Es que sos alma negra —dijo el Carpincho, comprendiendo que el barro es ambiente necesario para ciertas psicologías.

—Si soy alma negra o no, es cosa que a mí me importa. Y últimamente ¿qué es ser malo o ser bueno? Ser diablo o ser sonso, ser fuerte o ser débil: no lo digo yo, lo dice Nietzsche. Los que son (o se llaman a sí mismo) buenos, es porque no pueden otra cosa. Son derrotados o impotentes. No hacen mal porque no pueden. La vida del hombre bueno es tediosa y aperreada. El hombre malo es libre, es fuerte, es tirano, y vive a costilla de los sonsos. No hay como ser hombre honrado para fracasar en la vida. Ningún santo se ha hecho rico, ningún escrupuloso ha reinado. Ya que nos tientan la lengua, algún día van a oír la verdad, ustedes, los impotentes.

—¡Bien payado! —dijo una voz ronca—. ¡Copo diez pesos contra cinco a la Raya toda la vida! ¡Contestá, zanahoria! ¡Esto es hablar bien, mi vida! —era el Yacaré que nadie había visto y andaba nadando como un palo seco, con la puntita de las narices afuera, al lado del camalote.

—¿De qué se trata? —dijo un Pato Cucharón asentándose en las olas.

—Una discusión —dijo una Mojarra—. Nada menos que quién lo pasa mejor en este mundo, el que es bueno o el que es protervo.

—¡Canastillo! —dijeron desde sitios diferentes una cuadrilla de peces, el Dorado cacique, el Surubí tirano, la Palometa sanguinaria, la Vieja del Agua envidiosa, y la Mojarra perseguida, el Sábalo inerme, el Bagre bonachón, el Pejerrey complaciente, la Tararira insulsa.

Entonces se dio cuenta el Carpincho de que el tema de su conversación había atraído en su torno a todos los fluviátiles del vecindario —gente por lo demás fría y poco curiosa— como si de él dependiesen sus vidas mismas. Y se abataó un poco. Hay que decir la verdad, se abataó un poco, como todos los buenos que discuten con malos. Por eso, yo no se lo aconsejo. Pero aquí la discusión no se podía evitar.

—¡La vida del hombre bueno —gritó la Raya encorajinada— es la más perra y atribulada que hay! No puede leer libros prohibidos. Está trabado por mil cadenas. Los vivos le sacamos el jugo y después le damos una patada. Y el otro, como está obligado a amar a sus enemigos, viene y encima nos da las gracias. La vida del bueno es pena negra pura.

—Un momento —dijo el Carpincho, tragando saliva y viendo un resquicio—. En primer lugar, las penas de la vida pasan igual sobre los buenos y sobre los malos. La tormenta de anoche a mí me ha desterrado; pero a vos te ha agarrado la cola. *Et quidem*^[4], pasan peor sobre los malos, porque ellos con su maldad las exacerban: vos, por pinchar, estás presa; yo estoy libre.

—¡Bueno va! —gritó un Sábalo dando un salto sobre el agua—. ¡Lindo no más, Carpincho! —y se zambullo como un rayo, porque el Yacaré no le quitaba el ojo.

—¡Libre! —dijo la Raya—. ¡Libre hasta que yo o una de mis compañeras te agarre!

—Por de pronto yo te tengo agarrada a vos, mi amiga —dijo él—. Dios te ha castigado. Esas derrotas parciales de la maldad son verdaderos castigos de Dios, mi amiga, que permite que los malos se agarren la mano en la puerta y los humilla a veces «por do más pecar querían». Son castigos de Dios, m'hija. Y lo más gracioso es que yo soy un pobre Carpincho de

mala muerte, y vos, a colegir por el tamaño, debés ser la Reina de las Rayas. Y sin embargo, aquí estás vos dependiendo de mí —de que yo te quiera soltar o no— como dependió Enrique IV de Bonifacio VIII y Luis XI de Francisco de Paula. Así quiere Dios también que a veces un débil que está con la Verdad le dé una paliza monumental a un fuerte que está contra la Verdad. ¡Cómo se ríen entonces todos los que aman a la Verdad!

Y, efectivamente, todos los peces y aves que estaban del lado del Carpincho se empezaron a reír en tal forma que el Yacaré dijo que iba a hacer un gran zafarrancho, y la Raya se puso más fula.

—¡La Verdad, canario! ¿Qué es la Verdad, canastos? La verdad del mundo es que los que tienen fuerza tienen razón y basta, ¡canejo! —había que verla cómo estaba la Raya al decir esto, cómo crujía de rabia.

—¿Y ésa es la vida feliz que pasan ustedes, díganme? ¡Vaya una corajina por nada! —dijo medio riendo el mayor de los roedores. Había que verlo también al Carpincho envalentonado, sacudiéndose la erina, con su cara de caballo viejo, cerdoso y panzón.

—También ustedes tragan veneno —dijo—. ¡Qué berrinches que pasan! Más que nosotros, porque tienen menos paciencia. Más que nosotros, porque tienen más concupiscencia. ¿Quién ha pasado más hambre, vos que comés mojarra fina, o yo que como yuyitos ordinarios? ¡Dejuro vos, m'hija!

—¿Quiénes mueren violentamente en mayor número, los Carpinchos o las Rayas? ¡Dejuro los Carpinchos!

—¡Quién sabe, m'hija! ¿Cuántas Rayas quedaron vivas cuando el Hombre limpió con dinamita el Zanjón del Pato?

—¿Y cuántos hombres se animan a bañarse desnudos en el Remanso Viejo? Allí vencimos nosotras.

—Pero en el Zanjón venció el Hombre. Son victorias parciales y derrotas parciales de la Maldad —luego *no siempre* vence la Maldad—. Pero la victoria total será de la *Verdad*.

—Eso lo veremos.

—O no lo veremos, porque será el fin del mundo. Pero entre tanto, aun cuando los malos vencen, ¿qué le quitan a los buenos? Vos al Hombre le has quitado a lo más —y no del todo— el que se pueda bañar en el río, es decir, los placeres superfluos de esta vida. O las riquezas percederas. Vos

podés pinchar y atormentar y basta. Ustedes andan tras de nosotros pinchándonos los zancajos; y a lo mejor lo que consiguen es hacernos andar más ligero, y el pato a ustedes les sale gallareta y el mal a nosotros se nos convierte en bien. Y nosotros tenemos la paz del corazón, nosotros tenemos... el corazón como el río en este momento y ustedes tienen el corazón como el río anoche...

—Todo eso es música celestial, pías consideraciones y el derecho al pataleo. De ese modo —con misticismo— se rascan ustedes los estacazos. Pero, mientras, nosotros pegamos y ustedes aguantan. Ese es el hecho.

—¿Vos ves el sol que está saliendo? —dijo el Carpincho.

Efectivamente, el sol naciente volcaba sobre las aguas ya quietas sus regueros de oro fundido; lo cual estaba molestando espantosamente a la Raya, que no teniendo párpado no puede cerrar los ojos.

—¡Vos *no* ves el sol que está saliendo! Para nosotros el sol es vida, para ustedes, los que viven en el fondo, es un dolor. Así pasa con los misticismos que vos decís. Ustedes no los entienden, no los pueden ver o no los quieren ver. No tienen los ojos como para poder verlos. Tienen ojos para ver solamente las cosas de abajo.

La Raya no replicó nada porque estaba ya furiosa y cansada. Pero el Yacaré dijo que iba a subir y lo iba a tirar a don Carpincho, si seguía embromando, patas arriba de un coletazo. Mas no subió, porque tenía miedo a las víboras.

Y entretanto el camalote prosiguió navegando plácidamente, la Raya gimiendo y el carpincho predicando, al compás de los besos rumorosos de las ondas.

—Ustedes pegan —dijo—; nosotros aguantamos. Vaya una gloria la de los perversos. ¡Pobres! Qué vacía me parece la vida de los que edifican sobre el Error. ¡Pobres! Qué locos, vanos y ciegos me parecen. Algunos son locos mansos, los que andan solamente hambreado placeres carnales: a éstos yo los comparo a las arañas que se desentrañan haciendo telas para cazar cuatro moscas. Otros son locos bravos, que trabajan en hacer daño al prójimo —siempre con pretexto de bien, como cuando vos pinchás— movidos por la codicia, la ambición o el odio: a éstos yo los comparo a la víbora que envenena a la gente, pero ella se ve obligada a tragarse con su

comida su propio amarguísimo veneno; y es fría, negra y repugnante, y pasa su vida sin amor. Y se devoran además unas a otras.

Aquí todas las víboras del camalote empezaron a revolverse y silbar furiosamente. Pero Carpincho no les hizo el menor caso.

—Los malos —dijo para concluir— trabajan tanto como nosotros para encontrarse al fin de la vida con las manos vacías. Y nosotros bregamos y sufrimos, pero nuestro fruto permanece y hasta el dolor se nos vuelve fruto. ¿Saben cuál es el trino que cantan los malos, unos antes y otros después de la muerte? ¿No han leído las últimas tétricas conversaciones de Anatole France en Port-Said, que ha recogido monsieur Nicolás Ségur en un libro triste y ponzoñoso? Pues ahí está muy bien glosada la canción que han de cantar todos los perversos, más tarde o más temprano, después de su obra negativa y de su vida descaminada. La canción es así:

Por lo tanto nos hemos equivocado
hemos errado la senda de la Verdad,
el sol de la Inteligencia no nos ha alumbrado.
Hemos andado por picadas difíciles...
la vida de los buenos teníamos por locura
¡y he aquí que ellos son llamados Hijos de Dios!

—¡Metéle, Raya! ¡Metéle duro y parejo, vos que tenés labia! ¡No lo dejés hablar, mi vida! —voceaba el Yacaré, que es un pedazo de Calles^[5], de pocas palabras y mucha acción—. Metéle, que, cuando no podás más, entro yo, con los dientes.

Pero la Raya sentía ya desfallecer —con los esfuerzos por libertarse— su cuerpo blancuzco ceniciento y arder insoportablemente sus ojos. Gimió:

—Por favor, Carpincho, soltáme.

—¿Para que sobre la marcha me piqués como a mi hermano?

—Rompéme la púa si querés. No te picaré. Acordáte que *ustedes deben* devolver siempre bien por mal.

—¡No la sueltes! —gritó el Pejerrey.

—¡Que te suelte tu abuela la tuerta! —dijo el Carpincho, que se echó al agua, dejándola a su suerte.

Yo no digo que lo que hizo el Carpincho esté bien hecho o esté mal hecho. Pero a fuer de historiador debo decir lo que en realidad hizo. Y debo manifestar también que el Yacaré —sea por estar persiguiendo al Pejerrey, sea porque un Carpincho cerduno y coriáceo de cuarenta y cinco kilos no es bocado para un pobre lagarto de río, o sea por lo que fuere— no acometió al Carpincho, el cual ganó la orilla en un periquete.

Mientras que la Raya, vaya usted a saber lo que hizo.

VII. Fábulas que pasaron el el monte virgen

1. La tala

Tres días duró en la isleta el estruendo de las hachas, y crujieron al tumbarse los viejos troncos, y volaron todos los pájaros menos las tijeretas, que no se van de sus nidos aunque las maten, y se quedaron por allí chillando, sobre las ramas mustias.

Aquello era una desolación. El Guayacán duro, el Algarrobo dulce, el Quebracho tenaz, el Cedro valioso, el Jacarandá florido, y el Ñandubay añudado, los forzudos del monte habían caído. Sólo quedaban en pie el Ombú inútil y el Abrojo dañino.

—¡Lo que yo siempre he dicho, mi compadre! —gritó el Abrojo. En esta vida los únicos que sobreviven son dos clases: los que no sirven ni para leña como usted, y los que muerden a todos, como yo.

Pero sucedió que con los árboles martirizados se hicieron muebles finos, vigas inmortales y durmientes eternos: y después los obrajeros pegaron fuego a la isleta talada y del Ombú y del Abrojo no quedaron ni las cenizas.

2. Solo

El Chajá es el único que se anima a decirle las verdades al Tigre; y no es poca suerte la del Yaguareté que haya uno que no tiene nada que perder ni que esperar de él y que además, como buen criollo, aborrezca la adulación. Si siempre le hiciera caso, no hubiera pasado lo que voy a contar.

—Yo siempre ando solitario —andaba diciendo la bestia amarilla— porque soy rey. He venido a este picanillar, y se ha limpiado en seguida de gente. Muy bien lo ha dicho el poeta.

«Ogni forte del mondo é sempre solo^[6]».

—Ese poeta fue un soberbio —dijo el Chajá—, y ésa es una máquina de soberbios. ¿El Toro no es fuerte? ¿Qué quieren decir entonces esa pata machucada y esa larga cicatriz blanca que te raya el costillar? ¿Ya te has olvidado del testarazo atronador que te dio contra un guayacán, rompiéndose una guampa cuando le saltaste en la cruz?

—¡El Toro es un vil! ¡Anda en manada! —rugió el Tigre, exaltándose hasta la furia—. ¡Yo no me acompaño de terneros, ni gasto mis fuerzas en defender mamás!

—Vos sos un cruel y un furibundo, y por eso andás solo —repuso el Chajá, volándole majestuosamente en círculos estrechos sobre la testa babeante—. La misión de los fuertes es prodigar su potencia y romperse los cuernos en bien de los débiles. Dios los hizo pujantes para que fuesen jefes de manada y no tiranos de pequeños. Y por eso la fuerza fecunda del Toro es amada y de vos disparan todos. Yo no soy profeta ni hijo de profeta; pero yo te vaticino que el Toro y su raza se van a propagar y van a dominar hasta en esta espesura; mientras que vos y tu raza egoísta van a desaparecer del picanillar...

—El día que eso suceda que me parta un balazo —bramó el Yaguareté. Y así sucedió. Su raza tuvo que emigrar y a él le partió un balazo.

3. La calandria y el guacamayo

La Calandria sencilla no pudo hacerse ninguna amiga de ninguna de sus compañeras en toda la extensión de la isla. Era uno de esos temperamentos afectuosos que no pueden cruzar el mundo solos, y que sienten duplicadas sus fuerzas con el contacto de un buen amigo. Era inteligente, modesta y jovial. Y no perdonó ningún sacrificio, ninguna amabilidad. Pero todo fue inútil: no cosechó más que desaires, frialdad calculada, incomprensibles enojos, inevitables rompimientos.

Es de advertir que aquella isla del Alto Paraná era, no sé por qué, un paraíso de calandrias, antes que fuese yo con mis hermanos a pasar vacaciones y las acabásemos brutalmente a hondazos. Pero eso fue mucho después de la fecha de mi cuento. En aquella época había centenares de blancos animalitos canoros que andaban mal entre sí y con la fulana de mi cuento. La cual, cansada de languidecer en soledad, alzó un día el vuelo, cruzó el río, se fue a Corrientes y encontró al Guacamayo.

—Tú eres la Calandria —dijo éste al verla—. Te conozco. Y te admiro. Te he oído cantar. Tu garganta es un silbato de marfil encantado. Seas bien venida.

—¡Tú eres el admirable! —exclamó la Calandria con sincero ímpetu—, rey empurpurado del monte, embeleso de los ojos, joya de los calientes colores irisados. Bendito sea el que te hizo tan hermoso.

—Seremos amigos —dijo la hermosísima bestia chaqueña.— Amigos para siempre. No se romperá jamás nuestro cariño.

—En efecto —filosofó el Loro—. Podemos entablar una amistad que desafíe al tiempo. Porque yo soy amable a los ojos y tú a los oídos. Nuestras perfecciones están en dos campos diversos y así no se harán sombra mutuamente. Los dos nos podemos admirar sinceramente y sentirnos cada uno superior a su amigo. He ahí el cimiento de una amistad que no se rompa.

Y así fue.

Cervantes y el conde de Lemos fueron grandes amigos. Pero Cervantes

y Lope de Vega no lo fueron tanto.

4. El que tenía la lengua mocha

En aquella isla hubo lugar para todos. El monte era ralo, compuesto de espinillos, algarrobos y quebrachos desparramados, con uno que otro tala, y pajas bravas y abrojos en medio. Pero allí al lado del charco perpetuo que mantenían filtraciones subterráneas del Rey, había una isleta de árboles grandes, unidos entre sí por las enredaderas, los matapalos, los burucuyáes y los ñanga–pirís o frambuesas chaqueñas, que formaban glorietas, doseles, frescas cavernas y sombrosas cortinas.

Allí, pues, se asentó un ejército de pájaros. Desde la Tijereta que anida altísimo hasta el Martín Pescador que pone entre los juncos, y desde el Carpintero troglodita hasta el Boyero que teje su casa con pelos de caballo: todo un mundo de alas ágiles y lengua en punta halló nido y alimento y vivió en santa paz y alegría. El Tordo, el Zorzal, la Calandria, el Jilguero y el Rey del Bosque formaron una orquesta de aficionados, que acompañada por el bajo del viento entre los árboles y las bandurrias y mandolines del Grillo y la Chicharra, daba cada amanecer y cada atardecer estupendos conciertos wagnerianos. El Cachilo, la Tacuara, la Corbatita y la Cabeza Mora, a quienes no les daba la capacidad musical para más de un solo tema, se contentaron con su alegre y monótono cantito. El Sietecolores, la Brasita, el Pechoamarillo y el Alemán se daban a la vida social y andaban siempre de etiqueta, mientras que las Palomas buscaban la paz del hogar y del cariño, y la Viudita se daba a la mística. El Pirincho se pasaba riendo y haciendo reír, porque nunca falta quien de puro sonso haga gracia. Todos se ayudaban como buenos vecinos y vivían contentos.

Un día, escapado de una jaula, cayó al pago un Loro, que conocía la lengua, las costumbres y las mañas de los hombres. Lengua Mocha llamó en seguida la atención por su elocuencia y adquirió gran popularidad. Pero poco después de llegar aquel bicho que tenía por oficio hablar, mientras los otros trabajaban, cantaban o tejían, empezó a cundir el malestar en la glorieta. Los cuentos anduvieron a la orden del día y todo el mundo empezó a chismorrear. Aquel pueblo chico se convirtió en un infierno grande. Un día el Cardenal rojo se peleó con su primo el amarillo, por no sé qué historia de familia. Poco después, la Cardenala se huyó de casa, maltratada por su marido, cosa nunca vista allí; y la pagaron los hijos, que abandonados murieron.

El Tordo y el Boyero andaban distanciados, por rivalidades artísticas. Cada clase social empezó a aborrecer a las otras. Los Higueros no se avisaban, como antes, dónde había fruta sazónada, sino que la celaban sórdidamente. Ya no se reunían en grupos para correr al Caburé o espantar la Culebra Negra. Y un día la Palomita de la Virgen calumniada por Lengua Mocha se murió de pena.

Eso era demasiado. Entonces la indignación reunió las voluntades y los pájaros expulsaron ignominiosamente del poblado, a picotazos, al que sabía charlar y no cantar y no tenía la lengua como los otros.

—¡La lengua es un gran don de Dios! —gritaba Lengua Mocha.

—Pero en poder de un mal pájaro como vos —dijo un Caserito—, no hay cuchillo tan asesino que tan hondas y envenenadas heridas abra en los corazones.

5. Las virtudes

Dice Lessing, autor alemán, que con algunas virtudes que nos son fáciles o connaturales andamos nosotros muy orondos, creyéndonos santos y queriéndolas imponer a todos. Esto pasa a veces también en la Argentina, lo mismo que en Alemania, como se vio en una asamblea de animales que se reunió una vez en Santa Fe para hacer una constitución. Todos acordaron que el mundo se debía arreglar; pero no se ponían de acuerdo sobre el modo de arreglarlo. Era más o menos como en el Parlamento.

—La virtud que falta en el mundo —dijo el Puma— es la nobleza de espíritu. ¡Oh, cuán miserables, cuán ruines sois todos vosotros, hermanos míos, y cuántos males nacen de vuestra propia pequeñez!

—Yo, con permiso de vuestra merced, mi patrón —dijo el Zorro retirándose un poco—, si me preguntasen algo diría que prudencia, prudencia, prudencia. Sin la prudencia, que es como la sal, la mejor virtud se convierte en vicio. Por lo tanto, mucho ojo y mucha oreja, que el mundo es un cazadero; pensar bien las cosas; desconfiar de todos y, cuando se ha resuelto algo, a la obra cuanto antes.

—La justicia —dijo el Perro—. Dar a cada cual lo suyo, caricias al dueño, ladridos al extraño, torneos al ladrón, mordiscos al amigo que viene a quitarnos la comida. La justicia es la madre de la fidelidad, y las dos son el fundamento de la amistad que es el encanto de la vida.

—Fortaleza en llevar las cargas del deber, en amoldarse a cualquier vida y a cualquier clima, hasta morir en un campo de batalla sin saber por qué ni por qué no, ése es mi ideal y, convénzanse, sin eso no haremos nada —opinó el Caballo.

—La templanza —dijo el Ñandú— es el *sine qua non* de la felicidad. Un estómago —porque nosotros no somos más que un tubo digestivo con patas—, un estómago que traga lo que se le pone por delante, más que sean clavos o piedras, en cualquier parte estará contento y estará ligero para disparar como refucilo y gambetear los balazos de la vida.

—La soledad y el silencio —sentenció la Lechuza misántropa—. ¡Cuán sublime es la vida del eremita que metido en su cueva de tierra medita todo el día, y sale solo en el silencio de la noche a robar su humilde sustento, sin

dejar por eso de acordarse de la muerte y recordársela a todos con su lúgubre chillido!

—Pido la palabra —metió el pico la Golondrina parlanchina; y sin esperar que se la dieran—: actividad, sociabilidad y cultura —dijo volublemente—. He aquí lo que nos falta, señores. La vida es movimiento. Yo que he viajado bastante, sin alabarme, y conozco todas las costumbres de los pueblos y no ceso en todo el día de especular y examinar por todos los contornos todas las cosas que existen desde el lago azul hasta la nube excelsa, yo que...

—Una palabra —suplicó la Calandria modestamente—. Sin repugnar a lo que dice la estimada colega, ¿adónde dejamos la virtud de la contemplación? ¿La contemplación que nos sublima, nos embriaga, nos estremece en estertores extáticos? ¿La contemplación que nos levanta hasta el cielo y nos deshace en trinos calenturientos?

—¡Chifladuras! —zumbó una Abeja—. Trabajo es lo que nos hace falta. Trabajo manual, activo, sin descanso, interminable...

—¡Ahorro! —pitó una Hormiga—. Libreta de ahorro postal. Acostumbrarse desde chico. El Gobierno cuida la plata.

—Lo mejor es el abandono en manos de la Providencia —rezongó el Perezoso—. ¿Llueve? Que llueva. ¿Truena? Mejor. ¿Se hunde el mundo? Entonces lo mejor es que nos agarre durmiendo. *Impavidum ferient ruinae!*

—El perro vicio que nos repudre a todos es la envidia —graznó el Carancho, que es muy boca sucia—. Si yo estoy en una carroña, ¿por qué m... motivo han de venirse en bandadas a zamparse lo que es mío? El mundo es para gozar y uno debe divertirse mientras es joven; eso sí, con prudencia, que la carne demasiado podrida hace daño a la salud, unos cólicos espantosos. Nadie debe meterse con nadie, sino dejarlo gozar en paz lo que cada uno ha conquistado: eso es vida. Si a mí me dejaran, un día solamente, atracarme hasta aquí de carne pasada, un día no más, yo sería feliz y reventaría contento. Pero nunca me dejan. ¡Envidiosos!

—La salud intelectual, moral y sobre todo *física*, que es el fundamento de las otras dos —gruñó pausadamente el Chanco—, son la fuente del bienestar individual y social. Y para eso, comer bien. El que come bien, digiere bien. El que digiere bien, está alegre. El que está alegre, no busca

camorra. El que no busca camorra, se ahorra disgustos. Y el que no tiene disgustos... digiere bien.

Dijo, y cansado de su silogismo se tiró de panza al suelo con las patas extendidas delante y atrás y cerró de nuevo los ojos.

En fin, que allí hasta la Víbora salió recomendando la cautela, y la Comadreja ladrona el cuidado de la propia familia. El apocado Chingolo dijo que la humildad, la Oveja que la mansedumbre, el Gato onza que la limpieza. Estaba allí el Sapo overo, y el presidente, para cerrar el debate, como suelen cerrarse los debates de esta laya, le preguntó:

—¿Y vos qué virtud preferís?

—Yo no sé. Yo no creo poseer ninguna.

Entonces el Tero —juicioso, franco, buen amigo, no de balde es criollo—, conmovido por la modestia del Sapo, tomó la palabra y dijo:

—Señores, el único verdaderamente virtuoso de todos nosotros es mi compadre el Sapo. Sí, mis amigos, y no *rezuenguen* que es al ñudo, porque yo no tengo pelos en la lengua y soy libre como el aire, y yo con libertad no ofendo ni temo —no hay que olvidar que el Tero es uruguayo—. El sapo soporta con paciencia la fealdad y la abyección que le dio el cielo; él es inerme, limpio, comedido, amigo de los pobres; él no se mete con nadie; él agradece a Dios con su pobre cantito sin gracia la lluvia que le manda; él limpia los jardines de alimañas y recibe en pago cascotazos de los chicos y patadas de los grandes; él no ceja por eso de hacerles bien en silencio, hasta que lo matan cruelmente un día sin razón alguna. ¿No es cierto eso, mi amigo, mi compañero, mi feo, mi despreciado, que me has salvado muchas veces mis huevos desinteresadamente? ¡Señores, la única virtud grande es la virtud que cuesta y que, además, se ignora! ¡Y dejémonos, desde hoy, de canonizar nuestras propias inclinaciones, aunque sean buenas, y querer forzar a todos a caminar por nuestro camino!

6. Don Cobaya

Esta historia se la contó un Cobaya viejo a la bisabuela del indio Cleto, una bruja que entendía la lengua de los animales; y el indio Cleto me la contó a mí con la prohibición de referirla mientras él viviera. El indio Cleto ha muerto hace ya años, sargento de línea del destacamento de Fortín Tostado, Santa Fe.

El Cobaya es el bicho más ladino, vividor, endiablado y matrero que pisa monte. Se parece mucho a un ratón grande y sin cola, con su color gris tierra, hocico puntiagudo y cuatro dientes roedores; se ofende mucho que le digan ratón, porque dice que su familia es del conejo, y cuando lo llaman conejito o chanchito de la India, se pone muy orondo. Sus íntimos le dicen *cuí*, sus amigos *apereá* y los demás *cobaya*.

Pues aconteció que un año don Cobaya no sembró maíz; siempre con «mañana lo haré» —y mañana llovía o estaba enfermo o tenía visita—, pasó el tiempo y cuando los maizales de sus vecinos, el Chajá, el Tigre y el Perro, estaban boyantes, lozaneando los choclos, entre la chala reventona y el barbijo bermejo, don Cobaya se halló sin una brizna en el campo y con mucha hambre en el cuerpo. Se vio entonces mal, aguzó el ingenio y salió a pedir prestado.

Al primero que llegó fue al Chajá. No estaba en casa más que la señora. «Mejor», se dijo don Cobaya:

—Buenos días, mi patrona, y toda la compañía. No se me levante, hágame el favor, usted está en su casa y yo vengo a molestar. ¿Y de quién son estas criaturitas? ¡Qué lindura de nenes! ¿Pero para qué estoy preguntando de quién son, si son el vivo retrato de su madre?

Todos saben que la Chajá es tierna esposa y madre cariñosísima. Por lo demás, don Cobaya es siempre bien recibido por las cocinas, porque es charlatán y zalamero. Lo más curioso es que ninguno de los bichos del monte cree las lisonjas y lambeterías de don Cobaya, y sin embargo a todos les gusta oírse las decir y dicen «¡Qué don Cobaya éste! ¡Qué cosas tiene! ¡Mire que decirme a mí el otro día, cuando vino a pedirme maíz, que yo era

la pava más inteligente que él había visto en su vida!».

Ese era el punto crítico.

—Precisamente patrona, yo venía a pedirle... ¿Usted ha visto mi maizal?

—No.

—¡Un maizal de mi flor! Pero... como sucede que sembré tarde, resulta que todavía no ha granado y yo necesito... No que me falte qué comer, que lo que es en eso, gracias a Dios, el pucherito de cada día hasta ahora en mi casa, treinta años que tengo, nunca me ha faltado... Pero como usted sabe, ahora se casa una entenada mía y hay que sacar la olla grande; así que... ¿una arrobita de choclo fresco a usted le sería de mucho perjuicio?

—No, pero...

—¡Devolveré, patrona, devolveré arroba y media pesada y contada a toda su satisfacción!

Don Cobaya llevó al fin la arroba a su casa y salió corriendo para lo de la Comadreja. A la Comadreja le habló mal del Perro, con quien ella siempre anda mal; y le dijo que era el bicho más hediondo que se había visto, lo cual para una Comadreja es el insulto peor. Pero la Comadreja es larga y no soltó los diez kilos de maíz pisingallo que le pedían hasta que el apereá le dijo dónde había pichones de Chajá y a qué hora los padres estaban fuera de casa.

Después fue a lo del Perro. El Perro estaba durmiendo, abrió un ojo, y después el otro, y lo mandó a paseo. Pero don Cobaya sabía que el Perro tiene un punto flaco, la afición a la siesta; y se le puso al lado charlando como un loro barranquero, hasta que don Barcino, aburrido, le prestó una bolsa de maíz para que se mandara mudar.

—¡Pero me la devolverás a su punto y hora! —dijo.

El Tigre le pidió noticias del hombre. Don Cobaya no sabía nada, pero al momento inventó con todo descaro que el Hombre se había ido a labrar quebracho más lejos y que la *tacuara-que-escupe-fuego* se le había quebrado. El manchado era avariento, pero, bien impresionado por las noticias, le prestó rezongando nueve kilos de maíz, al veinte por ciento y ponderándolo mucho.

Y el Hombre le prestó otra arroba, con la condición de que nunca hiciese cuevas al lado de los alambrados aflojando los postes; y que le

enseñáse dónde había tunas maduras y *camachuís* llenos.

Con cincuenta kilos de maíz, don Cobaya pasó el invierno como liebre en alfalfar. Pero amigos, el tiempo pasó y el plazo llegó y la cosa se puso fea, porque a don Cobaya no le quedó ni el afrecho; y los vecinos cada vez que lo encontraban en la pulpería le tenían que recordar sus deudas, para quemarle la sangre, porque ya se sabe que «lechón fiado gruñe todo el año». ¿Qué hizo?

Fue y citó para el día siguiente en su casa todos sus acreedores. A la Chajá para las ocho de la mañana, a la Comadreja para las ocho y media, al Perro para las nueve, para las nueve y media el Tigre y al Hombre para las diez.

Así que a las ocho en punto entró la Chajá muy campera, con su poncho gris plateado, sus botas amarillas, sus espuelas rojas en las alas, el collar al cuello y un penacho oscuro en el sombrero.

—Siéntese y deje el rebenque, y sírvase un matecito —dijo don Cobaya—. ¿Por quién lleva luto, mi patrona?

Por sus hijos que se los había comido la Comadreja, dijo doña Chajá; y que ella algún día iba a matar a la Comadreja, que se acordara don Cobaya de eso; y se puso fiera, se encolerizó, se encoró y alzó la cresta, ahuecó las alas y apuntó los espolones, erizó el collarate del cuello y empezó a torear por el cuarto y a tirar cada picotazo, que el apereá andaba a los brincos, mezquinando el cuero. En eso da las ocho y media y

—¡Trán, trán!

—¿Quién es?

—La Comadreja. Abrame, don.

—Ahí la tiene a tiro —dijo despacito don Cobaya.

—¡Escóndame por Dios! —dijo más despacio la Chajá— ¡No, don Cobaya! ¡Estoy en casa ajena y a mí no me gusta comprometer a un amigo, ni mover ruido por las casas de nadie! ¿Atrás de la puerta? Otro día será, usted acuérdesse, mi amigo. ¿Le parece que no me verá?

¡No la iba a ver! Apenas entró la Comadreja, el apereá traicionero le hizo seña para que viese al Chajá. En dos minutos la mató y la vació por dentro y le sorbió la sangre, como acostumbra ellas. Y después se sentó muy satisfecha y razonable, porque ya se sabe que barriga llena alaba a

Dios y el acreedor bien comido espera otro mesecito. El apereá necesitaba solamente que esperase media hora.

Media hora y se vio la polvareda en el camino.

—¿Aquello no es el Perro que viene para acá?

—¿El Perro? ¡No diga!

—A mí me parece.

—¡Velay! ¡No hay tiempo para irse! ¿Dónde me podría esconder?

— ¿Usté le tiene miedo al Perro, comadre? Pero si usté misma me dijo...

—¡Vea compadre! ¡A dos perros más grandes que ése hizo disparar mi madre, cuando yo era chica! ¡Pero usté quiere que yo mate ahora a ese bandido con lo mal que ando ahora con el comisario, desde las votaciones, y la policía usté sabe cómo es! Usté muy bien sabe; embrollos con la justicia, el que gana sale sin camisa; ¿qué será el que pierde? Así que yo le voy a perdonar a ese perro y me voy a esconder... ¿Atrás de la puerta le parece? ¿No me verá?

Dice el sargento Cleto que más de un cuarto de hora le costó al Perro estrangular a la Comadreja y sacarla afuera, después que don Cobaya le dijo: «Mire atrás de la puerta, don», por lo cual la Comadreja salió y le tiró un mordisco al traicionero, que si lo agarra... Pero el Perro no la dejó. Le costó sin embargo. Volvió todo sudado y resollando y pidió los diez kilos de maíz para irse.

—¡Usté es un valiente que nos ha librado a todos de ese mal bicho! ¿No se enjuaga la boca, patrón? ¡Manuela, traé esa arroba de maíz que está en la cocina! ¿No se sirve un traguito de ginebra?

—No.

—¿Un pedazo de churrasco?

—No tengo hambre.

—Tengo charqui lindo.

—No me gusta.

—¿Mazamorra, no quiere?

—¡No!

—¿Un poco de dulce de zapallo?

—¡Los diez kilos de maíz!

—¡Manuela, a ver si te apurás!

El Perro venteó al Tigre. Se paró de un salto. «Me voy —dijo—, porque por aquí hay tigre y ése siempre busca camorra...»

— ¿Adónde va a ir, patrón, si el Tigre ya está al cair? ¿No lo está viendo atrás de aquel espinillo? Mejor que se esconda rápido abajo de la cama.

El pobre Perro se escondió, pero don Cobaya lo traicionó y el Tigre lo descogotó y bebió la sangre caliente y aterciopelada. Y en seguida se puso a pedir a gritos, ronco y con la boca sucia, que se le pagase al punto todo lo que se le debía.

Decía el indio Cleto que el Tigre se emborracha con la sangre, y que no hay animal más caprichoso e irrazonable que un borracho cuando le da por la mala. Así que un tigre cebado en la sangre de un hombre es capaz de echarse al Paraná y asaltar a nado un buquecito de vapor, como pasó hace tiempo en el puerto de Candelaria. De modo que don Cobaya no sabía dónde estaba y trataba de arrastrar temblando una bolsa de virutas de la cocina, diciendo que era maíz, porque el manchado estaba fiero.

—¡Apurate o te mato!

—¡Mire afuera, don Manchado, que me parece que viene gente!

El Tigre miró... y agachó las orejas, se golpeó las ancas con la cola y se le fue como un soplo la mamúa. Por la picada polvorienta y llena de sol, a la vera del algarrobo, venía el Hombre chiflando, con su escopeta al hombro. El Tigre pidió muy mansito que lo escondiera —no es por él, sino por la *tacuara-que-escupe-fuego* y el apereá lo metió en el cuarto de al lado y le echó la llave.

De modo que cuando lo denunció, el Hombre no tuvo más que abrir un postigo y dejarlo seco de dos balazos. Y después lo desolló en cuatro tajos, porque era baquiano en eso, sobre que animal caliente se cuerea fácilmente; se echó al hombro el cuero, se acomodó la escopeta y dijo al Cobaya:

—Me voy a estaquiarlo pronto, para que no se me abiche. Cuarenta pesos me dan a la fila por este cuero. Los diez kilos de maíz que me debe, qué diablos, yo se los regalo, porque ya aquí llevo la ganancia del día.

—¡Que San Antonio se la guarde y se la aumente! —dijo el apereá muy devoto.

Y al acabar aquí su cuento, decía el sargento Cleto que, a pesar de todo,

no había que tomar ejemplo del apereá; porque al fin y al cabo estuvo mal hecho; y si esta vez le salió bien, otra vez podía torcerse la boleadora, y salirle gallareta en vez de pato, porque el mejor jinete encuentra también su vizcachera. Y la prueba está, decía Cleto, que al año siguiente a don Cobaya lo comió la Culebra, y no le valieron mañas. Quien mal anda, mal acaba. Pero en esto último no todos estaban conformes, y había también sus dudas. Sin embargo, ésta era la opinión del sargento Cleto.

7. La Gran Bestia

Le dijo el Guasuncho, herido de bala en la paleta, a la Gran Bestia:

— ¡Si yo fuera vos, cómo me vengaría del Hombre asesino! Si yo le inspirase ese pánico supersticioso, que dicen que el que te ve de noche se muere y todos los que se pierden en el monte te los achacan a vos, yo iría, y lo perseguiría, y lo acorralaría, entraría en sus manidas, lo acosaría bramando hasta hacerlo morir de terror, y después me iría a morir tranquilo al pajonal, al lado del río, donde el iborará florece...

Dijo la Gran Bestia:

— ¡Pobre de mí si me vieran detenidamente, qué pronto se fundiría mi fama, como todas las famas postizas! Bastaría que me vieran a la luz del día, bastaría que uno me tirase una piedra o un palo, y verían que soy un pobre, tímido, inofensivo, inerme, debilísimo Tapir; y que mi trompa erguida, mis bramidos sordos, aquel disparar hacia mi enemigo atropellándolo todo, no son furor, sino miedo. Tengo que amar las tinieblas, como una bruja; dejarme ver poco, como un presidente; amenazar sin trenzarme, como un matón, que así solamente se pueden conservar las famas fundadas en viento.

—Pues bien dice el refrán —dijo el Venado—, que el que cría fama se echa a dormir.

—El que cría; pero al que se la crían los otros gratuitamente le pasa como al que se viste de ajeno.

—¿Qué le pasa?

—Que en la calle lo desnudan.

VIII. Fábulas del caballo y del perro

1. Flaco y barrigón

Le tuvieron lástima al Matungo, que ya no podía con los huesos, y en pago de sus doce años de tire lo soltaron para siempre en un alfalfar florido. El alfalfar era un edén caballuno, extenso y jugoso, y Matungo no tenía más que hacer que comer a gusto y tumbarse en la sombra a descansar después, mirando estáticamente revolotear sobre el lago verde y morado las maripositas blancas y amarillas.

Y sin embargo Matungo no engordó. Era muy viejo ya y tenía los músculos como tientos. Echó panza sí, una barriga estupenda, pero fuera de allí no aumentó ni un gramo, de suerte que daba al verlo, hundido en el pastizal húmedo hasta las rodillas, la impresión ridícula de un perfil de caballete sosteniendo una barriga como un odre.

—¡Qué raro!

—No crea. Lo mismo le pasa a mucha gente. Al que lee mucho y estudia poco, al que come en grande y no digiere, al que reza y no medita, al que medita y no obra. Flacos y barrigones.

2. Mancarrón y parejero

La concesión de los Binaghi estaba a siete leguas del Fortín. Así que cuando se sublevaron los lanceros de San Antonio de Obligado y exigieron al Padre Metri que les entregase la estatua de San Antonio para irse al monte y mataron al Mayor Piedra y empezaron a degollar a los colonos europeos, no los agarró a los Binaghi la cosa desprevenida. Al llegar el malón turbulento, todo en la casa estaba trancado; y Binaghi con el rifle detrás de la sólida puerta de guajay, su mujer con un hacha a su lado y las hijas con agua hirviendo, contuvieron a los indios a tiro limpio. La angustia y el horror era el hijo de nueve años que había ido a la panadería con un peoncito, que no volvieron en este momento, Virgen Santísima.

Pero dio la mala suerte que volvieron. Y al ver la indiada y el tumulto y una partida que se destacaba para correrlos, volvieron grupas y huyeron espantados.

El patroncito montaba un parejero, el famoso Lobuno Malacara, que en un momento dejó muy lejos al mancarrón del muchacho (el matungo que tiraba de la noria), detrás del cual venían los indios montados en los caballos infelices del ejército. El Lobuno, pues, se perdió de vista en un momento hacia el poblado, mientras que el pobre peoncito castigaba desesperado, sintiendo alrededor del cogote que abrazaba, el zumbido de las flechas. Pero a la hora de disparada por el accidentado suelo del atajo, el parejero aflojó el galope y empezó a resollar fuerte y se puso a la vista.

Entonces ocurrió una cosa increíble. El parejero lobuno, el mimao, el favorito, el mejor caballo del pago, a quien no se mezquinaba ni tiempo ni cuidados, el bien comido, el bañado, peinado, rasqueteado, y desvasado cada día, el que tenía manta, pesebre y veterinario... aflojó, se aplastó, se rindió, fue alcanzado y muerto de un chuzazo, y perdió a Juancito Binaghi, que fue cautivado y no ha vuelto nunca más — hoy día dicen que está de cacique de los Abipones Bravos, irás arriba del Mocoví—. Mientras tanto que el matungo de la noria, todo pasuco y lleno de mataduras, resistió, cubrió a la desesperada el tirón enorme, mantuvo la distancia y salvó a su

jinete, cayendo muerto a la entrada del pueblo.

—Como vos es la gente que espera la patria —dijo el Padre Metri, que había acudido al suceso, mirando al pobre caballo reventado—, como vos, matungo feo, matungo maltratado y baqueteado por la vida. Que lo que es de esos que han vivido en el lujo y en el mimo, como el parejero, criados para el vicio o el recreo, pocos son los capaces de un esfuerzo extraordinario, si es que tan siquiera lo son de algo que valga la pena.

3. El perro de mi vecino

Mi vecino tenía un perro overo que se entraba en casa a robarnos carnes. Nosotros los muchachos muchas veces nos entrábamos a lo del vecino a robarle higos. Y sucedía así que el perro se percataba a veces de los ladrones, mientras él mismo estaba en casa ajena merodeando la cocina.

¿Qué hacía? ¿Ladraba desde allá? Nunca. Abandonaba la presa al instante, pegaba un rodeo despacito por detrás de la casa para que no lo viésemos, se metía en su casilla a escondidas... y de golpe salía ladrando ruidosamente, muy serio, y como si en su vida hubiera roto un plato.

Pero en la voz se le conocía al pobre la vergüenza y la angustia y la falta de convicción de su conciencia sucia. ladraba el pobrete porque era su deber, pero haciendo propósitos firmísimos de no robar más un hueso, aunque tuviese que pasar* las hambres del mundo como las pasaba.

Ojalá todos los que tenemos por oficio predicar la virtud al prójimo, tuviésemos por lo menos la honradez del perro de mi vecino.

4. El miedo

Al lado de un nido de perdiz estaban hablando un día el Caballo, el Perro y el Toro sobre las rarezas de la Psicología...

—Yo —decía el Caballo— no me tengo por cobarde; y sin embargo, le tengo un miedo espantoso a una cosa que ustedes no van a creer: a la perdiz. Cuando se alza con estrépito de entre mis manos mismas, me encabrito inevitablemente. Y eso *aunque yo la haya visto antes*. Mire usted que es cosa, amigo. Yo he pasado el Paraná a nado, con mi patrón agarrado a la cola, caídos los dos de una lancha que volteó la tormenta, y he nadado tres horas en medio de los remolinos y he alcanzado una isla a la luz de los relámpagos, y del Instinto; yo he andado también ala caza trépida del Yaguareté; y yo sé muy bien quién es la perdiz y que el estruendo estúpido de sus alas torpes, no me va a hacer nada; y sin embargo, lo mismo es tremolar una delante de mí, que irse mi jinete (si no es muy gaucho) de narices. ¡Mire que me he recibido lonjazos por eso!

—Yo a las perdices no es miedo lo que les tengo precisamente —dijo el Perro—. Pero a mí me horripila una cuerda de guitarra que se raspe. ¿Es raro, eh? Yo soy muy nervioso. Me tiemblan las tripas y se me crispan los nervios, y tengo que salir huyendo y gruñendo, entre las risotadas de los chicos, que lo hacen por embromarme los malditos. Es horrible. Daría un hueso fresco de cadera con caracú y todo, por librarme de esa debilidad. Pero no puedo.

El Toro mugió sordamente.

—Yo a ninguna cosa de este mundo le tengo miedo, ni siquiera al Yaguareté, sino solamente al Tábano.

—El Tábano saca sangre —dijo el Caballo.

—¡No es por la sangre! ¿Qué me importa a mí que me sacara diez litros? Es el pánico irresistible que me infunde esa espina alada e invisible, contra la cual no tengo defensa. Más de tres veces he partido el alambrado, galopando enceguedo del terror de esa espuela diabólica que me persigue, no me deja, me acribilla, me enloquece. ¡Es que no me deja! Pierdo el juicio

y la razón, y todo. Debe ser una cosa del otro mundo el Tábano, un espíritu, una cosa macabra e infernal, porque si no, es imposible que pueda estar en tantas partes a la vez, en la cerviz, en el anca, en la verija. Yo nunca lo he visto...

La Perdiz en su mata escuchaba todo esto con los ojos tamaños como platos. ¿El Caballo, aquel animalote, le tenía miedo a *ella*? ¿El Perro, su enemigo, lloraba ante una cuerda de guitarra! ¡El Toro se escapaba de los tábanos, los cuales *ella* comía! En aquel momento la Perdiz se sintió más valiente que el Cid Rodrigo.

Desde entonces las perdices, cada vez que hablan del Caballo le llaman *El que nos teme* y no nombran al Toro sino de este modo: *El que le huye al Tábano*. Porque es muy propio de almas pequeñas andar fijándose en las miserias de las almas grandes, y dándose pisto con ellas.

5. Las pilchas

Allá en los tiempos de antes, muy para atrás, más lejos del tiempo de Rosas y la guerra con los godos, parece que el Hombre no montaba en el Caballo, sino que lo temía como a una fiera. De verlo galopar en la pampa como un ventarrón, echando humo por las narices y con la clin al viento, le había cobrado un miedo horrible, como ahora a la *Gran Bestia*.

Un día hubo una inundación grande que cubrió leguas y leguas y alcanzó alas ranchadas del Hombre. Como es sabido que el que se ahoga se agarra a un fierro ardiendo, el Hombre que se andaba ahogando se prendió a la clin del Caballo, que pasó nadando cerca; y después se abrazó del pescuezo y se le enhorquetó en la cruz. El Caballo lo sacó a playo. Y en eso sale de un pajonal un tigre echando espuma, y el Caballo dispara como un

refucilo y salva al Hombre de nuevo. resultado: que volvió a su poblado, contó lo sucedido, y nadie lo quiso creer.

Entonces el Hombre que era corajudo, se ofreció a repetir el lance. Salió todo el pueblo armado, rodeó al Caballo y lo obligó a entrar en el agua: entró a nado el Hombre y se le enancó. Salió el Caballo y disparó bufando y corcoveando con su carga prendida al cuello. Todos se convencieron y al Hombre aquel del montado lo hicieron Cacique. Pero andando el tiempo, el Cacique averiguó que no precisaba entrar en el agua y que se podía montar de un salto. Y así fue como se inventó el andar a Caballo.

Porque, claro, el Hombre quiso dirigir la bestia y pensó atarle una sogá contra la boca, y así apareció el *Bocado*. Un día que el animal mordió la sogá, el Hombre inventó el *Freno*. Para sostenerlo añadió la *Cabezada* y para usarlo la *Doble Rienda*. Y todo esto dándole al cándido puñados de pasto tierno y terrones de azúcar para atraerlo. El bruto no maliciaba. Habiéndose puesto flaco en el invierno y la osamenta del lomo como un tacuruzal, el Hombre le echó un cuero de oveja al espinazo para comodidad suya, y se inventó el *Cojinillo*. Y un día que quiso subir su prenda, el Hombre echó el poncho —y eso fue el *Sobrepuesto*—, echó una manta rota —y eso fue el *Mandil*—, echó cueros curtidos, y así salieron las *Caronas* y la *Caronilla*. Todo esto se le caía al Caballo para los lados, y el Hombre le rodeó una *Guasca* por la barriga y salió la *Cincha*; y como el animal era algo barrigón y verijero, se añadió la *Sobrecincha*. ¿Qué faltaba ahora sino los *Bastos* para el tiro, y para montar y no correrse por el lomo, el *Recado*, que cuando es dominguero se llama *Montura*? Había una argolla en el *Recado* y el Hombre colgó la *Estribera*; y para sujetarlo todo, cruzó el *Pretal*. Y una vez con los *Estribos*, con el *Pegual* para atar el lazo, con los *Tientos* para atar otras cosas, y con los *Guardamontes*, faltaba solamente poner *Virolas* de plata y *Colgantes* de chafalonía para completar el *Apero* y un gaucho hecho y derecho.

Pero a todo esto el Caballo, con el trabajo se había puesto flacón y viejo; mientras tanto que el Hombre con su ayuda estaba lucio y campante. Entonces ocurrió una cosa célebre en la historia de la ingratitud humana.

¡El Hombre inventó el *Rebenque*!

Su noble servidor, ahora esclavo, se indignó amargamente; no por el

dolor de los lonjazos en sí, sino por la indelicadeza. Pero ya era tarde. Y se murió un día de pena, pensando que si en vez de salvarlo le hubiera tirado un mordisco al Hombre que se ahogaba, ahora estaría libre y señor por la pampa. Allí quedó su osamenta, blanqueando en su pastizal para escarmiento. Por eso cuando a un potro recién lo agarran, se empaca tanto y bellaquea tan fiero. Pero es inútil: el Hombre una vez que agarra es como garrapata para soltar. Y ya agarró al Caballo por la boca, y ya le echó la guasca al cuello y es al ñudo que bellaquee.

Así fue como se inventó el andar a caballo, niño.

6. Tenga paciencia

—Que no me pueden pagar este mes tampoco, que tenga paciencia y que repare en los apuros de la casa; ¿y en los apuros míos quién repara? Que tengo estos trapos encima que se me están cayendo a pedazos. Y después, que la comida está siempre muy salada.

Le dio tanta rabia esta consideración a la cocinera, que en vez de tirar el garrón descarnado, tiró por la ventana una costilla con un trozo de lomito; el cual cayó entre las patas de Michi, el gatito blanco, que sacando su lengüita roja y carnosa como un pétalo de begonia, no acababa de creer en su buena suerte.

Efectivamente. No bien le hubo hincado el diente se sintió arrojar rodando contra la tapia de zinc, y al volverse bufando todo espeluzado, el lomo en arco y la cola al ciclo que parecía una flor de cardo con ojos de brasa, vio su bife entre los dientes de Tom, el cuzco de la casa.

—¡Paciencia, amigo! —le dijo éste—. El hueso es mío; que para mí lo tiró la cocinera: porque yo sentí mi nombre. Y de todas suertes, a usted

nunca le falta comida en esta casa, mientras que yo... Grrr...

Ahora le tocó gruñir a él. Pero en vano. El Ñato, doguito inglés, chueco, cara chata, se le venía derecho al hueso, sin decir una palabra, como solía, pero con una sonrisa siniestra que dejaba ver los caninos en la comisura de su boca enorme. Hubo un choque breve con un estruendo de aullidos, ladridos y mordiscos feroces, que parecía que se iban a hacer trizas; e inmediatamente salió el Ñato del montón como si tal cosa, con la presa en su boca de moncholo.

—En Inglaterra comer los grandes primero de los chicos; así estar muy bien —dijo el Ñato—. Usted poder esperar un momento.

La carne estaba hecha un asco de tierra y baba. ¿Comerías vos que sos perro, una achura revolcada por otro perro, vos que sos inglés, doguito, de los cuales se dice que si les cae una mosca en la leche, tiran la mosca y la leche? ¡Y no, pues! ¡Cualquier día le iba a hacer ascos! ¡Lo que hay es que no lo dejaron! Emprendió una vertiginosa disparada el pobre de que vio venir a los trancos a Tigre, el gran mastín atigrado de pelo corto y orejas en punta: largó la carrera apretando el hueso. Tigre lo alcanzó a los brincos y lo tumbó bajo sus patazas. Pero el otro no soltaba. Y se quedó con una piltrafa entre los dientes y lo engulló de un golpe atorándose, mientras el otro ganaba apurado su casilla inexpugnable; porque aunque era de tamaño tres veces el doguito, sabía muy bien, como todos en la casa, que éste era medio maniático y tenía accesos de furor tan terribles que era capaz de dejarse matar a palos antes de soltar la pantorrilla que agarrase.

Así que delante de la casilla en que Tigre se desayunaba a prisa, se alinearon los tres súbditos decepcionados con los ojos ardiendo, los cuellos erizados y los estómagos lánguidos.

—¡Entregue eso, don, entregue eso! —ladraba Tom faldero—. ¡No a mí, porque no es mío, sino a este pobre inocente (por el gatito), a esta criatura! ¡Es una infamia! ¿No le da vergüenza?

—No he comido en toda la mañana —gruñó Tigre, con la boca llena.

—Yo no he comido desde *ayer* mañana —gimió el gatito.

—¿Sí? ¿Desde ayer? ¡Pobrecito! —dijo Tigre sinceramente conmovido—. Casi me van entrando ganas de dejarte ese pedazo de hueso que me queda... Pero... como sobre mí carga el peso de esta casa, y por otra parte

te lo quitarían, y además es muy duro para vos, y considerando que a los jóvenes les hacen bien estas privaciones, porque los templan... ¡tenga paciencia y espere, mi amigo!

—¡Un pedacito de riñón! —maulló dulcemente el gatito, entrando de nuevo en la cocina y halagando los pies a la cocinera—. ¿Por qué te has olvidado de mí?

Pero el pobre almorzó un puntapié vigoroso con la exclamación:

—¡Estos animales me acaban la paciencia! ¡No se puede entrar en la cocina, gato!

—La paciencia —dijo Michi—. Todos hablan de ella. No hay cosa más fácil que encontrar razones de porqué *los otros* tienen que tener paciencia.

7. Agradecido

Mil gracias, tocayo —dijo el Zaino Malacara al Boyerito Picoblanco, que paseándole las ancas le andaba arrancando las garrapatas; las garrapatas chicas, que lo que es las que ya están llenas y redondas como balines, se las puede matar, pero no arrancar, si no es con petróleo.

—Me voy a llevar unas clines, con permiso —dijo el Boyero—, para mi lindo nido piriforme. Aquí lo tengo en la cabeza planeado, lo veo ya balanceándose en lo más alto de aquel chañar.

—¿Y por qué no las busca por los alambrados?

—Están enredadas y no me sirven... no me sirven para los radios. Para tejer necesito pelos duros, lisos, nuevos... recién sacados.

—Está bueno; con tal que los arranque de uno en uno. Le estoy sumamente agradecido por todos sus buenos servicios —dijo el Zaino.

—¿Y por qué tanto agradecimiento? —intervino el Mulo que estaba al

lado—. No sea sencillo, compadre. ¿No ve que si el pájaro le come a usted los bichos es porque le gustan... por interés propio?

—El pájaro me hace un bien, y yo se lo agradezco sin más averiguaciones —dijo el noble animal—. ¿Quién hay en este mundo que haga el bien sin mezcla de interés propio? O por lo menos, ¿quién hay que pueda averiguarlo? El que es bueno de corazón, reconoce hasta la sombra de un beneficio. Al mal agradecido, ¿cuándo le faltan pretextos para dejar de dar las gracias?

IX. Fábulas del Rey de los animales

1. El Tigre

A don Julián el Vasco tantas cosas le habían contado del Tigre, y tales, que le había cobrado un miedo fantasmagórico.

Un día se fue a hachar leña al Montecito, y al ruido insólito de los golpes apareció de repente entre un garabato que estaba allí cerca, una cabeza de gato, chata y amarilla, con dos ojazos amarillos como refucilo, y se puso a mirarlo.

Don Julián bajó el hacha y se puso a mirarla también. Hasta que al fin se cansó y le dio rabia.

—¡Arripoa, gato! —le dijo. Y le tiró el hacha para espantarlo.

La bestia dio un bramido feroz, y se tiró al suelo, partida la cabeza como una sandía por el proyectil formidable, que alcanzó a darle entre las dos orejas.

Don Julián se quedó espantado de que hubiese en América gatos monteses de tal calibre, sobre todo cuando, queriendo levantarlo a pulso para acomodarlo en su carretilla, tanteó el peso, que era mucho mayor que una bolsa de lino de las grandes.

Al volver al pueblo con la carga, sale de su casa Barcastegui, mira la carretilla y dice:

—¡Pero, don Julián, mi Dios, qué ha hecho! ¡Ha matado el Tigre!

—¡El Tigre, arripoa! ¡ El Tigre esto es!

Se le pusieron los pelos de punta y la cara como este papel, empezaron a temblarle las carnes y a repicarle los dientes al vasco, de sólo pensar que había estado frente al Tigre. Pero al rato se recobró y dijo:

—Sea tigre o tigre no sea, muerto ya está, pues... Nada que hacerle, pues. Y como decían, tan malo no es, hombre.

El valor muchas veces no consiste en que los tigres a uno le parezcan gatos.

¡Qué valiente sería yo, si no me pasase precisamente lo contrario!

A mí los gatos me parecen tigres.

2. El mismo tablón

Don Anastasio está serruchando madera. Canta y asierra don Anastasio, y a veces reniega por lo bajo, pateo la viruta, habla solo con el serrucho, el formón, la escofina y el machembre, tira un taco al perro que está corriendo las gallinas o llama a gritos al aprendiz para que le enderece clavos.

En el portón del Taller se ha parado don Santos. Don Santos anda medio tristón, desde que se le murió el hijito, sin trabajar casi, merodeando por las casas de los amigos a buscar consuelo hace seis semanas.

—¿Qué estás haciendo, Anastasio?

—Un cajón de muerto...

—¿Un cajón? —dice don Santos con un temblor en la voz—. Has elegido mal los tablones. Son muy largos. Te van a sobrar los pedazos que

no te alcanzan para otro cajón, y los vas a tener que tirar...

—Voy a hacer una cuna con ellos —dijo don Anastasio—, una cuna chiquita de recién nacido, una cuna que se balancee; una cuna al torno, diminuta y linda. ¿Qué te parece?

Don Santos se ha quedado repentinamente mudo, con los ojos clavados en las virutas. ¿Qué ve don Santos? ¿Ve el misterio de la muerte y de la vida? ¿Ve la cuna y el féretro juntos, los dos muebles que todos necesariamente usamos? ¿La canoíta graciosa en que nos echan al mar de la vida y la balsa chata en que tocamos el puerto? ¿Ve cómo en esta vida que nos parece que nunca se ha de acabar, en una misma oficina nos hacen la cajita para traernos y el cajón para llevarnos? ¿Qué ve don Santos que no habla ni contesta, se rasca la cabeza y mastica el cabo de la pipa?

Yo lo único que sé es que, al irse arrastrando los pies para su solitaria casita de viudo, iba diciendo en voz baja:

—¡De un mismo tablón! ¡Velay, qué misterio!

3. Don Quijote y Sancho

Un domingo que iba a pie al Tiro Federal a cumplir las *condiciones*, oí un griterío en el rancho de un criollo. Yo conocía las casas que eran de criollos, porque eran de adobe sin revocar, con cerco de tunas, con techo de paja y ésta mal trenzada con cuatro durazneros tísicos, y mucha basura, hojas secas y latas vacías por el patio.

Mientras que si la casita era cuidada, con su huertita al fondo y su alambrado de púa, su chiquero de madera, su mortero de pisar maíz, su naranjal, sus gallinitas picoteando por el patio limpio, junto con seis o siete criaturas rubias, la casa era, casi seguro, *de un gringo*.

Me arrimé, pues, a la puerta del rancho vociferante (que entre paréntesis echaba un espeso vaho de chino, es decir, de mugre), apliqué el oído sin ninguna clase de escrúpulos, y oí lo siguiente:

—¡Dejála te digo, Evaristo! Matáme a mí, pero no toqués a m'hija.

—¡A ella y a vos!

¡Plaff! (un rebencazo).

Un llanto infantil desconsolado, agudo y desgarrador.

Una voz que se alzaba de nuevo, imponente de furia, de dolor y de angustia, entre el ruido del llanto y de los golpes.

—¡Dejála, dejála! ¡Por finada tu madre te lo pido! ¡Mirá que la vas a matar! ¡Acordáte que ella te mandó que no te emborrachases! ¡Dejála te digo a la pobre inocente, pegáme a mí! ¡Tu madre te lo mandó al morir! ¡Y yo me voy a morir ahora, y todos tus hijos se van a morir! ¡Y ella, aunque está muerta, te va a castigar!

—Para que... para que aprendan (un hipo), que cuando yo... mando una cosa (otro hipo) una gran *no-sé-qué-cosa* (otro hipo).

¡Plaff!! (un rebencazo).

Yo, que oigo ese rebencazo cruel, me dije:

—Este es un borracho que está apaleando a su mujer; y lo que es peor a su hijita. Aquí lo que corresponde, que yo, que soy hombre culto y bachiller de La Inmaculada, ataje esa brutalidad, como Don Quijote, cuando atajó a Juan Haldudo, que no desollara a palos al pobre muchacho Andrés.

Pero el Sancho Panza que todos levamos dentro de nosotros se levantó y dijo:

—Lo que ganó Don Quijote por meterse donde no lo llamaban fueron palizas. Y el muchacho Andrés se recibió otra mayor cuando Don Quijote se fue. Y bien puede suceder aquí otro tanto, que si este animal es capaz de apalear a su hija, más capaz será de darme a mí un palo, o si viene a mano, una puñalada...

Me estaba por ir. ¿Quién me mete a mí...? Pero en ese momento oí un rebencazo más fuerte y el ruido de un cuerpo que cae. Me enfurecí, me volví y golpeé la puerta.

Se hizo un gran silencio en el rancho. Golpeé otra vez.

—Aquí está el ánima de tu finada madre —dijo la mujer.

Golpeé de nuevo.

—Por fin veniste, mama, que este asesino ya me estaba matando.
¡Tarán, tarán, tarán! (yo, muy animado, golpeaba más fuerte).

—Llévatelo nomás, mama, al infierno, que yo ya estoy cansada de él.

—¡Perdón! —dijo la voz flemosa del borracho.

¡Tarán, tarán, tarán!

—¡No me voy a emborrachar más, mama, perdón!

Entonces comencé a patear la puerta con toda el alma.

—¡Ay! ¡Cruz diablo! ¡Andáte, ánima bendita! ¡Es inútil que golpiés, que la puerta no te la voy a abrir y está trancada por dentro! ¡Andáte, ánima bendita!

—¡Andáte nomás, ánima bendita! —oí que me decía la mujer, con gran sorpresa mía—. Andáte nomás, que ahora que está arrepentido ya lo quiero otra vez a mi marido. ¡Andá tranquila, mama, que ya de hoy en más se va a portar bien mi Evaristo!

Yo estaba muerto de risa y tenía ganas de darles cuatro consejos a las dos voces temblorosas con una voz cavernosa. Pero me di cuenta que nunca conviene abusar, no fuera que el diablo tirase la manta y se descubra el pastel. Así que reanudé mi camino por entre los maizales amarillentos, muy satisfecho de haber puesto paz en un matrimonio.

«*O mythos légetai*»... Esta fábula nos enseña que cuando se trata de hacer una acción buena que sea peligrosa, hay que tirarse al agua nomás sin miedo, que casi siempre saldrá mejor de lo que uno se lo imaginaba.

4. Una lección

Como el doctor Valarasa era extranjero, no conocía el modo de ser de

los paisanos de aquí. Así que se pensó, por lo visto, que aquel emponchado que detuvo en el camino, casi sin parar del todo el tálburi y el fogoso bayo, era un cualquiera; porque no conoció que, aunque raído, era de vicuña el poncho. Y era don Babel (Gabriel) Pedraria, tropero, y capataz, a quien sin ser conde ni marqués todos respetaban, sin embargo, muchísimo. Pero el doctor le gritó bruscamente:

—¡Oiga usted! ¿En cuánto tiempo puedo llegar de aquí al Campo...? ¡Rediez!

—¿Campo l'Overo?

—¡Eso es, el Campo Overo! ¡Listo!

—Asigún como ande... —contestó el otro alzando los hombros—. Si anda despacio...

—¡Si ando ligero! ¡Rediez!

—Si anda despacio... puede ser que llegue en dos horas.

—¡Si ando ligero! ¡Rediez!

—Asigún como de ligero... Si anda muy ligero...

—¡A todo lo que da! ¿Me contesta de una vez?

—Si anda muy ligero —contestó el tropero con más pachorra que antes—, puede ser que llegue en dos días.

¡¡Crajj!!

Como un rayo cayó la fusta del doctor, que creyó que se burlaban de él, sobre el lomo del tropero; y después sobre el del bayo, que arrancó como un ventarrón.

De modo que el arrebatado español ni siquiera vio el salto de león enfurecido del criollo, que casi cayó bajo sus ruedas. Ni vio después las muecas de su cara, que indicaban cómo estaba dominando una formidable tormenta interior. Porque si la hubiera visto y hubiera conocido además la proverbial y estoica serenidad del capataz, que era todo un hombre, se hubiera alarmado. Yo siendo niño le oí contar una vez al lado del fogón a don Babel cómo encontró en el monte a los dos asesinos de la familia de su compadre Zanutte, dos fieras cuyo siniestro recuerdo se conserva todavía después de treinta años en mi pueblo; y temblé de pies a cabeza cuando le oí contestar con naturalidad a la pregunta mía:

—¿Y usted qué hizo, don Babel?

—Y... los maté a los dos, como era justo.

Como si hubiera dicho que se había desayunado esa mañana, exactamente.

¡Qué estoicismo el de aquel hombre! A la media hora después del trallazo, su cara serena no mostraba agitación ninguna; y a una media hora más de camino, se encontró con el tílburí del doctor, que se había roto un eje contra un tacurú, por disparar por mal camino.

—¡Había tenido razón, mi amigo! —gritó el doctor sinceramente arrepentido—. Ahora ya no llego en dos días... y me espera un enfermo grave, allá en lo de Muchut.

El doctor vio a don Babel bajar la cabeza, empezar a hacer muecas con la cara y pasar de largo en silencio y de prisa, y sin mirarlo.

—¡Tome, amigo, para usted, este reloj... es de oro!

El criollo se aproximó a él con pasos oblicuos, casi sin mirarle, tendiendo la mano, y...

¡¡Crajj!!

La tralla, arrebatada bruscamente de la mano del doctor, cayó sobre su pecho y espalda y se le enroscó al pecho silbando mientras el reloj volaba por los aires.

—¿Para qué quiero su roló? No, doctor, no, deje nomás la culata... es inútil que no es hombre usted de asesinarme aquí en el campo... y menos estando yo desarmado. No grite, doctor, que lo que hice es muy justo... no se enoje... Ni se apure tampoco que ahurita voy corriendo al puesto de aquí y le voy a traer tílburí y caballo... En esta tierra hay que aprender a andar a caballo nomás, doctor, que los coches con los malos caminos son al cuete...

—¡Perdóneme, caráspita...! Me he arrebatado, canario, como suelo, ¡malhaya! Acépteme el reloj, como pago del servicio, ¡caray! —no me acuerdo bien ahora si las interjecciones del doctor eran éstas u otras... de que no quiero acordarme.

—Acepte, caramba, el reloj por el servicio y la lección.

—No, doctor, si el servicio no lo hago por usted... lo hago por el enfermo.

Hay que dominar la ira, muchachos. Porque si un patrón le pega un sopapo a un peón y el peón se domina, el peón es patrón en ese momento y

el patrón es un esclavo.

5. Las fuerzas del hombre

—Mamá —suspiró el niño delicaducho y pálido—, el potrillito que tiene un mes corre y salta por el potrero, los pollitos ya se saben buscar la comida, la perdicita que me trajo tío como sola y escapa al campo, el charabón es fuerte y loco y los patos se zambullen en el charco. ¿Por qué Dios nos hizo solamente a los niños tan débiles?

—Porque les dio una mamá y ya basta —dijo besándolo la madre.

En el nido tibio del maternal cuidado el niño creció y se hizo un joven. Y entonces se le hizo chica su casa porque le habían crecido las alas de sus ensueños y sentía lleno el corazón de indefinidas ansias. Era llegado el momento de salir a volar y a valer. Pero al tener que alzar el vuelo por el aire abierto y sobre el mar infinito y rumoroso, sintió un sobrecogimiento. El hijo del águila —dijo— tiene ya al salir del nido las alas poderosas y sus ojos pueden mirar el sol; el albatros joven goza sobre el estruendo de las borrascas y el ciervo corre exultante por el bosque sombrío, seguro de la innata sabiduría de su Instinto. ¿Por qué sólo el hijo del Hombre tiene que entrar en la vida, que es una batalla, tan desarmado? Si Dios llenó mi corazón de nobles y levantados anhelos, ¿porqué no me ha dado alas poderosas para perseguirlos?

—Te ha dado la inteligencia —le dijo el amigo—, que te hace más poderoso que todos los animales, el rey de todos ellos.

El joven peleó con coraje y alegría y cuando fue hombre vio coronados sus sudores y sus lágrimas con las dulzuras del éxito. No fue feliz del todo, sin embargo. Y un día que llegó de lejos para enterrar a su madre, su

corazón lleno de desolada amargura, se sintió pobre y abandonado y pequeño y se quejó de este modo:

—No basta la inteligencia del hombre ni todas las cosas del mundo que están al servicio de ella. Hay momentos en que ni las cosas ni los hombres ni uno mismo basta. Hay llagas en nuestra alma que ni todos los hombres juntos nos podrían curar, y abismos que no se llenarían con el oro de los imperios. ¿Qué médico sanará la anemia incurable de nuestra pequeñez? ¿Qué elixir suprimirá nuestra impotencia? ¿Qué riqueza remediará nuestra finitud? Hay siempre en el hombre algo incompleto, algo que no se sacia, algo que no se aquieta. Nunca se ciega la fuente de los deseos y así nunca consigue entero descanso. Deseamos lo que conocemos y lo que no conocemos. Como si nuestra meta consistiese en siempre andar y nuestro fin fuese el infinito. He aquí que todos los seres creados, en esta tarde quieta que nos envuelve, parecen contentos con el propio ser, y no teniendo deseos insondables ni arcanas necesidades ultraterrenas, encuentran en sus propias fuerzas naturales con qué alcanzar su fin y su paz. ¿Por qué sólo el hombre ha de gravitar siempre con fuerza increíble hacia el Más Allá, hecho mariposita de lo imposible, satélite inquieto de un sol que está fuera de su órbita? El que nos creó hambrientos de infinito y de eternidad, ¿por qué no nos dio fuerzas infinitas y eternas?

—Nos dio la oración —respondió el sacerdote a su lado—, la oración que es la mano que nos tiende el Todopoderoso, el que ha hecho todas las cosas bien y ha abierto a cada criatura su propio camino.

6. La tortuga

No te rías, oh Dios fuerte, de mis esfuerzos frustrados, porque hay una

voluntad tristemente terca que gime a Tí desde el fondo de mi impotencia.

Te voy a poner un ejemplo.

Una vez, oh Dios infinitamente grande que estás aquí presente, pesqué una tortuga en el río Salado y la llevé para casa. La tortuga quería escapar y volverse al río patrio, lo cual manifestó sacando una pata por un agujero de la bolsa en que venía y rasguñando la barriga del bayo, que se llevó muchos rebencazos acompañados del tratamiento de «mancarrón imbécil» por pegar cimbrones bruscos a la zurda como si lo espoleasen con nazarenas, siendo así que yo ni siquiera lo taloneaba. Y era la tortuga que quería escapar.

Le di por jaula un cajón de kerosén bocarriba. La tortuga se arrimó contra la pared, se levantó en dos patas, se fue de espaldas, estuvo manoteando un rato para incorporarse y después volvió con el mismo resultado a la tentativa de trepar las tablas. Yo me fui a dormir seguro. ¡Y al otro día, sin tener alas de pájaro ni patas de liebre, la tortuga se había escapado y estaba en el río!

¿Cómo hizo?

Cómo hizo para escaparse lo sabes tú, Dios mío, yo no lo sé. Lo que yo sé es que aquí está en el suelo el rastro de las zampas torpes en la tierra húmeda de lluvia, el rastrito de las uñas chuecas que agarra derechito sin un solo sesgo la dirección del río.

Yo supongo que el animal testarudo intentó uno o dos centenares de veces trepar la pared de tablas. Que en una de esas afirmó en una irregularidad de la madera y se alzó unos centímetros. Que se cayó. Que volvió a afirmarse y a caerse una punta de veces. Y que en otra de esas, por otra casualidad, topó con las uñas otra cornisa más arriba, alcanzó con la cabeza el borde y después con una zampa y luego con la otra se izó torpemente, superó la barrera, se dejó caer al otro lado como un ladrillo, y agarró al galope la dirección del agua, oliéndola como un perro huele la querencia. Yo no sé. El caso es que milagro no ha sido y la tortuga ahora está en el río.

Por lo tanto Dios hombre que te hiciste carne siendo espiritual,
Yo te juro con todos los recursos de mi natura racional–animal,
Ya que patas de liebre no tengo y las alas quebradas me duelen

tanto,

Yo te juro que yo me haré santo.

Que saldré algún día —no sé cómo— del cajón oprimente

En que doy vueltas en redondo y tropiezo continuamente

«Padre, propongo no hacerlo más», y mañana lo hago

tranquilamente.

Pero setenta veces siete aunque tuviera que levantarme

Y aunque tuviera línea por línea milimétricamente que arrastrarme

Y yo sé que el diablo es fuerte, pero yo soy más terco y más

cabezudo

yo sé que el diablo es diablo, pero la oración es mi escudo;

Y es malo, pero Tú sólo puedes sacar bien del mal

—Con tal que no me dejes nunca caer en pecado mortal—.

Yo te juro que saldré con tu gracia del cajón desesperadamente

Que andaré de las virtudes iluminativas el camino campante

Y me hundiré en el río de la contemplación

Con una terca, de tortuga, tosca y humilde obstinación.

X. Fábulas en verso que escribí como Lessing. estando en la ciudad

1. Filantropía

El Plato Sucio le dijo al Perro, que lo lamía:
—¡Gracias, oh muy generoso noble santo animal,
que sin llamado ni galardón ni demanda mía,
así me limpias y me acaricias, siendo yo tal!
—No hay que extrañarse. Soy de muy grande filantropía
—el can decía—. (Modestia a un lado porque es verdad.)
¡Soy Presidente de las Reuniones de Teosofía
y de la junta Social de Bailes de Caridad!

2. El rey humilde

Al rey Oscar lo revienta
quien lo adule o quien lo halague,
(*La Nación* de ayer lo cuenta,
«Crónica de Copenhague»).

Fue a visitar un colegio
de niñas, Oscar Augusto,
llenas ante el fausto regio
de curiosidad y susto.

Y echando agujas y ruelas
con infantil reverencia,
se alzaron todas las suecas
ante la real presencia.

(El frío hacía arabescos
con la nieve en los cristales
y amorataba las frescas
narices angelicales

de las niñas, y un sombrío
viento sollozaba fuera...
En Suecia hace mucho frío
hasta en plena primavera).

Bien. Alzáronse las suecas,
y haciendo, de un gesto urbano,
sentar a aquellas muñecas
les preguntó el soberano:

«—¿De los héroes que han la gloria,
cuál ha sido, o bien cuál es
el más grande la historia
de este pueblo finlandés?».

«—¡Gustavo Adolfo!» contesta
una, «¡Carlos Doce!» o bien
«¡Ulrica Leonor!» dice ésta.
Y entonces se oye entre cien

decir a una voz distinta
y muy clara, como quien
lo sabe de buena tinta:
«—Y Oscar Segundo también».

Al ver la mentira enorme
que aquella boca deslíe
el rey de gran uniforme
se sonríe.

«—Menester es que conteste
a la que tanto me aprecia;
en mis títulos hay éste:
Primer Preceptor de Suecia».

(La maestra las razones
les habrá dictado antes
—pensó—. ¡Las adulaciones
cómo me son repugnantes!).

Y dijo: «La que esto opina
hágame el bien de pasar».
Alzóse una chiquitina
como un pimpollo de azahar.

Y al adelantarse luego
arrastrando los chapines
se hicieron rosas de fuego
de su rostro los jazmines.

Y el rey preguntó a la grave
doctorilla de la ley:
«—Usted, ¿qué gran hecho sabe
del reinado de ese rey?».

La pequeña no sabía...
su pa-pá so-lía ha-blar
y en el dia-rio salí-a...
La pobre se echó a llorar.

Levantando los bracitos
a la faz toda encarnada
empezó a hacer pucheritos
como una desesperada...

Mas el rey, dándole un beso,
dijo entonces, oportuno:
«No llores, nena, por eso:
yo tampoco sé ninguno».

3. El poeta

(Imitada de G. Pascoli)

Hoy se casa la Reina de las Ranas
y un payador famoso ha convidado
para prez de las bodas soberanas:
batiendo el aire azul llegó el poeta
a la laguna, todo enlevitado

en liso traje negro de etiqueta...

Tarde azul. Surge el trino de cristal
de aquel garguero que tritura oro
en el dulce silencio vespéral:

*Tito tiró la tira, tío, tío,
y viene un toro, tío, el toro moro...*
Suenan a lo lejos el rumor del río...

Y el paisaje se endulza... Grazna inquieta
«cuánto ese canto, cuánto, cuánto cuesta»
la tartamuda Rana. «¿Una croqueta,
crosta de bagre, algún crustáceo gordo?...
Yo sé cantar: bastante linda es esta
canción...

Nada me debes, dijo el Tordo.

«Nada a mí me costó, la doy por nada
mi canción... Esto no es cosa de cuentas.
Sólo pido un favor: «¡oigan atentas
y no croen después de mi tonada!».
Y entonces los Batracios de aquel pozo
croaron todos juntos: «¡Qué orgulloso!».

4. El Racional y el otro

Sobre los tramos de quebracho
del puente, dormido y borracho

—como suele— está el viejo Fierro.
A su lado vela su perro.
El vapor de la caña doble,
o fatal pesadilla ignoble,
o el *delirium tremens* de ahora,
o por un rumor que sintió
o porque le llegó la hora
—pues la razón aún se ignora—,
o porque Dios lo castigó...
el caso es que se despertó,
dijo: «*El tren, viene un tren, ¡pispajo!*»,
y se tiró barranca abajo.

El perro, viendo al amo, salta
la alcantarilla que es bien alta
—como saben los que han viajado
desde Reconquista al Tostado—,
y al vacío se precipita...
Se oye un ¡ay! de angustia infinita
y hechos los dos montón sangriento
no pudieron contar el cuento.

Digo mal, que el perro sí habló
a la gente que se amontonó.
Dice la gente: «¡Oh perro fiel!
¡Oh maravilloso lebrel!
¡Cayó el patrón, tiróse él!
¡Este perro verdaderamente
si la apariencia no nos miente
es un perro como la gente!».
«—*¡No, señor!*» —dijo con profundo
desdén el perro moribundo—.
«Yo me tiré porque creía
que si mi patrón se tiraba

algún peligro enfrente había
y que blandito el fondo estaba.
El es un hombre y tiene ciencia
y yo soy un pobre animal.
¡Maldito el instante fatal
en que confié en su inteligencia!
¡Jamás se me hubiera ocurrido
el descomunal disparate
de asustarme de un tren fingido
y tirarme y romperme el mate!
¡Oh dolor que no tiene nombre!
¡No se fíen mucho del hombre!
—ni de los otros animales—
aun cuando están en sus cabaes:
si está borracho o tiene chucho
no se fíen poco ni mucho...
El hombre por lo general
es un animal racional;
¡pero a veces se abaja tanto
en poder de vicios soeces,
que es mejor nuestro instinto santo
que su razón, cincuenta veces!».

XI. Fábulas Salteñas

1. El sanjorge y el colibrí

La amistad del Sanjorge y el Colibrí era la comidilla de los animales del valle de Santa María, desde Salta a Cafayate —que no son muchos y por ende hablaban de más, como pueblo chico— pues no se comprendía esa comprensión e intimidad entre un insecto y un ave, un peleador y un libanéctar, una joya y una fiera.

Al fin lo comentaron ellos:

—Todos nos critican —dijo el Picaflor, sacudiendo como con frío las alitas verdeazules.

—¿Sí? —dijo el gran Avispón negro y brillante, casi tan grande como el ave—. ¿Por qué?

—Dicen que nuestra amistad es rara. Te ven en el suelo luchando con arañas pollito, paralizándolas y arrastrándolas, impávido al mortífero morso de sus pinzas; y a mí me ven en el aire, libando los besos que da la Tierra Madre o Febo Padre, que en las escuelas llaman Febo-Asoma. No ven nada de común entre nosotros.

—¿Qué es eso de besos de la tierra?

—Las flores.
—Siempre *tiendrás* que hablar en difícil. Pero hay mucho de común entre nosotros...
—¿Qué hay?
—Los dos tenemos alas...
—¡Bah!
—Colores brillantes...
—Cierto que vos con esa coraza negra y esas alas escarlatas estás muy buen mozo...
—Eso dicen. No lo sé.
—Pero obviamente no basta. Alas y colores todos tienen.
—El hecho es que somos amigos —dijo el Sanjorge.
—Lo somos —dijo el Colibrí.
—Siempre ha sido así en la historia —dijo el Guerrero.
—Así es —dijo el Poeta.
—Alguna razón debe haber —concluyó el luchador—. Tú quédate tranquilo y déjalos que digan. Aquí estoy yo.
El Colibrí sonrió y comenzó a volar para atrás —es el único pájaro que puede volar para atrás—, y cuando vuela para adelante parece el pensamiento. Es el que concentra en metal y vidrio luminoso la esencia de las flores, que son a su vez la esencia de las cosas con raíz, destiladoras de las esencias de la Madre Común.

2. Mandar mal

«—¡Qué animales son estos animales!».
«—!Pero estos hombres son más brutos que nosotros!».

Yo supe tener una yegua que hablaba —naturalmente, como todo animal de fábula— y hablaba con las orejas.

Una vez la Chuncha tuvo que haberme matado y no me mató por pura consideración. La llevé a beber en el Río Grande de Salta —llamado también Arias y Santa María—, jornada y media de Cafayate, y era una temeridad, como supe luego. La obligué a entrar; y es que el animal caballar es sonso para el peligro; es demasiado obediente, no es como el mutar, desconfiado. Era febrero, el agua venía como ariete y la arena estaba floja. Para mejor, *ese* agua no sirve para abrevar, por el salitre. No me fijé que hundía en la arena cada vez más los vasos; y cuando noté que temblaba y resoplaba creí la mareaba la velocidad del agua, que yo mismo tenía que mirar lejos. «Bebé, animal imbécil». Cabeceó con furia. Entonces la dejé salir. Pisó en un lugar de *ciénega*, hundió toda la mano, se debatió para sacarla, y hundió la zurda; y entonces se tiró de lado, pero con todo cuidado a fin de no hacerme un Sargento Cabral. Gracias a eso saqué de abajo la pierna y el pie con tiempo; que si me lo agarra entre su cuerpo y una piedra, lo hace salame.

Le pegué una paliza al salir —pues con la ira me parecía entonces que era toda la culpa de ella— diciendo: «*¡Qué animales son estos animales!*». La yegua contestó con las orejas la respuesta que puse arriba.

Hicimos las paces al rato; y entonces yo, con serena intención de instruirla, le empecé a decir los siguientes versos:

El que está sujeto a otro
nunca tuvo suerte blanda,
pero su soberbia agranda
el rigor de que padece.
Obedezca el que obedece
y será bueno el que manda.

Con gran sorpresa mía, que no la sabía poeta, la Chuncha volvió la cabeza, y contestó de contrapunto esta estrofa:

Mande bien el que está arriba
si de Dios quiere hacer caso,

si de Dios es como el brazo
no haga a Dios aborrecible,
pues si manda lo imposible,
reventó la yegua el lazo.

3. La huelga de las cotorras

Las Cotorras se declararon en huelga por no sé qué ofensa que les infirieron los otros pájaros. Se metieron todas en sus nidos cavados en la tierra a gran altura en esa especie de tacurúes o menhires de greda muy altos que hay cerca del lugar llamado Las Abritas; y allí se quedaron sin hablar tres meses —sin hablar más que entre ellas.

Los otros animales del imponente desierto que hay en este contorno estaban consternados, viéndolas volar de a siete en formación de avión de guerra en el vasto silencio de la montaña, pensaron que sin el cotorreo diario ellas no podrían vivir. Se habían acostumbrado ya a saber por las Cotorras lo que pasaba o no pasaba por todos los otros valles de la Pre-Cordillera, importara algo o no; eso ya les era como el pan cotidiano. Hicieron súplicas; pero las Cotorras erre que erre; o mejor dicho, no erre que no erre: mudas.

Entonces comenzó a verse una maravilla: todo empezó a andar mejor. La gente trabajaba más; tenían menos tiempo para hacer daño. Libres la cabezas de cotorreo, discurrían mejor; y de eso suelen seguirse toda clase de bienes.

De modo que cuando las Loras declararon que habían terminado la huelga, les dijeron que siguieran no más holgando.

¿No se podría probar alguna huelguita de radiotelefonía, a ver qué pasa?

4. La catanga y el sapo

La Catanga (o «escarabajo pelotero», como lo llama don Pepe Aznar) andaba corriendo en todas direcciones, con ese curioso andar de hombre en bicicleta o avión que va a despegar, erguida sobre las patas traseras y tan apurada y atolondrada como si tuviera azogue en las venas.

—¿Qué te pasa? —le dijo el Chelco.

—Nada. Me siento alegre y me da gusto correr así.

—Bueno. Domina tus gustos y quédate quieta. Es ridículo.

—No puedo —dijo—. Y salió trotando en zig-zag.

—Es que le llegó el tiempo de poner huevos —dijo el Sapo—. Yo lo sé, porque me como los hijos.

Cuando nuestros enemigos nos conocen mejor que nosotros, somos Catangas Peloterías.

XII. Fábulas en defensiva

1. «Se resiste a tomar ciertas clases...»

Mestre Chicho andaba buscando el martillo. El aprendiz le dijo:

—Un clavo con cualquier cosa se clava.

Respondió el viejo:

—Con cualquier cosa se clava mal un clavo. Para clavarlo bien está hecho el martillo.

2. «Es un poco raro...»

La Oveja y el Carnero miraban el Perro Pastor. Dijo la Oveja:

- ¡Qué lindo tipo!
- Es un tipo raro —dijo el Carnero.
- ¿Qué cosa es ser raro? —preguntó ella.
- Ser raro es no ser como yo —dijo el Carnero.

3. «No ama la vida común...»

Cuando una colmena se inficiona de polilla, todo se amustia; nada cambia por fuera, pero la mismísima raíz comunal por dentro está tocada. La vida común sigue igualita casi, pero la vida *simplíciter*, lo que se llama la Vida, está en contingencia. De vez en cuando signos siniestros irrumpen: la galería de un gusano desemboca fuera, todo un erial se anemia y muere, todo un panal se agria... Las Abejas se alarman y a toda prisa remiendan los daños: echan a tirones el gusano, tapan con cera y propóleos el cráter. Y prosiguen las Abejas Viejas su «vida común» anemiada, retardada, languidecida en ritmo y alegría, pero con la misma forma exterior aparentemente.

Las Abejas Jóvenes son las descontentas: la vida que les bulle dentro no consueña al ritmo triste de fuera; y así, después de acabado el trabajo, revuelan en nubecitas de oro delante de la piquera, inquietas. Las viejas se escandalizan y les dicen:

—Ustedes no aman el Trabajo Común.

—El Trabajo Común lo hacemos —responden ellas—, pero amarlo no podemos.

—¿Y por qué? —preguntan las otras Abejas muy extrañadas.

—No sabemos. No lo sentimos. El amor no se manda, se conquista o arrebat. Sólo se puede amar lo hermoso; y esto no nos parece hermoso...

Entonces las Abejas Viejas las excomulgan y anatematizan. Pero la nubecita de chispas de oro va en aumento, y un día un repentino contagio cunde, la Reina es arrastrada, y todo el enjambre sale volando a fundar una nueva colonia sobre bases limpias.

Y las Viejas se pliegan o se mueren, que es lo mejor que pueden hacer.

4. «Es orgulloso y triste...»

El Boyerito Negro fue una vez a la fiesta de Todos los Pájaros, porque supo que se hablaba mal de sus hábitos de soledad. Comió algo de lo que ofrecieron, contestó a lo que preguntaban, y se asentó en su rincón a mirar la baraúnda; en la cual descollaban, como es natural, los Pirinchos, los Gorriones y las Pititorras. Se sentía silencioso y sereno, y un poco *amusé*

Se le aproximó un Gorrión y le dijo:

—¡Hola, ilustre gorrón! ¡Oiga! ¿Qué le pasa a usted?

—Nada. Soy así no más.

—¿Está triste?

—No. Más bien me divierto por dentro.

Al rato se le aproximó una Tacuarita y le dijo: —¿A usted se le ha perdido un rosario?

—No. Se me ha perdido el alma.

—¿Y por quién, se puede saber?

—¿Y por quién va a ser?

—¿Quiere bailar conmigo?

—No sé bailar.

Y sabía. Por último se le arrimó un Pirincho, desgachado y

campechano, y va y dice:

—¡Compañero! ¿No le peta la compañía?

—No me despeta... ¿Qué hay?

—¿Quiere que vayamos a Cá-La-Lola para desguacharnos?

—Tengo sueño...

Después de aquella fiesta el Boyerito alas blancas volvió a su retraimiento; y desde entonces empezaron a decir que era «orgullosa y triste». Y a lo mejor lo era. Pero yo creo que, bien mirado, era no más *diferente*.

5. «Usa expresiones bajas...»

El Pavo es el animal más solemne. Esto no es casual, al contrario, es esencial a la pavería la solemnidad a todas horas, porque es como un pavés, rueda y molinete con que el Pavo evita que se le arrimen a examinar su pavura. Este Pavo de mi cuento se resfrió de la rabadilla, que siempre lleva pelada, y mandó llamar al médico.

Pero cuando llegó el médico, el Pavo juzgó poco «digno» decirle dónde estaba enfermo, y le dijo tenía inflamada la golilla, o sea la excrecencia cardenalicia que llevan ellos de adorno, llamada *moco de pavo*.

El médico erró la cura. Mas el Pavo no murió, pues los Pavos no mueren nunca; a no ser que les llegue su Sanmartín.

6. «Ama a los de afuera y no a sus hermanos...

—¿La partida pasó por aquí?

—Antiyer. Tres policías y un sargento...

—¿Y qué la come?

—Buscando al Beato Báez, un matrero que ha matao una punta de cristianos.

El forastero alzó los ojos, los abrió deliberadamente, osciló la cabeza, y dijo gravemente:

—No es cierto. El gaucho Báez nunca mató un cristiano.

El peón echó una risita.

—Dígame, ¿usted es de afuera?

—No, amigo; soy de por aquí...

—¿Sabe que está algo atrasao de noticias?

—Ansí será. Pero también sé que Beato Báez jamás ha matao un cristiano.

—¿Y el juez don Servando, que lo mató de un talerazo aquí al lao por una jugada de taba?

—Ahí está cómo esagera la gente... El tape Servando no era juez, sino comesario; ni tampoco lo quiso matar, sino castigar; ni fue por el juego, sino por ser demasiado amigo'las mujeres... de los otros.

—Y después mató cinco soldados, allá en el Puente Viejo, a trabuco.

—Tampoco. Ni fue en el Puente, sino más abajo, en el Ceibal; ni fue con trabuco, sino con réminton colí; ni fueron cinco sino tres muertos y un herido, de bala, en la paleta, el sargento Cleto, que era el más compadre de todos y quedó allí aullando como perro que ve difuntos...

—Pero, ¿usted estuvo?

—Yo lo supe por uno que estuvo...

—Y pa arreglarlo, dos meses después, le pegó al negro Angulo y aquí está Lorenzo que lo vido muerto y dirá si miento, lo menos veinte puñaladas y me quedo corto.

—Espere. Era un negro bellacón, que se le vendía de amigo, y por

detrás andaba en tratos pa entregarlo a la polecía por cien pesos. Lo habrá matao en buena ley; pero no le pegó veinte puñaladas...

—¡Y güeno! Al fin y al cabo son seis muertes...

—Espere... Cinco muertos y un herido...

—¿Y usted no dijo antes que Báez nunca jamás había matao un cristiano?

—¿Y dende cuándo los polecías son cristianos?

—¡Velay! ¿No son cristianos?

—¡De ande! El Beato Báez, dirán lo que quieran, no es un matrero. Es un pobre criollo que la taba de la vida le salió culera, que no quiere entregar la rosca todavía hasta ver en qué acaba todo esto; que no busca a naidés, pero el que lo busque lo ha de encontrar...

—¿Usted lo conoce?

—¿Yo?

El forastero encendió con pausa en un tizón su cigarro de chala, pitó y largó el humo al techo, paseó por los rostros iluminados de rojo su mirada aguda, y dijo...

—Soy yo, servidor de ustedes...

7. «Es demasiado sensible...»

Yo no como sino hojas de morera —dijo el Gusano de Seda.

—Yo no puedo dar eso...

—Yo no como otra cosa.

—Demasiada delicadeza me parece... Sos demasiado sensible. El Rupacheco al fin y al cabo come de todo, y la Isoca come hasta abrojos; y no me vas a decir que sus mariposas no son más hermosas que las tuyas.

Son como florecitas volátiles...

Como dijo Ramón de Campoamor
Excelente prosista en verso y prosa
En el espejo de la mariposa
La flor aprende que ella es una flor...

—Si no hay moras no hay seda —dijo más con gestos que con palabras el gusanote pavote y blanquecino, insensible a mi poesía—. Ahora me vienen a decir que soy demasiado sensible. Si quieren de la seda la delicadeza aguanten la delicadeza de mi vida. Treinta años se han aprovechado de la delicadeza de mis nervios para venir ahora a incriminarme la delicadeza de mis nervios. Si comen la fruta no maldigan del tronco. Cada uno tiene los nervios que Dios le ha dado; eso no se compra en el almacén de la esquina...

Así habló el que hila seda con las entrañas; o mejor dicho hubiera hablado si lo hubiese dejado hablar. Pero yo ya estaba cansado de ese regalo engorroso que me habían hecho. Así que lo eché a la calle. Se habrá muerto, no se habrá muerto, yo qué sé. Para eso soy el dueño.

8. «Cambia y se muda: es un tergiversador»

Los Siete Ciegos de Ceylán le mandaron sus informes acerca del elefante al Dalai Lama del Tibet.

«El Elefante es como una enorme serpiente boa» —escribió el primero de ellos. Había atrapado la trompa del animal.

«El Elefante viene a ser algo así como un suave harapo de terciopelo

con forma de flor de baobab» —escribió con precisión el segundo, que había agarrado la oreja.

«El Elefante, Santísima Excelsitud, es como una espada o una lanza fría y bruñida» —se pronunció el tercero, que había tocado el colmillo.

«El Elefante es como una gran roca con musgo» —opinó el cuarto, que se había apoyado en la cabeza.

«El Elefante es tal cual un viejo tronco de árbol» —dijo el quinto, que era un petizón que había abrazado la pata.

«El Elefante es un muro blando y convexo» —dijo el que se recostó contra la panza.

«El Elefante es como una cuerda» —dijo el último, que se había prendido de la cola.

El Pontífice Negro del taoísmo se dijo: o todos estos santos varones mienten, o el extraño ente llamado Elefante es un tergiversador: cambia y se muda. Pero como no es posible que estos lamas mientan...

No era un tergiversador. Ni tampoco los bonzos mentían. Sabían poco solamente. Les faltaba el órgano de percepción para elefantes.

XIII. Fábulas del «Agua grande del Urú»

1. Manduví y Manduvá

Un Manduví viejo encontró una Marieta que nadaba a flor de agua sin poder sumergirse, con una estela como una lancha a vapor y roncando como un armado.

Quiso salvarla de su tormento, mas no pudo sin auxilio del Manduvá.

Los gurises de la costa del Uruguay tienen a la Marieta por incomible; además de creer que el sacarla trae malagüero; y cuando pescan una, le clavan un corcho en el lomo —en la espina vertical que allí lleva— y la tiran al agua, convertida en submarino de superficie, lo cual regocija a los pequeños salvajes.

—Lo que más me duele es que me tienen por inútil —dijo la Marieta, con la altivez de los escamosos que se tienen por más que los cuerudos—, y mi carne es exquisita, una vez superada la primera repugnancia a su aspecto gelatinoso.

—No te puedo salvar en modo alguno —observó el Manduví bocudo.

—Llamálo al Manduvá —suplicó la Marieta.

El Manduví y su primo se tienen por sonsos mutuamente, a pesar de ser

casi iguales, con ese lindo color gris transparente y el borrón oro mate en la espora; sin más diferencia de una aleta más y mayor tamaño en el Manduvá; con el color más parejo. Los dos son igualmente incautos para con el voraz dorado y los anzuelos del espinel; sin embargo, nunca se nombran uno al otro sino por «mi primo el sonso» y «mi primo el bobo».

—Salud, bobo —dijo la Manduvá al llegar—. ¿Qué hay?

—Esta infeliz Marieta que se metió en una red; y los hombres la han crucificado.

—De todas maneras voy a morir —dijo ella, o él, mejor dicho— pero me gustaría poder llegar a mi piedrón. Hay ovas sin fecundar.

—Primo —dijo el Manduvá—, perdón por lo de «bobo». Pero sos abriboca.

Y a la Marieta:

—No podrás sumergirte, pero podrás darte vuelta, aunque te dé mareo. Ahora, primo bobo, agarrá el corcho con tus dientitos rudimentarios y yo agarro la aleta dorsal con mis encías. Tirando fuerte los dos, o la partimos por el eje o la libramos de su incordio.

Así lo hicieron con éxito; y la Marieta, más muerta que viva, bajó al socavón entre dos pedrones donde andaba desovando la hembra, que por una inconsecuencia no rara en el mundo subfluvial, se llama Marieto. Será por ser más cuerpuda.

—Jamás volveré a llamarte sonso —dijo Manduví— porque no hay memo por imbécil que sea que a las veces no tenga una ocurrencia útil. Perdón, primo, te he llamado sin querer «sonso» dos veces.

—Es lo que les pasa a los porros —dijo Manduvá enojado.

Sin embargo, desde entonces es más difícil prenderlos, porque se avisan mutuamente con el chapotoso coletazo a flor de agua. Digo yo que se avisarán.

2. La tortuga

En el frentón del Puquerí Grande está el Pozo Las Bogas. Estos peces plateados y sonsos les da por arremolinarse en cardumen en diferentes sitios según los días, posiblemente de miedo al Dorado, su pariente.

Estaban allí pescando don Alvaro, Yaguané, el Chito, Juan Berdales, Escopeta y Rojo; y he aquí que el Chito comenzó a gritar: «Muerde la boga, canejo, muerde la boga». Tiró, y sacó enganchada de mitá el cogote una tortuga. La degollaron para sacarle el anzuelo, y ni aún así: hubo que meterle la cabeza en una morsa y abrirle la boca por fuerza. Y el Chito la tiró al río, maldiciendo su mala suerte por ignorante de la europea «sopa de tortuga»; pero sobre todo porque, en estas y otras, perdió su faconcito mango de plata y hoja toledana, que según dicen le vino heredado de un su tatarabuelo, un soldado español llamado Ojeda.

De repente, le tira la liña de nuevo y comienza a gritar: «Aura sí que es la boga, canejo». Era la degollada, la misma tortuga de antes. Y el regocijo de los otros fue tan escandaloso, que el Chito le tiró al Yaguané la vaina del cuchillo.

De ahí viene la copla que sacó el cieguito don Zenón, enderezada a Amaro Silber, el mujeriego del pueblo, que ya sabemos cómo acabó; pero la copla se la sacaron antes de morir él:

Comés tu vómito mesmo
A la manera del chancho
Y aparentando al carancho
Que en su vicio se aturuga...
Nadie sino la Tortuga
Muerde dos veces de un gancho.

3. Entecao

La gata de Misia Fructuosa tuvo un solo hijo en su vida; y lo cuidó con exceso, si eso se puede llamar cuidar. El cachorro comía todo cuanto le traía y ella un día le trajo una lagartija. Es sabido que el gato que come lagartija se enteca, lo mismo que el gatín que bañan en agua fría. Con gran desolación de Misia Fructuosa, el gatito *entecao* no murió, sino que pervivió para proverbio.

—A veces pasa en los cristianos —dijo don Zenón— y *ojála* amalaya no hubiera más que una sola *mama* ansina.

—Y *ojála* no hubiese padres que son piores —dijo la bruja Colodrero— pa malcriar los gurises: pero no los entecan sino los empachan; y los vuelven gordinflones inútiles, de puro hacerlos atracarse al pepe. Vayan a la ciudá a ver, si no lo creen.

4. Uru-gua-y

Un porteño de viaje por el Entre Ríos se iba a nadar al imponente río Uruguay, porque en la fonda donde paraba no había ducha; y aunque era viejón y flojo, cien metros hasta una canoa anclada adentro y otros cien metros de vuelta, los hacía; aunque con una extraña dificultad a la vuelta; que él creía era cansancio y era la corriente. ¡Y él creía conocer el Río, por ser de sobre el Paraná Guazú!

Un día el Paderrío, que dice Homero, cambió de correntada sin aviso y

nuestro nadador se encontró con que en vez de acercarse a la canoa con sus brazadas se iba alejando más y más —más al centro cada vez y más al sur— y con acelerado moto. El Padre Meyer, que estaba en su chinchorro, lo vio; y sin decir oxte ni moste lo alcanzó a remo y lo sacó a remolque. En la costa le dijo simplemente: «No hay que pasar de aquel ñapindá en la punta del cabito: el Río se ha vuelto traicionero».

Al día siguiente, el vejete nadó hasta el ñapindá; y cuando quiso girar, sintió como una mano potente que lo barría como una paja río abajo. Nadie a la vista; estaba solo con el monstruo. Ladeó hacia la costa el sejo y se agarró a una ramita espinosa, que le trabajó fiero las manos; y allí agarrado, y con otras ramas espinosas arañándole el cuerpo —andaba en realidad por entre copas de arbustos espinosos: la creciente cubría dos metros de monte — pensó con bastante turbación lo que iba a hacer.

Dos cosas se le ocurrían: una, quedarse allí quieto y agarrado hasta venir alguno a sacarlo; otra, dejarse llevar por la feroz correntada hasta divisar una costa abordable, y abordarla entonces nadando al sejo, o sea, obliscuando; costa que podía no existir. Los dos temperamentos eran demasiado arriscados.

Entonces decidió nadar contracorriente de rama espinosa en rama espinosa, soportando el desuello, hasta arribar al remanso o rebalse libre de correntada al otro lado del ñapindá. Mas nadando a contrapelo con toda vehemencia no hacía dos metros en media hora, además de desollarse todo.

Probablemente se hubiera rendido al dolor, y estaba perdido, de no aparecer un derrepente un ángel en figura de Sandoval el sabalero que desató una canoa y vino pachorriento a alcanzarle la popa, para remolcarlo a la caleta. Apenas el turbado vejete pisó el fondo, desapareció Sandoval el Sabalero diciendo lacónico: «*Traicionera anda l'agua*».

El porteño renunció al baño; y cuando iba a la ribera, el Río no le parecía más una hermosa plancha de acero corrugada sino el lomo plumizo de un monstruo. Se acordó de lo que dijo de la América —según San Luis de León— Isaías Profeta:

La gente convulsa dilacerada
el pueblo terrible, tras el cual no hay otro,

la gente expectante y pisoteada,
cuya gleba la «barren» los grandes ríos.

Y éste no es de los mayores, que allí enfrente del Salto Grande —que ni es salto ni es grande— tiene menos de dos kilómetros de banda; que parece mentira tan poca agua vuelve argentino a un entrerriano y «oriental» al entrerriano del otro lado.

Allí en la costa se veía, marcada con barro en un murallón, la última gran barrida estúpida y ciega del pequeño gigante, que cerró como un mar barroso la ciudad de Concordia y subió dos metros por encima los postes de teléfono; los cuales todavía ostentan, como recuerdo triste, penachos de camalotes y esqueletos de víboras en los toques.

Al fin la necesidad obligó de nuevo a la natación al viejo; y eso que ya era mayo. Hacía treinta metros hasta un burucuyá verde claro *más acá* del ñapindá; y eso con bastante aprensión nadando; y oía al Padrerrío decirle:

—¡Salí, nadador del barro como los bagres!

—Salí vos, *agua-grande-del-pájaro-urú*, que sos en realidad agua traicionera de los moncholos; panzona y dañina como un latifundio —respondió beligerantemente.

Con espanto suyo, el Río lo hizo callar:

—Hago lo que hago pa volverlos más inteligentes. Gandules, hace mucho ya deberían haber cavado en mis márgenes lagos artificiales, plantado bosques y consolidado diques, porteños egoístas.

El Río es provinciano.

5. La pandilla

Nadie sabe de lo que es capaz un gurí con una honda; aunque no son hondas en realidad, sino gomeras; o como decía Mac Coughlin, catapultas.

Salió la pandilla a *nidos*. En el eucalipto mayor de la Plaza —que no es plaza ni nada civilizado— hallaron un grandioso nido colectivo de cotorras, lo menos a 10 metros del suelo. Subió el Pecoso. Por cada dos patas de cotorra —plaga nacional en muchos sentidos— paga 50 centavos la Defensa Agrícola; o sea, como los llaman aquí, los «Langosteros».

Quién te dice que la única mujer de la banda, la Dorita, que le llaman la Pericana, le da por el sentimiento y comienza a gritar: «No matés a los pichones, Pecoso, que de no, te hago bramar de un hondazo», y diciendo y haciendo, sacudió un hondazo mortal a un camachuí (o camoatí) que estaba debajo del Pecoso y nadie había visto; a pesar de que el Renguito le había gritado: «Quedáte quieta, bestia femenina».

Las furiosas abejitas negras, obreras desos lindos nidos crespos de cartón repletos de miel acídula, salieron en nube arrebatada alrededor de su colmena; que al que lo agarran allí, muere. El Pecoso se encaramó más arriba, y fue atacado por media docena de catas. El Renguito, jefe de la banda, le gritó: «Defendéte un momento, voy a pensar qué hay que hacer».

El Renguito era hijo del periodista Ducadelia, que mataron los policíabravas de Freyre en tiempo del primer Yrigoyen; y no había jefe como él. Prevaliéndose de ser monaguillo cruzó a la iglesia enfrente, y se trajo un alba, un cingulo, un manípulo, una estola, una casulla, una palia y un purificador, viejos todos.

Con órdenes rápidas a su cuadrilla, empezaron a fabricar pelotas de trapo con yuyo fresco adentro, que empaparon en aceite del Santísimo Sacramento; las cuales emprendieron a lanzar al camachuí con las dos o tres hondas verdaderas (o sea mallorquinas) que allí tenían, después de inflamarlas. Algunas se emperchaban, pero la mayoría volvían al suelo como meteoros. Vieron en seguida que era mejor ensartarlas en las boleadoras de alambre (simples trozos de alambres con asas en las puntas), las cuales se prendían todas.

Por supuesto que la Pericana había huido como alma que lleva el diablo

para las casas, escondiéndose debajo de la cama. El Pecosó, agarrado de una rama cimera con la zurda, se defendía a manotazos y chillaba como un marrano; y le decían: «¡Bajá Pecosó, aunque te piquen!», pero él sabía más que eso. Al fin, el humo acobardó a las avispas; pero el gurí estaba tan ofendido que no paró hasta apoderarse, haciendo acrobacias de mono, de uno de los misiles flamígeros, y prender fuego a las ramitas secas del enorme nidal de las pericas. Cuando bajó echaba fuego por todas las aberturas, lo mismo que el nido.

Lo aplacó el Renguito anunciándole había expulsado de la pandilla a la imprudente hembra y haciendo una coleta de regalo que puso en posesión del enfurruñado gurí —todo arañado y picoteado las manos y con tres aguijonazos en cara y cuello— de no menos de siete bolitas, dos trompos, un pañuelo sucio, una piedra curundú (o sea amuleto) de cristal granate (o sea ágata), dos puchos de lápices y una colección de cajas de fósforos vacías.

Allí profirió el rengo Ducadelia su famosa sentencia: «No hay bicho más imprudente que una gurisa; y nadie sabe lo que es capaz una mujer con un arma».

Y así fue como me percaté con asombro al siguiente día que no podía decir misa.

6. La «crecida»

Caro le costó al turco Benial labrar su elegante ranchito en la cresta los Cinco Talas, cerca del río Uruguay. Más caro le costó al gringo Fiorotto.

Por un curioso quiasma, el italiano era tendero y el turco mecánico remendón. El turco era más católico que San Marón; y nadie sabía cuándo

trabajaba, acostumbrados a verlo montado en pelo en un soberbio zaino picazo a lo largo de la costa; o bien pescando. Le aconsejaron que no; pero él se emperró en quincharse una casita en un terreno de nadie. Ya se sabe lo que son esos terrenos de nadie; de repente se descuelga un porteño con un «título provisorio» del año 1860, desaloja al pobrerío, destruye los ranchos, y no ocupa para nada el terreno, aunque finge hacerlo. A esto llaman «la Ley».

El río Uruguay es un bestión que no tiene ley, aunque algunos digan «tiene muchas leyes», que es lo mismo; porque tan malo es sobrarse como faltar. Bien lo aprendió —o desaprendió— el inglés Mac Coughlin, que viendo una tarde de otoño la inmensa chapa serena de acero fluido corrugado, dijo que él era capaz, *Goddam*, de cruzar a nado a la otra banda; y a los tres días encontraron su cadáver en el lago Santa Lucía, en la Banda Oriental, a hueso puro todo lo no protegido del calzoncillo por las palometas, que no en vano han bautizado piratas—arañas, o sea pirañas.

El río Uruguay, a pesar de su nombre de pajarito, es una especie de enorme gusano perezoso y potente, que sin previo aviso se le antoja hinchar el lomo. Nadie puede prever la crecida; y lo que hacen los inútiles del Servicio Hidráulico es telegrafiar a Buenos Aires: «gran masa de aguas descende del Brasil». Pero no saben por dónde irá a reventar la cosa; porque el antojadizo gusano lo mismo revienta por la cola que por la nuca; siendo como es, puro lomo. Está lleno de fuerza dentro del cuerpo; por fuera no se ve sino un suave rizo.

Reventó frente a Concordia en 1959: una, porque abrió brecha en el crestón del Yuquerí, convirtiéndolo en un torrente arrollador; y otra, porque un pampero de tres días detuvo y aun hizo recular las aguas en el estuario frente a Colonia, al mismo tiempo que llovía a mares en el Brasil Sur. O simplemente, porque se le antojó. Dicen que la aguas sobrenivelaron once metros; y nadie sabe dónde pudo salir tanta agua, como en el cuento del Diluvio Universal; pero lo creará quien haya visto del tope de la torre municipal la ciudad convertida en alejada isla y un mar barroso a pérdida de vista. Ahí tienen la foto en el suplemento de *La Nación*. Todo el pobrerío de lo que llaman Bajo Doriente fue barrido con ranchos, muebles y animales a estibarse en la plaza, las iglesias y los cines; y cómo salvó la vida, no es

posible imaginar. Yo sé solamente cómo se salvó el turco Jorge Marón Benial.

El turco se subió con un cuadrito de San Marón al techo de su primorosa casita, diciendo: «mañana, bajante»; y a la madrugada del otro día estaba con el agua a las rodillas, a los gritos, y sin obtener oído de los helicópteros, aviones, chalanas y torpederas del Ejército, que francamente hicieron más ruido que nueces. Entre paréntesis, el Gobierno impuso una capitación de un peso a todo bicho viviente de Entre Ríos para ayuda de los anegados; y resultó una decapitación; pues hasta ahora nadie sabe dónde ha ido la plata y el impuesto continúa.

El turco desesperó de la ayuda oficial, y no era para menos; y a nado se apoderó de una batea de panadero al salir el sol, desde la mismísima copa de uno de los cinco talas: dentro la cual había lo menos una docena de yaras entumecidas. Eso le valió el entume; porque con una rama que pescó al paso no consiguió ni hacerlas salir ni hacerse morder; solamente que se amontonaron en proa, trezadas en viscoso nudo.

¿No quiere el diablo que la frágil arca fuese a aportar sin gobierno, justo frente a la tiendita del gringo Fiorotto? El gringo comenzó a vociferar desde la puerta que se mandara mudar, pues no tenía pan para dos; mas cuando vio los reptiles color sapo, muy contentos de hallar tierra, descolgarse majestuosamente por proa, aquí sí que el mal genio del gringo pudo más hasta que el miedo. Armado de la vara de medir género, salió en persecución del pobre turco, que no tuvo otro remedio sino huir *patita-paque-tequiero* más de media hora entre baches y matas de paja brava. Al fin se hundió en una charca de agua y barro hasta las rodillas. Allí estaba libre del furibundo gringo, pero no podía salir. Se dio vuelta, y enseñándole la imagen de San Marón, le dijo: «Berdona baisano; la muerte lava todo» al tendero, que apoyado en su garrote, lo colmaba de improperios.

Fiorotto le gritó: «¡*Maledetto tú, e el tuo falso Iddío Maometto!*», y dando media vuelta, lo dejó a su suerte.

Cómo salió, él mismo jura que no lo sabe; pero no le pagó mal, pues tenía buen corazón. El italiano se enfermó de mal de ijada; y era tan retrancado que nunca quería ver un médico; alegando que era no más indigestión, curable con té de ruda. El maronita se arregló en la ciudad con

Berón el cirujano; y entre el correntino y el turco lo amarraron al italiano en la cama y le operaron la apendicitis de prepotencia.

Nunca hay que salvar a nadie por fuerza. El gringo murió lo mismo, pues le dio mala sangre de pura rabia de haber sido salvado gratis. Se pasó un mes o dos maldiciendo al mundo entero, y sobre todo al profeta Mahoma, que nada tenía que ver. Y finó.

«Fue la única víctima humana de la gran crecida de 1959 y de mi buen corazón», me dijo Jorge Marón. «Y era bueno en el fondo. La muerte lava todo».

XIV. Fábulas de la estancia «las Lilas»

1. El peludo

El campo estaba con veneno por causa del Peludo.

Todos sus congéneres, primos y parientes de la familia de los manchados o cuero cuerno, hicieron una reunión y lo conminaron a venir; a saber, la Mulita, el Mataco, el Quirquincho, el Tatú Mulo, el Tatú Bola y el Tatú Carreta y el Tuco Tuco; y como «agregados» estaban el Lagarto y el Ratón campión.

Vino a los tirones porque ese siempre anda alzado por su conciencia culpable. Por causa del le dijeron andaba el puestero echando veneno en todos los hoyos del suelo y así peligraban todos.

Erizó los pelos como pinchos y volvió a todos lados su cara repulsiva aparente a hombre hocicudo; mientras la luz de la luna poniente le relumbraba la córnea coraza del lomo; y le espetó a la pobre Mulita que ella era igual o peor:

—Haces lo mismo que yo —le dijo—, porque si vos destruís los hormigueros no es por amor al Hombre, sino por comerte los huevos.

Le objetaron que el, de pura maldá, degollaba a los corderitos recién

nacidos y les comía los ojos, dejando el resto a los chimangos. «De pura maldá y vicio». Que por que no comía carroñas, que había hasta de sobra, como sus amigos los Chimangos.

Dijo airadamente que nadie le decía nada al Zorro, que también mataba de vicio, y los hombres hasta le hacían poesías. Le dijeron que esperase un poco que tuviera cría la foxterriera del Puesto, que iba a ver dónde iba la Zorra.

El dijo que dos perros habían muerto ahogados por querer meterse en la cueva de la Zorra y allí atracarse sin poder salir. Pero eran perros sonsos, le dijeron, no eran foxterrieres sino cruza. Últimamente, que se mandara a mudar del campo Las Lilas.

Le tiró un tarascón a la Mulita, que estaba más cerca, que si le agarra la decapita: la Mulita no ve para adelante pues tiene una placa como pantalla ante los ojos. Entonces el Tatú Carreta con su corpachón lo sacó afuera a los pechazos. Volvió al momento, y comenzó a hacer otra cueva en la puerta del boquerón donde estaban los otros; y con su velocidad para cavar, ahí la tuvo antes que salieran y allí los esperaba, donde no podían entrar más que de a uno. Pero salieron de refilón por entre las dos cuevas y se quedaron allí en acecho.

Vino la amanecida, y se sintieron gritos, relinchos y ruido de latas por las casas. El cielo bajo se puso rosado todo lo largo, y después una gran placa dorada en el levante, que en seguida se hizo violeta y color sangre.

Salió el Peludo a buscar pitanza. Se le echaron todos encima. Disparó a otro boquerón y echó tierra fresca pa'trás.

Vio los agitones de los pastos el puestero, y bajando del caballo divisó el boquerón fresco entre una mancha de abrojillo seco: tiró adentro una pastilla de veneno envuelta en papel diario y con la alpargata obstruyó la cueva.

Los otros se habían hecho humo. Y el Peludo estiró la pata al momento cuando la humedad descompuso el pastillón y liberó el humito cianhídrico.

—Animal criminal, siempre acaba mal —dijo la Mulita. Pero como tuvieron todos que mudar de campo, porque los peones seguían déle veneno y no distinguían de cuevas, el simpático cascarudo carita larga tuvo que mudar refrán, y dijo:

—Aunque uno sea inocente, un pariente criminal, a todos los deja mal, y es un pariente aparente.

2. El zorrón

El gaucho Obregón me explicó la complicada trampa de zorros que había inventado; obra de ingeniería que olvidé, si es que la entendí. El núcleo era un lazo corredizo de correa redonda bien aceitada y disfrazada con hojas amarradas a la punta de Una rama de sauce cimbrada en arco romano y el otro extremo fuertemente apisonado en tierra; la cual al meter el animal la cabeza tirando al cebo, zafaba de un delicado burlete y se erguía coma resorte levantándolo ahorcado a los elementos.

Todo lo demás eran artilugios para desorientar al astuto bicho; que nunca desorientaron al Zorrón, que parecía culebra. Pocos zorros agarraba el ingenioso criollo, porque no de balde son zorros; pero el Zorrón tenía además la gala de comerle la carnada, achuras o un pollo vivo, nunca se supo cómo; pues el caminito de zorro donde pendía el lacito estaba vallado de espinas a los lados. El Zorrón —que después se supo era zorra— lo hacía mesarse los pelos al viejo.

—Es el diablo —decía él—. Es cruza de víbora. Me da más miedo que un dijunto—. A pocas cosas tenía miedo Obregón, pero cuando hablaba del Zorrón medio se angustiaba.

Lo había visto pocas veces deslizándose como fantasma y desapareciendo de golpe.

Una vez que lo vio entrar en el rastrojo seco de la linde, le prendió fuego por los cuatro costados; y cuando las llamas se juntaron en el medio, el Zorrón andaba quién sabe dónde por los campos de Frey. Para mejor y

como por burla, esa misma noche le mató dos gallinas, por puro gusto y sin llevarlas.

Palmo a palmo le había buscado la cueva por los potreros; pero claro que en el Quebrachal no había medio. Los perros allí no entraban.

Y al fin, quién va a decir cómo lo vino a agarrar, y fue con otro zorro; un zorrillo medio pichón que lo agarró vivo en el lazo porque no se le cerró por el gaznate, sino la mitad por la jeta; y ya se estaba por zafar y huir. Lo tuvo sin comer los días enteros en una jaula de ramas, donde el machito daba vueltas como un trompo; y cuando vinieron los cuatro hacheros — Obregón tenía una fortuna en quebrachos, pero no vendía más de 10 o 12 rollizos a la Forestal de vez en cuando— los apostó en los cuatro radios del Quebrachal, y él manió el zorrillo de las delanteras, y lo llevó al sitio donde el Zorrón le acababa de matar un corderito por puro gusto.

El animal saltaba a los tranquilos, con esos gañidos metálicos; y después de olfatear la sangre, venteó largamente hacia el sur y se dirigió al quebrachal. Nadita de trabajo —es un decir— tuvo Obregón de mantenerlo en las picadas, que eran cinco y en cruce; hasta que el animal rompiendo por todo dio un grito lastimero, y se hundió por el garabatal. El gaucho entonces divisó apenas como una sombra rojiza que se hizo humo sin ruido; y le disparó su pistolón trabuco, que era inútil, porque los recortados de alambre se desparramaban como regadera y a cuatro metros no hacían blanco; pero el estruendo y el aullido del gaucho previnieron a los ojeadores, que tenían boleadoras. Al rato uno dellos respondió con otro alarido triunfante; y Obregón excitadísimo se lanzó por la maleza, destrozándose la ropa y tropezando a cada salto.

—¡Caíste, maula!

En efecto, al lado del bebedero estaban los cuatro y a sus pies el Zorrón, boleado cola y cuartos traseros, y la manija le había golpeado la cabeza. Parecía enorme y todavía quería morder. Obregón le desportilló la cabeza de un botinazo.

—Caíste, maula. A San Pedro con San Pablo, y al diablo con otro diablo. El hijo debía de ser. Ahora ustedes me hachan como cien troncos y hacemos cinco o seis más picadas. Tengo que agarrar las crías; si no, esta estancia La Milonga le tengo que llamar El Desperdicio.

En el campo infinito del distrito de Juárez
pampa mansa de arreos y remates y esquilas,
del cual es eje humano por encima de achares
la tacita del plata de la estancia Las Lilas,
piélagos en que la vista se pierde y no se pierde,
cúpula azul de Prusia y el fondo negro y verde,
sotos al horizonte bruñidos por el viento
donde Acelain esconde su artístico portento.

3. Las copetonas

El dueño de la estancia Las Lilas no tenía armas; y no permitía tampoco cazar, salvo las liebres que son dañinazas. El Zorro lo corrían con perros. Las Perdices, Copetonas y Martinetas se multiplicaron a porrillo. Las Copetonas les gusta juntarse y andaban con su pasito presuroso de hasta de a 30; en banda y tan mansas que casi se les podía poner el pie encima antes que volasen con aquel estruendo y chiflido. Y no pocas se mataban contra el radiador del auto.

—Son masa —les dijo la Martineta.

—¿Qué es «masa»? —dijo la Copetona.

—Montón de gente sin jefe.

Porque en efecto todas no hacían sino seguir a las dos que iban delante por puro caso.

Y así pasó que los peones arriaron despacito a una manadita de 30 a un corral chico de palo a pique de un metro y pico; y como vuelan bajo y no son buenas a alzarse de golpe sin darse contra los palos, allí andaban muy ansiosas como una majadita asustada. Qué maíz ni cebada. Al poco se

murieron todas, de ansia. Duraron lo que amor de monja.

La Martineta, que es altiva e independiente hasta por demás un poco, dijo que ella lo había dicho.

Pueblo sin ley y sin jefe
ni mira al futuro ni mira hacia ayer
mejor es que un cuerdo lo deje
porque su destino será perecer.

4. Cotorreo

Una bandada numerosísima de Catas cayó sobre la estancia, lo que nunca: no suelen andar por aquí. El puestero dijo: «Adiós maíz»; y salió con la escopeta. Al primer tiro las Cotorras volaron unánimes al eucaliptus altón, que tendría quién sabe como treinta metros. Les tiró otro tiro y se quedaron tranquilas. «¡A los mil diablos! —dijo—. Hay como mil y cartucho escopeta valer 70 pesos».

Allá estaban ellas cotorreando todas juntas: «los hombres nos tiran escopetazos. Queman los nidos con picanilla y fuego. Qué bestias, se comen los pichones. Les tiran con balas incendiarias y a veces se queman ellos. Qué bestias, nos cortan las patas y se las llevan al Ministro de Agricultura». Y entre otros dichos así, hablaban de *la* calor, de que no llovía nunca, de lo feo que andaban los choclos este año y otros cien temas más.

De repente una miró, y después todas, al corral de abajo, donde tres peones, dos de a pie y uno a caballo, andaban apartando de una tropita de 90 vaquillonas las mejores para vender en la feria de Juárez. «¡Miren si no! —chilló una cotorra vieja—, qué bestias son esos animales: lo que una hace

siguen todas. Cuándo aguantaríamos nosotras esos rebencazos. Qué animales «*futilibus*». Me da rabia esta gente tan sonsa. Nos vamos»— y rompió a volar con estrépito.

Todas las otras la siguieron, atronando el aire con chillidos, como si fueran una sola cosa.

De ahí viene la palabra *cotorreo*.

5. La sequía

La *seca* es un flagelo. Recuerdo una larguísima que presencié en la provincia que tenía todas las señas de un castigo. Era la desolación de los campos quemados y el sol implacable a plomo quemando más desde arriba. Mi ventana daba al campo y al mirar uno se ponía triste. Arriba el cielo sin nubes parecido a metal, abajo el campo que parecía retorcerse, hecho cenizas, sembrado de vacunos muertos, humeando la tierra que había sacado para un pozo. Ni chimangos se veían. Creo que hasta las hormigas morían. Un infierno.

El capellán del Asilo, que era un checo o eslavo llamado Szwek, convocó al pueblo para una rogativa por lluvia —que dijo él— a Nuestra Señora del Rocío. Vino poca gente, pero él muy garifo hizo unas ceremonias impresionantes. A la noche, o ya pasada, no les da a los muchachos de Mejía y Pizariello por subirse al molino del Asilo y con una manguera echarle agua al techo de zinc del capellán que estaba abajo. Se levantó y empezó a los gritos: «Milagro, milagro». Empezó a tocar a vuelo la campana y la gente se despertó, que solía dormir de madrugada —pues de noche no se podía del calor—, figurándose un incendio. El cura salió al balcón y les dijo por milagro de Dios había llovido. Los paisanos decían

¿dónde? «Vayan a ver el techo de mi casa». Los muchachos se habían hecho humo. Don Ángel Siutti meneó el mate, se puso el índice en la sien, y se fue; y los mismo los otros. Y un paisanito que estaba al frente le dijo al cura ruso:

—Tá que había sido egoísta, se hizo llover pa él solo.

6. Las ovejas

Las ovejas son un bicho así. No saben morder, no defienden al corderito recién nacido del zorro, que los come, o del peludo que los degüella, meta balidos no más; no gritan cuando el esquilador las lastima, comen el pasto hasta la raíz, dejando el potrero afeitado en seco, saltan todas sin saber por qué cuando el carnero salta; que una vez un carnero resabiado saltó el alambrado por ir al maíz verde y allá van todas, que las más chicas tropezaban con el alambre y rodaban y las demás no recapacitaban; hasta que el vecino les tiró con escopeta y para sacarlas hubo que cortar el alambrado y fue una temeridad. Si no las esquilan se morirían de calor en verano y más que aquí no tienen árboles: no se pueden hacer *sotos*, las liebres se comen la corteza de los arbolitos y el ventarró los quiebra. Si no fuera por el hombre, las ovejas serían especie extinguida.

Un día estábamos con el patrón curando a una del lumbrí. Agarran unos gusanos intestinales, que después se les va el cuajo: y entonces empiezan a toser y a enflaquecer. Hay dos remedios, uno de inyección caro por demás, que sólo se usa para las de *pedigrí*; otro por la boca, pero hay que dar dos líquidos, porque hay dos gusanos. Se les da con un tomador de alambre acero ovalado, que les mantiene abierta la boca. Resulta que el maniador con que la trajimos era de lazo, y empezó a cerrársele con las cabezadas que

daba la infeliz. No fue capaz de patear o gritar; y así cuando nos acordamos estaba muerta, se ahorcó sola.

—Estos animales son unos jesucristos —dijo el patrón—. No conviene en esta vida ser demasiado manso, como soy yo con mi mujer.

7. Albañil de Dios

Ese nido de horneros sobre el poste, que ha quedado como un horno bocanCHA y sin tapa, le sé la historia. Un día un muchacho de un cascotazo le rompió la puerta; al otro día estaba refaccionada. Otro día un huracán le hizo volar la calota. Vuelta a construir, y eso que había huevos y la hembra se aguantó sobre ellos bajo la lluvia. Por fin a las vueltas un peón lo destruyó con un pico. Suerte que los pichones estaban ya volantones y huyeron a cortos volidos entre los pastos, ayudados por los padres.

Dice el teólogo inglés Robinson —que es tan teólogo como yo o menos— que hoy día Dios está desplazado, que está al margen de nuestra vida, y no lo necesitamos más que en dos puntos: la muerte y la culpabilidad; pero de esos mismos lo vamos a hacer volar con la «parapsicología» y la parasitología. Y después felices.

A mí me basta ver un nido de hornero para ver a Dios; es decir, no para ver; sino para sentir que existe. Y se le puede hablar. Dijo el poeta Roger:

No siempre responde claro
es interlocutor raro
y no le gusta escuchar
yo le hablo a la mañanita...
Frente a la pampa infinita

nunca falta de qué hablar.

Y antes venía algo así:

Salud, ¡oh vida dormida!
¡Salud, oh sol! La presencia
de Dios en toda existencia
figura peso y medida.
¡Salud Dios que das la vida
desde el yuyito al gusano
desde el pájaro al humano...!
Háblale hoy al alma mía
para que llene hoy en día
tu querer arcano y sano.

8. Los murciélagos

En el casco de El Reposo había murciélagos hasta decir basta. A la noche cuando la gente estaba sentada al fresco del alero, salían bandadas como langostas. Dónde no le iba dar a la menor de la menor de las muchachas hacerse la miedosa. Comenzaba a dar grititos la Rita y de balde le decían que los murciélagos —que ella llamaba *murségalos*— no atacan ni tropiezan nunca con la gente ni con nada, porque tienen radar. Ella decía que se parecen al diablo, porque tienen dos alas iguales que el diablo. El padre le decía: «¿Y la cola dónde está?». Al fin se metía adentro la Rita y comenzaba a llorar. Un día vino diciendo un *murségalo* le había mordido en el cuello al blanco picazo. Al fin el padre cansado prometió eliminarlos.

Trajo un espiritista del pueblo que decía con unos conjuros los iba a hacer ir a otra casa. Salieron más que antes. Los bichos anidaban en un trecho entre el techo y el sotatecho, y salían por cinco bocas que estaban brillantes de hollín del rozarse los ratones volantes. En cada uno puso el padre un palo empapado en *gamesán* o algo peor; y al salir se envenenaban. Quedaron sembrados las baldosas y el pasto de diablitos muertos y el asco se le aumentó a Rita: los sacaban a pala y carretilla, y lo peor era la hediondez de los que murieron adentro.

No. Lo peor fue otra cosa. Morir los *murségalos* y venirse sobre la casa nubes de mosquitos de la vecina laguna o barrizal de los chajás, fue todo uno. No se podía vivir. No se podía salir de casa, sobre todo a la puestasol. Había que andar azotándose con ramas la cara y las muchachas las canillas. Adentro no había *flit* que valiera. Se colaban apenas abrían una puerta.

—Ahí tenés lo que hacían los diablos. Nos libraban de los mosquitos.

A los pocos días apareció en el tandilero un aviso que decía: «Se compran murciélagos vivos. Buena paga. Traerlos a El Reposo».

9. La tacuarita andariega

Apenas salió de su nido la Tacuarita andariega, le pareció la glorieta en que había nacido —un algarrobo todo enredado de matapelos y burucuyáes — soberanamente aburrída, y se largó a correr mundo. ¡Mire que corrió tierra el animal aquel! ¡Mire que vio campos y montes, y en los campos flores y gusanitos diversos, y en los montes árboles distintos y peligros y aventuras y manjares nuevos! Vivió tanto en despoblado, anidando por los huecos de los palos viejos, como en las casas del hombre, en los aleros y en las ventanas. Y vio desde el chalecito lujoso, donde la barren con escobas,

hasta el rancho del pobre en que es venerada porque *trae suerte*. Todo lo anduvo con su pasito nervioso de hombre ejecutivo, sus saltitos continuos, su vuelo sin parar de rama en rama, gustando insaciable todas las sensaciones del universo, fríos y calores, lluvias y sequías, resoles y tormentas. En Córdoba se encontró con las Currucuchas, pero ella, la porteñita, las desdeñó a causa de su apellido plebeyo —habían venido a menos las provincianas— y negó que fueran de su familia, lo cual estuvo mal. Lo mismo hizo en San Juan con las Pititorras.

Pero al fin, de tanto ver cosas nuevas, he aquí que todo empezó a parecerle viejo; y de tanto buscar cosas distintas, todo se le hizo tediosamente igual. No hubo ya bocado bueno para su paladar mimado.

Se enfermó de esplín como un turista inglés. Y siguió viajando. Y siguió aburrida y penando.

Un día un muchacho le llevó la cola de un hondazo y le quebró la pata. Rabona y renga ahora, se avergonzó de andar mostrando miserias por el mundo y llena de amargura se refugió al calorcito de su algarrobo natal. Sus padres no habían muerto pero estaban muy viejos: tenían ya siete años.

La Ratona Andariega los primeros días creyó morir de murria. Anidó en el algarrobo y tuvo que rodearlo todo buscando gusanos, porque no quería volar lejos de vergüenza de su renguera. Empezó a estudiar el algarrobo y reconocer sus recovecos y maravillas. Había un mundo de cosas en el árbol aquel, aparte del avispero de la copa y de los sapos que vivían al pie. Cada día descubría algo nuevo y cada día iba aficionándose más su corazón imperceptiblemente a su belleza sencilla, que iba convirtiéndose en algo suyo. Hasta que un día se sintió feliz en su pequeño hogar y se dijo a sí misma:

—Antes leía yo muchos libros y todos me parecían iguales. Ahora leo uno solo muchas veces y en cada página encuentro un mundo.

XV. Las últimas fábulas

1. Amistad

Yo tenía tres amigos. Uno me regalaba plata. Era un buen amigo.

El otro una vez me puso la mano sobre la mano y me dijo:

—Si te matan, yo me haré matar por vos.

—¿Por vos o con vos? —le dije.

—Con vos—. Y no mentía.

El tercer amigo cuando iba a verlo se ponía alegre.

Yo también me ponía alegre. Y estábamos alegres todo el tiempo.

Era mi mejor amigo.

2. El ruiseñor

Yo escuchaba en Manresa un Ruiseñor que me daba melodiosos insomnios y que le hacía pimpirimpainas y azofainas a la luna.

Una noche una sombra monstruosa cruzó por mi ventana, que se fue acortando al concretarse en un catalancito con una espingarda vieja, de esas Montecristo de cargar por la boca. El salvaje tomó la puntería y el Cantor voló al aire hecho trizas entre un trueno y un chorro de humo.

No sin haber gritado antes de morir:

—¡Bárbaro! ¡Soy un Ruiseñor!

—*Bon pro ti tingui* —dijo el cazador—. Hoy día los rosiñoles son los que primeru van a la olla.

¡Qué olla, pobre poeta! Para la olla no quedó ni una pata sana, sino un chafarrinón de plumas. Te tiran porque cantas, y eres un blanco seguro.

3. No quieren

Aquel señor que estaba a la muerte, vino el médico especialista y le dijo:

—Hay que extirpar el hígado.

El médico cabecera se levantó azorado:

—¡El hígado está bien, doctor!

—Demasiado bien —dijo el otro—. Hay que extirpar.

Tomó el brazo del enfermo y dijo:

—Mire qué tejidos. ¿Acabados!

Le palpó el costillar.

Mire qué vértebras. ¡Deshechas! Y le golpeó la barriga.

—¡Y hay un hígado sanísimo! ¡Fuerte! Esto está en anabolismo, en distonía total. Afuera el hígado.

La hija del extinto suspiró:

—¿Y por qué no fortalecer con el hígado todo lo demás? ¿Vigorizar los otros órganos?

El supermédico dijo con tristeza: —Los otros no quieren.

4. Huida

Una vez atraparon a un monje que venía huyendo a toda furia mirando hacia atrás.

—¡Párese! ¡Párese, don! ¡Adónde va!

El anacoreta estaba que no lo sujetaban ni a pial doble.

—¿Qué le pasa? ¿Quién lo corre?

—¿Lo persigue alguna fiera?

—Peor —dijo el ermitaño.

—¿Lo persigue la *viuda*?

—Peor.

—¿Lo persigue la muerte?

El anacoreta dio un grito:

—¡Algo peor que la demencia! —y siguió huyendo.

Venía atrás al galope un necio con poder.

XVI. Cuatro cuentos a mi hermanita

1. La bota insondable

Había una vez —chiquilina inaguantable, que cuando se te pone en la cabeza un cuento, no hay más remedio: ¡con el humor que tengo yo ahora para contar!—, había una vez una viuda pobre, que tenía tres hijos y le amaneció un día que ni tenía qué comer; y entonces le fue a pedir de limosna tres panes a un hombre rico, que no tenía hijos y era abogado. Pero el hombre rico era duro y feroz, y no le quiso dar, ni siquiera por Dios, porque él decía que no creía en Dios... ¡claro!, ¡como no tenía hijos, ni había sufrido nunca en esta vida!

—Si me da tres panes le limpio la casa, señor.

—No.

—Le arreglo el jardín, señor.

—No.

—Mis hijos van a rezar por usted tres días.

—¡Fuera!

Entonces la pobre se enojó y le dijo:

—¡Si me da tres panes, mis hijos velarán tres noches su sepultura,

cuando usted muera!

—¿Y para qué? —dijo el hombre rico.

—¡Para que el diablo no lo lleve el primer día por avaro!

—Bueno —dijo el otro.

Y le dio los panes. Y los chicos comieron ese día; y mañana fue otro día, porque las cosas cambiaron y Dios aprieta pero no ahoga. Así que los pibes de la viuda crecieron y se fueron a la guerra y labraron fortuna. Y después de muchos años, se enfermó grave de golpe una tarde el hombre rico, y la pobre viuda se acordó de su promesa y mandó llamar a su hijo mayor. Vino ya capitán, hecho un real mozo, con chafarote al cinto y chambergo con plumas, y el mismo día que entró levantando polvareda por las calles del pueblo, murió el hombre rico de un empacho. Así que el capitán, cumpliendo la promesa de su madre, fue al cementerio y se sentó en la tumba del abogado tres noches.

La primera noche, nada.

La segunda noche, nada.

La tercera noche... Nelly, al filo de la media noche, cuando los gallos cantan y las luces malas comienzan a salir de la tierra y a bailar culebreando entre las tumbas, sonó un trueno tremendo y apareció Mandinga montado en un refucilo, con unos ojos como faroles y... no te asustes tonta, que el diablo no puede hacer nada a las chicas que se están preparando para su primera comunión.

—¿Quién vive? —dijo el capitán.

—El diablo.

—¿Qué quiere el diablo?

—El alma del abogado que murió.

—Por mí puede llevársela y cuanto antes mejor.

—Apartáte de la tumba entonces.

—Eso no, porque he prometido velar aquí tres noches.

Lo que le estorbaba al diablo era la cruz de la espada que llevaba el capitán al cinto, y así, desde tres metros de lejos, no le quitaba el ojo. Y le dijo al joven:

—¿Qué quiere por irse de aquí?

—¿Qué me oferta usted por irme?

—Esa bota que lleva llena de oro.

—Pago —dijo el capitán, que era criollo.

Y se la sacó, que no era media, sino bota entera, y la colgó de un álamo, y el Maldito desapareció de un golpe, como peludo en hoyo. Al lado del tronco del álamo y abajo mismo de la bota había una huesa hondísima, recién cavada. El capitán, que era ladino, sacó la espada y le cortó a la bota la suela, de modo que quedó sin fondo, y se puso a esperar.

A eso de la una apareció mandinga todo mojado, que chorreaba por los cuatro costados, como perro lagunero, y los pantalones traía hechos una sopa, y debajo de los brazos dos bolsas de oro.

—Las saqué del mar —dijo, y las vació súbito adentro de la bota, que, naturalmente, no se llenó.

—¡Juna, qué bota! —exclamó.

—Bota de potro, hasta media pierna —dijo el soldado—. ¿O se ha creído usted que yo uso polonesa?

—Me voy a buscar más oro —dijo el negro, secándose la cola con el poncho, para no resfriarse—. Hasta que amanezca tengo tiempo para achurar a ese bandido.

¡Pobre abogado, si lo hubiese oído! Porque hay que saber que el infeliz no estaba muerto sino desmayado nomás, pero tan fuerte, que parecía finado. Los doctores dicen que eso se llama catalepsia y que puede durar hasta tres días. Así que el hombre rico estaba como dormido y no oía al diablo, que le andaba con ganas.

Más de una hora tardó en volver, y llegó echando chispas, con una carga de oro al hombro, que no podía ni resollar.

—Esto no lo aguanta ni un burro —dijo.

—Por eso es que no podés vos —dijo el capitán.— Lo saqué de la mina.

—Eche y no se derrame.

Echó y rodaron las pepitas de oro haciendo un tintineo melodioso que volvería loco a un usurero, como un arroyuelo sonoro por el cauce insondable de la bota. Había tanto metal que la tumba se llenó casi hasta arriba.

—¡Juna! —gritó Mandinga, que aunque era diablo de los abogados, no vio la trampa; porque en este mundo hasta el mejor jinete encuentra su

vizcachera.

—No basta —dijo el capitán.

—Me voy volando, porque si amanece estoy perdido —dijo don Uñas, apuradísimo.

Venía apuntando la mañanita y en una mata de yerba buena el jilguero cantó tres veces y voló hacia el levante color nácar. El capitán rezó dos rosarios pidiendo a la Virgen socorro en este lance. Un vientito fresco movió las ramas rumorosamente y trajo en sus alas llenas de rocío el encanto del amanecer. Silbó entre los terrones la perdiz mañanera. Una nubecita del cielo se puso bermeja y encendida, como una pluma blanca que estuviese hecha brasas. Apareció el diablo con unas árganas de oro que no las aguantaban ni cuatro mulas de andarivel.

—Las saqué de la casa de un comisario de campaña —dijo, tumbándolas.

¡Madre Santa! y la fosa se llenó y la bota empezó a llenarse.

—¡Alto el fuego! —gritó el capitán que se veía mal y quería ganar tiempo—. ¡Esta moneda es paraguaya!

—¡Es mentira! —gritó Mandinga, que estaba más nervioso que una cobra, porque el día se le venía encima.

—¡A trampear a un juzgado! ¡Estafador! ¡Dios sabe las monedas falsas que ya me habrás colado! —dijo el capitán y sacó la espada.

El diablo siempre anda armado, y así peló un facón grande como una tercerola, terció el poncho y empezó a tirar al muchacho cada tajo como una centella, que el otro se veía negro para vistearlo. Porque cuando el diablo tiene razón es terrible, como cualquier hijo de vecino; y la moneda no era falsa; y la aurora se alzaba; y Mandinga estaba furioso.

Pero al ruido de las latas, se despertó el hombre rico de su desmayo, abrió los ojos, dio un suspiro, conoció que estaba enterrado vivo, y dijo:

—Pésame, Dios mío, de todos los pecados que he hecho, por ser Vos quien sois.

Y le dio tanta contrición de sus culpas, por la gracia de Dios, que se murió de pena. Y esta vez fue de veras. Entonces apareció en el cielo el lucero, que se llama estrella de la Virgen, porque cuando sale hay que rezar las avemarías, de mañana y de noche. Era señal que Dios había perdonado

al hombre rico. Y Mandinga como vio que había perdido la apuesta y no había más que hacer, dio un bufido y se hizo humo.

—Fijáte, Nelly; se salvó el hombre rico, todo por tres panes que dio de limosna y eso de mala gana; porque la limosna al pobre, Nelly, alcanza el perdón de Dios y cubre la muchedumbre de los pecados...

—¿Y toda, toda la plata?

—Toda la plata de la fosa el capitán la enterró y no la quiso, porque el dinero del diablo, Nelly, es como plata robada, que nunca sirve de nada.

—¿Y se fue al cielo el hombre rico?

—Sí, mi hijita, entre ángeles. Es el segundo abogado que hay en el cielo, porque el otro es San Fidel de Sigmaringa, de quien se dijo:

¿Santo es el que fue abogado?

¡Grande es el poder divino!

Le costó ser capuchino,

y morir martirizado...

—Y entonces yo, que todos los días le llevo un panal viejo Nard Cusit, ¿me voy a ir al cielo?

—Sí, mi ángel.

2. El rico y el pobre

—¿Ves aquella mancha de luz plateada que agarra desde la estrella colorada hasta la casa de Manito, al lado de las Tres Marías? Bueno, ésa es la Vía Láctea, el camino para ir al cielo. Por esa trocha de luz, una noche de verano como ésta, clara, dulce y llena de tímidas estrellas, iban dos almas

que habían muerto entonces, una de un pobre y una de un rico...

—¿Padrino, de un rico malo?

—No, de un rico bueno. Iban calladas por las estrellas, porque el contento no las dejaba hablar, delante el rico y el pobre atrás y con la gorra en la mano. Al encarar la luna, les dio la luz en la cara, y el de atrás conoció a don Froilán López, que tenía treinta leguas, dos mil cabezas, tres chaletes, vacas mestizas, un auto, y una hijita como una flor, cuando se vestía de ángel para la procesión del Corpus.

—Póngase el sombrero, que ahora somos iguales, haga el favor...: Cómo se llama el amigo?

—¿No me recuerda, don Froilán? Si me ayudó mucho cuando estuvo por morírseme el Churrinchi, que trajo el médico y todo... Sí, ayacito mismo atrás del Tiro está mi rancho y hay un maizal flacón, eso es. Bueno, usted, como habrá hecho limosna a tantos... No, don Froilán; eso no lo puede negar; si no fuera por su caridá... Siete, sí, señor, negritos y feos y más malos que ajises; pero los quiero, hijos de mi alma, que al fin y al cabo soy su padre... ¿Cómo estarán ahora los pobres!... ¿P'ande queda la tierra?

Miraron los dos para abajo y vieron la tierra allá lejos, tan lejos que parecía una mandarina madura; pero tenían ahora una vista de halcones, que era capaz de enfrentar a Dios mismo, que se sienta encima del sol y tiene en la cara la brillazón del refucilo, con más razón pudieron ver a los hombres allá abajo, como una gusanera, haciendo y deshaciendo, andando y afanando, encima de aquel queso de bola iluminado por la luna, todo caduco y agujereado, manchado de vicios y pecados tristes, sembrado de lágrimas y abrojos. Dos cortejos habían ido llorando aquel día al cementerio, uno con cien coches y penachos blancos en los arreos, otro con un carrito tumbero y una mujer arriba gimiendo y siete chiquillos mocosos con luto hasta en las uñas. Y vieron cómo al salir del cementerio se encontraron la mujer del pobre y la del rico; y la del rico se interesó por la desgracia de la otra; le ofreció su ayuda para tapar las bocas de aquellos siete pedazos de su alma huérfanos; la del pobre consoló a la que arrastraba seda con palabras llenas de ruda sabiduría.

—¿Desde allá arriba la estará mirando y gozando del bien que me hace!
—le dijo.

—Es mi deber; para eso nos hizo Dios ricos. Gracias a usted, señora, por sus consuelos —dijo la señorona.

—La muerte y el amor todo lo igualan —dijo don Froilán al pobre.

—Así ganarán el cielo —retrucó el otro.

—La mía tiene para eso el tesoro de la caridad.

—Y la mía las riquezas de la paciencia, que son más grandes. ¡Usted no sabe lo que es tener hambre y encima reumatismo, y un hijo que se le va como si lo chuparan las brujas, y el médico dice

—Pero sé otras cosas. El rico tiene otras hambres. Y largar la plata cuesta también, no crea, parece cosa de uno, que la ha ganado con su sudor continuo, porque yo vine de España nada más que con lo puesto, y todo lo que hice, lo hice bregando. Y la plata es cosa fría, que se pega como cardillo, y cuando uno la arranca para dar, parece mismamente que se arrancara el cuero según duele... Y hay que dar no más, porque Dios manda...

—Sin embargo... —dijo el pobre—. Pero, ¿qué's aquello? ¡Ave María Purísima! ¡Guarda! ¡Cancha, que se nos viene encima!

Era un cometa furioso, con más cola que una zorra y más grande que una iglesia, que venía zumbando a setecientas leguas por hora y los enfrentó al volver un recodo, como un toro bravo; un cometa todo de piedra, echando chispas como una fragua.

—¡Compadre, vaya un auto para toparlo desprevenido al revolver de una esquina! ¡Aquí finamos! —gritó el rico, olvidándose que ya eran finados. Y se encomendaron los dos a la Virgen del Carmen. ¡Pumba! Se oyó un ruido como de un ombú que se troncha y el mundo ardiente los atropelló a los dos, como una bala de cañón a dos mosquitos. Y aquí viene lo gracioso, Nelly. Cuando pensaron que se habían hecho setenta pedazos, como la muñeca que se fue del balcón a la vereda, ¡zumm!, y salen tan campantes por la otra parte de la estrella y la bandean de cabo a rabo, como si ella fuese una cuajada y ellos un cuchillo.

—¿Qué es esto, compadre? O yo estoy soñando o hemos bandeado la tierra como fantasmas de cine.

—Eso. Se ve que, de que hemos muerto, nos hemos hecho finitos como un humo y fuertes como un acero.

—Inmortalidad de la sustancia espiritual. Tenía razón Balmes. Usted no entenderá eso, porque es filosofía pura, pero consiste en que...

—¿Cómo no? Algo he leído en el catecismo. *Sotilezase* llama, y Nuestro Señor Jesucristo cuando resucitó, pasó una paré de material de vara y media de ancho, lo menos...

—¡Cristo! ¿Otra estrella?

—Relumbra más que una estrella, pero no se mueve. Debe ser la puerta del Cielo.

—¡Ave María Purísima, qué lindura!

Había un ángel alto y mofletudo, como el portero de la Escuela Fiscal, echando con una espada de fuego a una punta de malos cristianos que gritaban: «¡Señor! ¡Señor!». Una devota daba risa: llevaba una lista de novenas y un vestido a la última, corto y antravé, y gritaba como un aguará. Agarró los papeles el ángel, cerró la puerta que era de plata, con cada diamante como una naranja paraguaya y al rato se oye un ruido al otro lado, suena una sinfonía y un canto, se abre de par en par la puerta y... ¡Madre!

—¡Pase, don Froilán, estanciero rico!

Estaban al otro lado los ángeles como langostas, cada uno con su estrella en la cabeza y su ropa de terciopelo; vino San Pedro apuradísimo, sonando las llaves como pretal de chafalonía, y lo abrazó al rico y lo llevó hasta los mismos pies de la Virgen, presentándolo a toda la gente del Cielo, que se amontonaba a los costados del camino como para ver una carrera — un camino de nubes de dos leguas lo menos, que parecía una picada de monte, según estaba alrededor la gente—. Subía por él don Froilán detrás de la banda, hecho un jefe político; y una bandada de angelitos rubios como... no quiero decir quién, le iba mariposeando al lado y jugando con él y tirándole la barba que se había puesto del blancor de una azucena.

—¡Ay! —dijo el pobre que miraba la fiesta con unos ojos del grandor de un palmo—. Me olvido del reumatismo y hemos hecho aquí la América.

—¡Pase, don Nicolás, peón de campo! —gritó el mofletudo.

El pobre avanzó medio acobardado porque él nunca se había visto en otra, y era comedido y vergonzoso de por sí. Pero no hubo de qué, porque no le hicieron ni la mitad del recibimiento del otro...

La gente se retiraba charlando, los ángeles chicos jugaban a la mancha

entre las columnas, cortaban rosas y se tiraban agua de los arroyitos, los grandes se iban yendo cada cual a su quehacer, unos a la batuta, otros al violoncelo, uno a lustrar estrellas, otro a barrer nubecitas, otros a teñir de azul la seda del cielo para que a la otra mañana amaneciera nueva y fresca como si Dios la acabase juguetería lo agarró de la mano para llevarlo a las casas; pero del ruido y festejo del otro, ni rastro.

—¡Me parece a mí! —refunfuñó don Nicolás—. Por la plata baila el mono, aquí como en todas partes. Gran puestero es don Dinero; porque un tirador repleto es cosa juerte, y el tenedor en este mundo puede más que el cuchillo, y ¡en el otro! ¡Cosa bárbara! Si lo llego a saber antes, me afilio al Partido Socialista.

—¿Qué está rezongando ahí? —dijo San Pedro.

—Nada.

—Es que aquí no queremos caras fruncidas. De forma que si tiene algún capricho, pida no más con confianza y se procurará servirle.

—Capricho no, pero...

—Desembuche, mi amigo.

—Yo, don San Pedro, no es que sea pretencioso, que en el pueblo le pueden confirmar que soy un buey pa'l trabajo y un burro pa'la conformidá. Pero es una duda no más referente a lo que decía el cura del pueblo...

—¡Haga el favor de coordinar, cristiano!

—Disculpe, patrón, que como soy pobre, soy medio pasuco de lengua y mese enrieda, digo se me... Pero el cura decía que en la otra vida todos éramos iguales...

—No haga caso, don Nicolás. Ignorancia, ignorancia pura. Poca teología... Aquí no hay dos iguales, sino que va por méritos de cada uno...

—Eso es, el mérito y no la plata, decía el cura. Y ahora veo que a ése porque es rico le hacen un recibimiento que... Y a mí, en vez... a mí no me importa nada, claro, demasiado hacen, y no merezco tanto, pero...

—¡Araca! ¡Ya comprendo! Usted se pensó que esta diferencia era por la plata, entonces...

—Yo, señor, disculpe si me he confundido, pero como vide...

—¡Sí, señor! ¡Orégano con cepacaballo ha confundido, sépalo! ¡Aquí no hay pobre ni rico! Pero, ¿cómo no va a haber diferencia? ¿No ve que

pobres como usted cada día entran aquí a montones, y ricos como aquél, uno cada muerte de Papa?

3. Nuchi

Nuchi tiene seis años. Nuchi es rubio y bueno, tiene cachetes abultados de melocotón y ojos azules meditabundos.

Nuchi está hoy muy pensativo. Al volver del catecismo se encontró con Gringo. Nuchi no se junta con Gringo porque está siempre sucio y mocososo, se revuelca con el polvo y dice malas palabras. Pero aquel día le dio lástima porque le vio comiéndose una naranja podrida que había en el suelo y Nuchi tiene una almita compasiva.

—Dejá eso, puerco. Hay que comer naranjas sanas.

Dijo el otro, atorándose con la cáscara y chorreando jugo y saliva:

—Naranja sana yo no tengo.

—Comé pan, entonces.

—Pan tampoco tengo.

—¿Y por qué no le pedís a tu papá?

—Mi tata está en la cafúa dende no sé los años.

—¿Y tu mamá?

—Mi mamá tampoco tiene. No hay pan en mi casa. ¿Me das un pedazo, che? ¿Vos tenés?

La mamá de Nuchi siempre tenía pan y en su casa siempre había. Nuchi estaba muy asombrado. Y aquí, él no tenía pan.

—¿Por qué no le pedís a Dios?

—¿A Dios, che? Ja. ¿Quién es Dios, che?

Nuchi no había llegado en el catecismo hasta «¿Quién es Dios?» porque

estaba aún en la primera plana. Pero él sabía muy bien que Dios le había mandado un pan cada día con un cuervo a uno que se llamaba Elías, como el hijo de doña Pepa. Pero Gringo era malo y no quería creer.

—Son macanas, che. Son puras macanas.

Nuchi se echó para atrás muy resentido, herido en su fe al mismo tiempo y en su amor propio de chico aplicado. El cura lo había contado y su mamá también. Y de otro también que se llamaba San Antonio le había contado que estaba en un desierto donde no hay gente ni panaderos ni nada, y le pedía a Dios un pan, y cada día encontraba el pan en el tronco de un ombú comido. Nuchi narraba con tan detallada seguridad y era su fe tan firme y valedera que el corazón del otro empezó a vacilar.

—Ja. ¿Y si le pido yo, che?

—Si le pedís un pan, en el hueco del tronco del ombú que está en el montecito, al otro día te vas a la mañanita y ahí está el pan, con tal que reces sin mirar a todos lados y pensando en Dios y cerrando los ojos.

—¿Y si le pido dos pan, che?

—También.

—¿Y si le pido... una rosquilla con azúcar, che? Yo nunca comí.

Se ve que la fe del otro iba en aumento. Nuchi no sabía seguro si la omnipotencia de Dios llegaba a tanto. El cura nunca había hablado de rosquillas ni de naranjas, sino de panes y Dios no quiere a los chicos golosos. Pero su fe grande en la Divinidad le impulsó atrevidamente y su esperanza afirmó resuelto:

—Sí.

—¿Endeveras, endeveras, che?

—Sí.

—¿Me querés enseñar el padrenuestro...?

Y esto es lo que tiene a Nuchi ahora pensativo. Teme haberse extralimitado en sus atribuciones doctorales. Si hubiera dicho nomás un pan... ¿Y si después mañana Dios no pone la rosquilla en el hueco del árbol? ¡Dios mío! El corazoncito de Nuchi se sobrecoge, de sólo pensarlo. ¿Qué va a decir Gringo?... Va a decir que Dios es macana, y eso es pecado, todo por culpa de Nuchi y de sus promesas atrevidas... Si hubiera dicho no más un pan... Pero Nuchi reza un padrenuestro, pidiendo a Dios que haga

un esfuerzo por hoy y ponga la rosquilla en lugar del pan. Eso no le puede costar mucho al buen Dios. Y después una inmensa ola de confianza divina habiendo invadido su alma, Nuchi se duerme tranquilo sin decirle nada a su mamá.

Nuchi se despertó al otro día antes de que llegase su mamá a levantarlo. Lo despertó el sol que atraviesa la glicina florida que está enredada a la reja, con unas espadas de luz bien lindas, llenas de un polvito dorado como el de las alas de las mariposas de la alfalfa. El suelo parece que está lleno de moneditas amarillas que tiemblan, y cuando una abeja entra en el cuarto y las atraviesa, se enciende como una chispa de oro. Zumban todas juntas, siempre hay manchas, y juntan agua dulce de las flores para comer: pero si uno no les hace nada, no pican. Nuchi nunca ha podido adivinar cómo zumban las abejas, y por qué las moneditas de sol no se mueven, al rato han cambiado de lugar y después desaparecen.

Pero hoy Nuchi no piensa en ellas; piensa desde que abrió los ojos en la rosquilla del buen Dios.

Cuando vino mamá a levantarlo lo encontró sentado y con la barbilla en las manecitas. Mamá se extrañó, porque siempre lo encuentra dormido y lo despierta con el frío de sus manos frías metiendo las manos bajo la ropa, y después lo tira del pelo y lo levanta en alto, bien alto, tan alto, que él cree caerse y grita.

—Buen día, señor Nuchi, ¿cómo ha amanecido?

—Mamá, ¿si uno le pide una cosa a Dios, se la da?

—Sí, señor Nuchi, con tal que la cosa sea buena.

Nuchi se tranquiliza del todo; una rosquilla sí que es una cosa buena. Ahí está la suya, junto a la taza humeante de leche, dorada, esponjosa, nevada de azúcar. Todos los días come una y cuando tiene buenas notas, una y media. Nuchi se ha olvidado de rezar al levantarse y ahora se acuerda, cuando su mamá bendice el desayuno. Ahora sopla con toda su fuerza la leche y salpica el mantel lamentablemente.

—¡Nuchi querido, estás inquieto y apurado! ¿Qué te pasa?

—Mamá, ¿me puedo ir antes de la escuela a sentarme en el ombú del montecito?

—¿Al ombú del montecito, antes de la escuela, solo...?

—¡Sí mamita!

—¡No te vayas a subir arriba, eh! ¡Ni llegar tarde! ¡Ni romperte la ropa en las espinas!

La madre no ha acabado y Nuchi está en camino con el pelo despeinado y la gorra mal puesta. Nunca lo ha visto mamá tan ansioso. Ni ha comido la rosquilla; la guardó en la pechera para comerla por el camino. La rosquilla de Dios es la que a él le preocupa por la veredita que va al ombú, llena de yuyos y matas. El sol está tibio, cantan los gorriones, y su alma infantil está henchida de maravilla.

¿Cómo será la rosquilla de Dios? Más grande que la del panadero, seguro, más esponjosa y suave, con canela, con piñones, con dulce de leche en vez de azúcar. ¡Cómo va a gozar él cuando la vea, y después con el susto del otro, viéndosela comer y maravillarse! Y después no se lo va a contar a nadie, a nadie. A su mamá sí, pero después de mucho y si algún día se lo pregunta.

Nuchi llegó al ombú y no vió ángeles al lado ni en la copa ningún cuervo. El ombú era altísimo y muy hojoso, y en el tronco había un agujero como una repisa. Ahí se acordaba él bien que había rezado el padrenuestro sin distraerse y cerrando los ojos. Nuchi se paró y miró, moviendo los labios. Una sobrenatural emoción lo sobrecogió. Entonces metió empinándose la mano dentro del hueco, y, querida Nelly, no encontró nada. Nada, nada, nada, por más que revolvió por dentro la mano con los ojos llenos de lágrimas.

¡Dios no lo había oído! ¡No, no, Dios se había olvidado!

Nuchi aunque viva setenta años no va a olvidar jamás aquel momento, tal fue la inmensa consternación que cayó sobre él como una montaña. Si en este instante el sol en medio del firmamento hubiese empezado a arrugarse y ennegrecerse y caer en pedazos, a Nuchi no le hubiera extrañado absolutamente nada. Indudablemente, el buen Dios, como tiene tantas cosas en que pensar y de todas partes le piden, se había olvidado que él bien claro se lo pidió. El sabía que Dios era bueno y que había Dios y estaba segurísimo; pero, ¿el otro?, ¿qué diría el otro?

En ese momento lo vio venir por la veredita, con unos ojos de hambre y unos pasos voraces, embriagados de golosa ilusión por culpa de él, Nuchi.

Nuchi se sintió morir y cruzando los brazos alzó al cielo los ojos y demandó auxilio.

Entonces sintió bajo la blusa su rosquilla, que no había comido. Era suya, bien suya, y él tenía hambre. Pero en aquel momento la desesperación lo hizo héroe y tomó una resolución heroica. Sacó su rosquilla, la metió en el agujero, y se chupó los dedos, pringados de azúcar.

Después se frotó los ojos con los puños, se sentó en el suelo y miró.

Gringo llegó sin decir nada y más sucio que nunca, agarró la rosquilla y se puso a comerla sin contemplaciones. Nuchi tenía la boca llena de saliva y su estómago rezongaba. El otro comía como un tigre y sin agradecimiento, y Nuchi casi se arrepintió.

—¿Es linda la rosquilla de Dios, eh? —le dijo con rabia y hambre.

—Ja. Pero no la puso Dios. La pusiste vos, no la puso Dios. Te vi que la sacabas de la blusa y la ponías, cuando venía, te vi...

La cara de Nuchi se puso como un tomate. Pero no se acobardó, y respondió con una decisión extraordinaria:

—¡Sí! La puse yo. ¿Pero sabés vos si Dios no me dijo que la pusiera?

Nuchi después de esto aprendió más catecismo. Cuando aprendió que Dios no se puede olvidar ni descuidar nunca, no explicándose el suceso del ombú, de nuevo vagos temores y dudas nublaron la pureza maravillosa de su fe. Pero luego aprendió más catecismo todavía y se lo explicó todo profundamente.

Y andando el tiempo y rodando los años, Nuchi se hizo cura. Y aquí acaba el cuento.

4. La historia tebea

En este librote viejo de abuelito, Nelly, que es de vida de santos y se llama *Historia Tebea*, se cuenta que había una vez allá en otros tiempos muy antiguos una señora viuda que tenía un hijo único a quien amaba tiernamente. Que lo puso para que se criase en letras y buenas costumbres en un monasterio del Bienaventurado San Mauricio, el mismo en que se criaron los Santos Mauro y Plácido. Que salió el mancebo garrido y gentil que era un gusto verle y oírle y ya había empezado a cantar con los monjes en el coro dulcemente. Que su madre lo amó con demasiado inmensurable amor, si puede el amor de una madre ser alguna vez demasiado, o ser alguna vez mensurable. Que Dios envió al mozo una grave enfermedad desconocida de los físicos, que le hacía gemir con dolores incomprensibles y llorar a su lado a la madre lágrimas sin fin...

En estas páginas apolilladas y olientes a humedad se describen largamente, Nelly, cómo se llevó procesionalmente por concesión pontificia al castillo de la señora, que estaba en medio de la umbría arboleda de la región más encantadora de Italia, el cinto militar y la clámide de San Mauricio; y cómo al contacto de la reliquia se recuperó el mozo y se alzó lleno de vigor del lecho en que languidecía. Cómo su madre radiante llevó al otro día en acción de gracias cien libras de cera al monasterio, y cómo al volver halló al hijo tumbado en medio de la cámara, más amarillo y mortal que nunca, porque la extraña enfermedad le había acometido mucho más recia. Cómo se murió de ella y le hicieron grandes honras fúnebres en el monasterio, por ser del linaje del fundador de él. Cómo su madre desesperada perdió el buen juicio, y encerrándose en una torre, mesando sus cabellos y echando ceniza sobre su cabeza, rompió a llorar por espacio de treinta días. Y después se quejó a Dios y a su santo que se lo habían llevado.

—¿Porqué hacerme sufrir así y hacerlo sufrir así? Si su voluntad era quitármelo por causas que yo no sé, cuando deja a tantas madres menos pías que yo tantos hijos no tan buenos como este único, ¿por qué engañarme con esa salud mentida de un día, para romperme después el corazón? Y si yo soy mala y pecadora y merezco castigo por mis tantos yerros, ¿por qué no

matarme a mí y no a él, que nada había hecho y era puro y gentil como la alborada? ¿No es bueno Dios, no es cariñoso, no nos ama como a hijos? Pues si yo que soy mala hubiera dado toda mi sangre por ahorrarle una lágrima, Él, que es buenísimo, ¿se apacienta en nuestros gemidos y saborea nuestros llantos acerbos cuando así los multiplica? Mis gemidos partían las piedras y eran tan intensos y fervientes en la oración mis gritos que parecían abrasarlos cielos y subir espesos e invencibles hasta el trono de Dios y convencerlo. Mis deprecaciones hubiesen doblado aun tirano. Yo creía muchas veces que el Señor me había oído y que era su voz la que en mi corazón decía que le concedía la *vida* a mi hijo. Y no me oyó. Y yo no puedo pedir con más fervor que el que tuve, a Aquel que dijo: «Pedid y recibiréis». No me oyó.

Aquella noche lloró la señora tanto que pensó que iba a morir y no iba a volver a ver la luz del día. Pero sucedió que se le apareció en sueños San Mauricio, con su fastuoso uniforme empurpurado de centurión imperial, y le dijo:

—¿Qué hace, señora? ¿De qué se queja y por qué llora tan inconsolablemente?

Respondió la cuitada:

—Lloraré y gemiré hasta que mis ojos se vacíen en sus órbitas y mi corazón se parta tan seco como una piedra. Porque un hijo mío único que tenía como una rosa, me lo han quitado y no lo veré más.

Dijo el Santo Capitán:

—Mañana lo verá, si va a canto de maitines, cantar en medio de los monjes como cuando estaba en vida.

No habían los monjes abierto la puerta y los pajaritos de Dios no habían saludado la mañana, cuando estaba la madre en la puerta, hollando la nieve escarchada. Y todo el santo día estuvo dentro, llorando y orando. Cantaron los monjes horas, cantaron vísperas, cantaron completas, y a la dudosa luz del crepúsculo no sabían ya si aquella inmóvil figura negra, de rodillas ante el altar de San Mauricio, era un ser viviente o bien una estatua de las que esculpidas en basalto custodian el sueño de las viejas sepulturas. La luz pálida y fría de un atardecer de invierno descendía plácidamente de los altísimos vitrales, de los afilados ajimeces, de los áureos góticos rosetones.

Era tan nutrida e inmensa la voz del órgano clamoroso, que no podían contenerla ya las altísimas bóvedas. Iban a empezar los maitines, y la viuda oró con más fervor que nunca y escuchó sin moverse. Y de repente se puso blanca como una muerta...

Una voz había volado.

Como suele en las madrugadas de primavera una calandria resbalar suavemente por los aires en giros armoniosos, así una voz había volado por los extensos ámbitos cantando la Antífona...

—*Quare tristis es, anima mea?*

La madre tembló de pies a cabeza y quiso volver la cabeza, y no pudo, porque como reconoció la voz de su hijo, la emoción la anonadó. El coro grave de los monjes había empezado gravemente el responsorio...

—*Beatus ille qui habitat in domo tua, Domine, qui habitat tabernacula tua.*

Una gran luz descendió con estas palabras al corazón de la adolorida y ella entendió clarísimamente de parte de Dios que era malo y egoísta su dolor excesivo, y que su hijo era ya tan feliz como lo pregonaba su voz ebria de dicha, en la casa de un Dios que lo quería mejor que ella... ¿Era su voz de nuevo o era un ángel, o era algo que iba a matarla de deleite lo que de nuevo venía sobre ella empapándola y arrebatándola toda?

—*Scit autem Pater vester...* («Pero Vuestro Padre sabe...») oyó la madre extasiada—. Sabe Vuestro Padre de qué tenéis necesidad... Y si vosotros que sois malos sabéis dar dones buenos a vuestros hijos, ¿qué hará Él que es bueno, hombre de poca fe? ¿Por ventura uno de vosotros, pidiéndole su hijo un huevo, le da un escorpión?...

Oyó la madre extasiada y entendió, Entendió que si su hijo hubiese permanecido en la tierra, libremente y por su culpa se hubiera corrompido y caminado a la muerte eterna. Y que Dios había oído sus oraciones y le había dado la *Vida*. Que la oración nunca vuelve vacía de las manos del Señor y que tenía toda la eternidad para estar junto a su hijo. «Pero que le oiga yo otra vez, Señor, antes de que vuelva a Tí», clamó la mujer rendidamente.

Calló el órgano y de nuevo vino sobre ella la voz argentina.

—*Suavis est Dominus...* («Dulce es el Señor para los que le buscan y son infinitos los caminos de su misericordia...»).

¡Para eso lo había curado Dios un día, para premiar su fe, y mostrarle que Él queriendo podía sanarlo; y que si no lo hacía, alguna alta y poderosa razón de amor tenía su Corazón Paterno! ¡Qué delicadeza! ¡Y ella la había maljuzgado! ¡Cómo amaba ahora a su Criador, en este instante delicioso en que estaba, no sabía ella dónde, si en este mundo todavía no sabía, si fuera de este mundo no sabía! Lo único que sabía era que no podría vivir más, si el raudal de aquel amor seguía subiendo y subiendo; y que si una nueva riada venía a inundarla, su cuerpo iba a hacerse pedazos en el éxtasis. Pero este mismo amor le dio osadía y se atrevió ella a interrogar a su Dios inmenso que se abañaba tanto, ella, criatura mísera, polvo, nada, pecado, ella.

—Señor, pues sois la Vida y la Gracia y todas las cosas están en Vuestra mano, ¿no pudisteis hacer que mi hiño viviese muchos años junto a mí y que además se salvase?

Entonces se desataron todas las cataratas del órgano, y sonaron tantos millares de voces, que las bóvedas y los calados muros trascendidos, llegaban los sonos hasta el cielo mismo y se poblaban los espacios de armonías y palabras por las que los ángeles subían y bañaban. Y la dichosa madre sintió que Dios iba a dignarse responder a su esclava y tuvo miedo. Calló la música y se hizo un hondo silencio. Bañó la cabeza la mujer y todas las cosas de este mundo desaparecieron para ella. Y sonó de nuevo la voz seráfica y traspasadora de su hiño:

«— Grande eres, Señor, e inescrutables son tus juicios. ¿Quién es el hombre para medir tu designio y el hijo del hombre para tomarte cuentas? Vestido estás de claridad cegadora que no pueden resistir nuestras pupilas. Tu Sabiduría está justificada en sí misma y ¿acaso son los caminos tuyos lo mismo que los caminos de los hombres?».

—Es verdad, es verdad, Dios mío —gimió la madre pegando a las losas su frente.

Se levantó, se signó, y miró al coro. Ahora ya podía volver la vista. Pero su hiño había desaparecido y toda la catedral estaba inundada de la luz lívida de un mediodía nublado. Ella creía que había pasado un minuto y habían pasado ya, desde que comenzaron los maitines, doce horas...

Todo esto lo cuenta, Nelly, la *Historia Tebea*, en el Libro V, Capítulo X.

Pero Nelly estaba llorando. Acurrucada en mis brazos, con las manos en la cara todo el cuerpecito lo sacudían sollozos. Me asusté. Cuando después de enjugarse con el delantal los ojos como estrellas llenos de lagrimones, y ahogar dos hondos interminables suspiros, me pudo dar razón de su llanto, oí esta confesión:

—Yo también, padrino..., yo no sabía... y cuando se murió el Manolo... que mamá lloraba y decía... que Dios se lo había quitado... yo también dije (puchero)... yo también dije (otro puchero)... yo también dije que Dios *era malo*. Yo le dije: *malo, malo, malo* a Dios tres veces.

Y me echó los bracitos muy compungida.

¡Terrible la conciencia de la chicuela aquella! Para calmarla hubo que darle tres caramelos de limón y amenazarla seriamente que si se ponía tan romántica, no le contaría nunca jamás otro cuento en toda mi vida.

XVII. Epílogo

El ómnibus

El automóvil es una cosa que yo no voy a acabar nunca de asombrarme de ella. Así como el indio Cleto se fue a la tumba sin haberse curado del espanto que le produjo el primer choque que vio corriendo *sin caballos*, así vivirá en el fondo de mi alma erudita el que vi, bramando como un plesiosauro por las calles polvorosas y seguido de todos los perros de mi pueblo, haciendo abrir todas las ventanas y disparar de tres cuerdas antes a los chicos que jugaban en la calle, al son de los gritos de las mamás despavoridas.

Ahora, como yo he leído en Aristóteles que los que se admiran de cualquier cosa son solamente los necios y los filósofos, y como no me consta con suficiente certidumbre que yo sea un filósofo, disimulo celosamente mi chaqueña admiración y me finjo tan indiferente e impasible sobre los almohadones del auto como el estúpido del chofer, a quien parece la cosa más natural que a un pisotón suyo sobre un fierro, la gran caja barnizada y hueca bufe y se estremezca, como un ser con sistema nervioso.

Pero el disimulo también tiene sus límites y llega el momento en que no

se puede más. Porque también el auto en que he andado hoy, es el único de su especie... Iba yo de Villa Devoto a Belgrano a ver de nuevo a mi madre después de diez años de ausencia, henchida de alegría la caja torácica y los nervios trémulos de celeste inquietud. Tomé pues el primer ómnibus que topé —y mucho fue que no me pisara, según yo iba—, un gran cajón amarillo...

«Mas sin pasar adelante
es menester que un instante
gastemos en describillo».

Merecía ser descrito en verso heroico. Merecía ser descrito por Quevedo. El auto más cascarriento y cachuzo que he visto ni espero ver en mis días. Es que no hay otro en Buenos Aires. Sin embargo yo me apretujé heroicamente entre una negra y un albañil con cal en los bigotes, comprimido por el émbolo de la voz iracunda que gritaba desde atrás: «¡Más adelante!». Y entonces, en medio de un tremendo estruendo de fierro viejo, la máquina de atrofiar nervios se tiró para adelante a los brincos como un buque sobre las olas.

Con tal de que llegue, qué me importa el auto.

El viaje era largo de por sí, sin contar la parada a tomar nafta, la parada a tomar agua, la parada a ajustar una rueda y mi amorosa impaciencia. Así que por el camino me puse a analizar el auto. No con rabia, ni con desprecio, sino con la inocente alegría e indulgencia con que vemos las verrugas en una cara amada y ridícula. ¿Qué cosa no iba a ser amada para mí aquel día? Solamente el retardo. Pues las verrugas de aquel mi querido auto que me llevaba a todo su andar descuajeringado hacia mi amor, eran entre otras las siguientes:

Un *motorman* sin afeitar cara de forajido.

Un radiador rajado por las vibraciones.

El magneto remendado con hojalata cortada a cuchillo.

La palanca de embrague añadida y no con soldadura autógena.

Las palancas de marcha hechas a martillo en herrería de pueblo.

Las ventanillas que se salían solas del marco.

Los vidrios unos esmerilados de rojo, otros esmerilados de moscas, otros lisos y ninguno limpio.

Los asientos, donde no estaban en contacto con la ropa de los pasajeros, felpudos de polvo.

Una corneta afónica y lastimera, remendada con un trapo y una piola.

Una percha de loro con un letrerito de *Completo(!)* atado con alambre de fardo.

Un alambre de alambrado para sostener las cortinillas a las que hacía falta un torniquete.

Una rueda de neumático y una de goma.

Sostenidos por telarañas temblorosas, piltrafas de carteles de propaganda contra «Las empresas extranjeras que quieren “monopolizarse” los subterráneos con daño del respetable público...».

Y por último, el respetable público.

Y sin embargo, yo estaba tan contento con aquel auto como Alvear con su Rolls–Royce. Lo prefería a cualquier otro, puesto que era el que me llevaba a mi madre. ¿Será rara la psicología del hombre!

Me parecía aquel auto un sueño heroico y extraordinario que rompía la monotonía de mi vida celular, el auto más típico de Buenos Aires, un auto con fisonomía propia. Una cosa de aventuras como una novela de Salgari, o una selva chaqueña, llena de bichos exóticos de todas clases, de peripecias infinitas y de peligros de muerte. ¡Qué susto nos pegamos cuando se paró en una calle solitaria y el chofer metió alarmado en el tacho de la nafta una llave inglesa a guisa de dedo, para ver si había! *Afortunadamente* había aún tres dedos.

En cuanto a los bichos que pululaban en el ómnibus, yo los quisiera ver a Bréthes y a Linneo clasificándolos. Con la manía botánica o escolástica que tengo yo de distribuir todas las cosas en árboles de Porfirio, lo intenté varias veces, y me he estrellado en el *género* sin llegar ni siquiera a la *especie*. Porque si usted los divide para empezar en hombres y mujeres, se topa con dos o tres ejemplares indefinibles, y si prefiere la razón común *Blancos* y *Negros* llega a la zona neutra —entre el color del trigo y el café-con-poca-leche— en que ni el ojo de Ingres podría diferenciar los matices,

sin contar la dificultad de abstraer el pigmento natural subcutáneo de la suciedad adyacente.

Pero... con tal de llegar...

Con tal que yo llegue pronto, a mí qué me importa el cómo.

Y con este estribillo, todo en el auto del *Dómine Cabra*, aun el desaforado fragor de sus motores y osamenta floja, me parecía una música. Una música original, una música maravillosamente consonante, mejor que ninguna otra, con las oleadas rítmicas de blanda emoción, que venían cantando a romperse en espuma, espuma blanca y tornasolada, contra la caja de mi pecho.

Y entonces, por esta pícara manía de generalizar y simbolizar que se me ha pegado de unos libros que leí de metafísica, y que me inclina vehementemente a hacer fábulas y aun a escribirlas —perdón: ésta es la última— me puse a comparar mi viaje en auto con mi vida.

Y dije entre mí cantando:

Alma mía, tú que has enterrado todas tus ilusiones ilusorias
y que has vendido en subasta muchas de tus otras ilusiones
y que con las ruinas de tu palacio encantado —oro, púrpura y lino

—

te has hecho un ranchito exótico a la vera del camino,
tú sabes, alma mía, tú ya sabes, tú estás segura
que tu viaje por este mundo —lo que te queda— no será en
pullman,

ni mucho menos en una carreta mansa y dormilona por la pampa
color de esmeralda

—esperamos que no sea tampoco como el último del Mafalda—,
tú sabes que la vida es un viaje, tú sabes que será en todo caso
parecido a este auto, a este viaje febril y destartalado
por en medio de paisajes de ciudad adocenados,
de calles empedradas, árboles enfilados,
de casas que no se asemejan sino en la chatura de su
inexpresividad,

de gentes desconocidas que no se saludan ni se conocen ni se saben amar,

viaje con música de latas y olor a nafta,
viaje que se hace una vez y basta.

Pero, alma mía, pero tú sabes también otra cosa
—junta las manos, cierra los ojos, alma mía—,
tú sabes lo que hay al fin,
sabes dónde vas,
alleluya.

Y el resplandor de aquellos dos brazos abiertos
no solamente te hace llevadera la fealdad del auto,
no solamente hace desaparecer el auto
—con tal que me lleve, a mí qué me importa,
el primero, el más rápido, el más directo, es el más lindo—,
sino que lo transfiguran de una extraña belleza,
de una luz supernatural llena de amor
que dora al auto cascarria con el oro vivo de la esperanza,
«nam regnum caelorum intra vos est
et gaudium vestrum nemo tollet a vobis...^[7]»



Leonardo Luis Castellani (Reconquista, provincia de Santa Fe, Argentina, 16 de noviembre de 1899 – † Buenos Aires, 15 de marzo de 1981). Su primera formación transcurrió en esa provincia, en el Colegio de la Inmaculada, y más tarde en Córdoba, donde ingresó al noviciado jesuita en 1918. Prosiguió después sus estudios en Santa Fe y en Buenos Aires, en el Colegio del Salvador, donde además comenzó su intensa labor docente (Castellano, Literatura, Historia e Italiano), y simultáneamente en el Seminario de Villa Devoto. En esta época escribió las fábulas que integrarían su primer libro: *Camperas: Bichos y personas*, el cual fue encomiado por Hugo Wast, seudónimo literario de Gustavo Martínez Zuviría. En 1929 viajó a Roma a proseguir su formación.

En aquella ciudad, fue ordenado sacerdote en 1930 en la iglesia de San Ignacio de Loyola en Campo Marzio por el cardenal Francesco Marchetti-Selvaggiani, entonces Vicario General de Roma. Estudió Filosofía y Teología en la Universidad Gregoriana de Roma (pero, contrariamente a sus afirmaciones, no llegó a presentar la tesis de Doctorado¹), y luego estudió psicología en la Sorbona. Entre sus maestros e influencias se contaron Joseph Maréchal, Marcel Jousse, Georges Dumas, Louis Billot, entre otros. También conoció personalmente a Jacques Maritain y Paul Claudel. Asimismo, viajó por Inglaterra, Austria, Alemania y el norte de Italia, donde se interesó por la educación y la psicología.

En 1935 volvió a la Argentina y retomó su actividad como docente, escritor y periodista. En estos años escribió artículos en varias publicaciones (religiosas como *Estudios y Criterio*, de interés general como los diarios *La*

Nación, *La Prensa* y otros del interior, en todos ellos con el nombre Jerónimo del Rey, o políticos como *Cabildo* y, su continuación, *Tribuna*, donde utilizó el seudónimo *Militis Militorum*). La Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires publicó su ensayo sobre San Agustín y Descartes, y la de Medicina de la Universidad de La Plata, uno sobre psicología cartesiana.

Devino rápidamente un referente del catolicismo de orientación anti-liberal y cultivó amistades en esos ámbitos: Ernesto Palacio, Ramón Doll, Lautaro Durañona y Vedia, Alberto Graffigna. En las elecciones de 1946, a pedido de sus amigos y sin permiso de sus superiores jesuitas, fue candidato a diputado por la Alianza Libertadora Nacionalista —sin embargo años más tarde afirmó: «Yo no soy nacionalista, porque no he querido meterme en política nunca. No la he entendido tampoco.»

Por éstos y otros motivos, como las llamadas *Cartas Provinciales*, la relación con su orden se tornó muy conflictiva siendo amonestado por el Padre Provincial Tomás Travi. A fines de 1946 viajó por propia iniciativa a Roma para explicarse con el Padre General de la Compañía de Jesús, Jean-Baptiste Janssens, pero fue mal recibido e intimado a recluirse en un hospicio en Manresa (España). Estuvo allí dos años, hasta que se fugó rumbo a la Argentina. A poco de llegar, el 18 de octubre de 1949, fue formalmente expulsado como jesuita y suspendido *a divinis* en su ministerio sacerdotal. Todo este episodio resultó extremadamente traumático para Castellani, e influyó mucho en su pensamiento y obra posterior.

En 1950 fue acogido por el obispo de Salta, Mons. Roberto José Tavella, donde vivió hasta 1952. En aquellos años retoma la amistad con el escritor santafesino Horacio Caillet-Bois. En 1953 se instaló en Buenos Aires, en un departamento de Constitución donde vivió hasta su muerte, gracias a dinero facilitado por sus amigos Enrique von Grolman y Florencio Gamallo. Durante la segunda mitad de la década del 50 colabora con el semanario *Rebeldía*, dirigido por Hernán Benítez, sacerdote peronista, la publicación fue varias veces censurada por el régimen dictatorial de Pedro Eugenio Aramburu y finalmente clausurada, lo que le valió una fuerte persecución.

En 1961, el párroco de Santa Elisa, Héctor Herráez le permite decir misa allí y, luego, en la parroquia del Tránsito de la Santísima Virgen cuando éste es trasladado. En 1962 y 1963, Ediciones Paulinas publicará libros suyos. Finalmente, en 1966 se le restituyó el ministerio sacerdotal en pleno, sin condiciones, reservas o retractaciones. En 1971, el Padre Provincial jesuita Ricardo O'Farrel ofreció la reintegración de Castellani a la Compañía de Jesús, aunque declinó en razón del estado de su salud y la edad.

En estos años no cesó de escribir, principalmente libros de temática religiosa, pero también poesía, novelas, cuentos policiales y ensayos varios. También redactó artículos periodísticos en publicaciones como *Mayoría*, *Dinámica Social*, *Azul y Blanco*, *Verbo*, etc., y dictó numerosos cursos y conferencias, en lugares tan disímiles como la Universidad Nacional de Tucumán, el Teatro del Pueblo o la Librería Huemul.

En 1967 fundó la revista *Jauja* y la dirigió durante sus tres años de existencia.

Entre sus últimos libros se cuenta un estudio sobre la obra de Søren Kierkegaard, al que el Padre Castellani llamaba *Kírkegor*, por quien tenía gran admiración.

Falleció el 15 de marzo de 1981 en la ciudad de Buenos Aires.

Notas

[1] «El Reino de los cielos ya está adentro de vosotros y vuestro gozo nadie os lo podrá quitar» <<

[2] Que llenas a todo animal de bendición. Gloria al Padre... <<

[3] ¡Ay de los vencidos! <<

[4] Y por cierto. <<

[5] Es presumible que se trate de Plutarco Elías Calles, presidente de México en tiempos de la Epopeya Cristera (1926-1929) y furioso perseguidor de los cristianos mexicanos. <<

[6] Todos los fuertes del mundo andan solos. <<

[7] Pues el Reino de los Cielos está dentro de vosotros y vuestro gozo nadie os lo podrá quitar. <<